ÁNGEL MACÍAS SÁNCHEZ

AMOR, CROQUETAS Y UN CADÁVER



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Ángel Macías Sánchez

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación Epub: Nicolás Gómez
Diseño de cubierta: Rubén García
Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 979-13-7054-191-0

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A Jaime, que te hubiera encantado leerlo.

Capítulo 0

Vale que la croqueta es la peor que he comido en mi vida, y he comido unas cuantas, pero tampoco para dejar al chef un cuchillo, bien grande, asomando como una antena de radio y clavado en el pecho a modo de pincho moruno humano, lo mismo esto es un menú degustación de la cocina moderna y después de las croquetas de mierda viene el cocinero muerto, no creo, esto ni en «DiverXO». El charco de sangre va aumentando poco a poco alrededor de su cabeza, obvio, es reciente, tampoco hay que ser Hércules Poirot, aunque yo me crea más «el Piojo», interpretado por Alfredo Landa en la película *El crack*. Hay cacerolas humeando, aún suena una batidora a bajas revoluciones, como si alguien la hubiera soltado mientras preparaba algo, hay un horno que marca 180º y el cuerpo del chef sigue ahí, inerte, tengo la certeza al 99%, me niego a comprobarlo, llevo dos minutos aquí compitiendo con él a ver quién se mueve menos de ambos y, de momento, vamos empate a cero.

Doy un paso hacia delante, ya me ha ganado en el campeonato de inmovilidad, y veo sus zapatones de cocinero, su pantalón gris, su chaquetilla blanca inmaculada e impoluta de no ser por la mancha de, aparentemente, sangre que se está formando alrededor del orificio de entrada del cuchillo en su pechera, y el gorro, el horroroso gorro torcido de cocinero con dibujos de guindillas rojas y enseres de cocina que eligió para ponerse este día, supongo que de haber sabido que iba a morir hubiera elegido uno más neutro, menos *casual*.

Primero las croquetas, luego esto, el menú de hoy parece diseñado por Hannibal Lecter con estrella Michelin.

Trago saliva. Me acerco, sin saber si para ayudar o para comprobar que no se pone de pie de repente a gritar «¡es una broma!», qué va, no lo hace. ¿Estará dormido?, puede ser, ¿no?, así muy profundamente, con un cuchillo clavado, dormido y acuchillado, muy lógico, Jaime, sí.

Me agacho sin tocar nada, me pongo a su lado con cuidado de que la sangre no llegue a mis pies. Si se me manchan las Jordan Air Mid 1 por su

culpa lo vuelvo a matar o lo remato por si aún no lo está. Me pongo a su altura, intento ver si respira. *Spoiler*: no respira, ni un poquito. Ese cocinero está más muerto que mi cuenta bancaria el día 10.

En ese momento oigo pasos. Y antes de que pueda moverme se abre la puerta.

Leti.

Y ahí estoy yo, de rodillas junto al cadáver, con las manos manchadas (de algo que claramente no es bechamel) y la cara de un niño al que lo han pillado hurgando encima del ropero buscando las revistas «femeninas» del padre.

—Vale —digo sin levantarme—. Esto no es lo que parece. —Es la primera vez que digo esto en mi vida, aunque a mí sí me lo habían dicho, es más, siendo lo que parecía, pero en mi caso, en este mismo instante, no es lo que parece—. Antes de que llames a la Policía déjame decirte algo muy importante.

Me mira con los ojos muy abiertos, con una ceja en modo interrogatorio.

—La croqueta — digo— era una auténtica mierda.

Capítulo 1

Seis horas antes

Llego a la finca como se llega a esos sitios donde no quieres y sabes que no deberías estar: con el GPS y yo dudando, el coche tosiendo y el alma un poco encogida. La verja de la entrada es tan grande que parece una mezcla entre el portal de un cártel y un campo de concentración, y los setos están recortados en forma de iniciales. No sabría decirte si es arte topiario o puro egocentrismo hortera.

Aparco mi coche junto a un tesla azul con los cristales tintados. Mi Renault 19 tenía una pegatina que ponía «Payasos por la paz». Ahí debería estar el equilibrio del karma en el aparcamiento.

Me bajo con la mochila de los globos, tres títeres y una cabeza de unicornio colgando del cinturón. Me siento como una persona que se cuela en una ópera vestido de dinosaurio. Técnicamente, es mi trabajo, animo fiestas infantiles, aunque cuando lo cuento en voz alta parece que lo esté confesando en sede judicial.

Fiestas infantiles y fiestas de mayores donde estos no quieren que los infantes molesten mucho, y este es hoy el caso. Una pedida de mano. La pedida de mano de Javier, un antiguo amigo ricachón que me da bolos de estos de vez en cuando, a una tal Elena, la cual me suena de algo. ¡Ah, sí!, mi ex.

Qué bonito es el amor, ¿eh? Qué elegante es eso de pedirle la mano a alguien delante de toda la familia, con pinchos y canapés con nombres muy largos, músicos en directo y fuentes de chocolate que no paran de hacer ruidito. Qué romántico…, qué cinematográfico…, qué puta mierda, la verdad.

Jamás pensé que acabaría animando la fiesta de pedida de mano de Elena, la mujer con la que casi me caso yo… ¡Casi!, faltaron detalles, como el amor mutuo.

Pero aquí estoy, cuarenta y pocos años, disfrazado de payaso detective

(idea mía para que los niños aprendan valores), con una camiseta que huele a una semana de muchas comuniones y cumpleaños y un gorro horrible que me queda extremadamente ridículo. Y todo por ¡seiscientos euros!, y me dan de cenar, ojalá tengan croquetas, de ahí me voy a cobrar el resto del caché, ya que por menos dinero iba a venir aquí el guardia de la campana.

Y se casa con Javier, el prometido, el nuevo, el hombre perfecto, de éxito, camisa bien planchada que no ha pasado ni de cerca por un *outlet*. Con voz de *podcast* caro y que me mira siempre por encima del hombro, vale que me saca dos palmos, pero no va por ahí.

No sé si me duele más haber perdido a Elena o no haber sido capaz de decir que no cuando me ofrecieron esta fiesta, pero uno necesita pagar el alquiler y la dignidad no paga la luz.

Así que sí, ahí dentro hay unas cuantas mesas con adultos brindando por el amor que a mí me sigue haciendo cosquillas en el pecho… y una docena de niños gritones esperando que el señor Jaime les haga un globo con forma de espada, de gorro o de trauma emocional.

Me consuela saber que esto, en alguna película española, sería el comienzo de un *thriller* con un final amargo. Pero aquí no, esto va a ser diferente, lo noto, hay algo en el ambiente y no es sólo vergüenza ajena.

Capítulo 2

Me bajo del coche. La finca tenía más mármol que una catedral, aquello parecía el Taj Mahal de marca blanca, el que compras de una página web del lejano oriente llamémosla «ChariExpress» para no pagar los quinientos euros que vale el *lego* original, que terminas de montarlo y dices: «Es bonito, pero no es igual».

Aquello estaba lleno de camareros con guantes y señores que hablaban con muchos polisílabos y anglicismos tipo *networking* mientras beben champán a la velocidad que yo me tomo un Aquarius.

Todo estaba perfectamente organizado, los adultos por un lado, los niños por otro, y yo en medio…, tan desubicado como una medusa en un corral.

Cuando dejo de contar cuántas luces tiene la entrada principal de la casa la veo a ella, reluciente, con esa sonrisa tímida pero fría como el gel que te pones en el tobillo cuando te haces un esguince. Elena viene hacia mí y me abraza, pero me abraza como quien saluda a una manta vieja que creía haber tirado. Me sonríe tensa, como si le diera miedo que mi nariz roja explotara de un momento a otro.

—Jaime, ¡qué ilusión! —me dijo, sin nada de ilusión.

—Sí, sí, qué cosas, ¿eh?, tú, prometida con el empresario del año, y yo animando niños con globos para que no os molesten, la vida nos ha tratado igual de bien…

Sabiendo de quién viene ese sarcasmo y conociéndome como me conoce, cambia su media sonrisa por un semblante algo más serio y se marcha sin mediar palabra, Elena no va a perder tiempo en estropear mínimamente un día como este discutiendo mínimamente conmigo, y hace bien…

Sigo andando por la casa observando la cantidad de elementos horteras, algunos deduzco que alquilados para la ocasión, que adornan la entrada a la vivienda. Una réplica de lo que parece ser «*El Pensador*» de Rodin, que siempre mantendré que parece una persona dando de vientre sin nada que leer y hace lo único que puede hacer mientras excreta: pensar.

También hay un aparentemente tótem azteca, réplica también supongo, no creo que lo hayan traído de allí, ya que a Elena le dan pánico los aviones. Siempre me decía que «no tenía miedo a volar, sino a volar de golpe, y que el problema no era el avión, sino el suelo, que siempre está donde no debe». Así que, o es una réplica de «Chariexpress» o Javier tiene más pasta de la que yo jamás acumularé ni en seis vidas.

—¡Eh, payaso!

Inconfundible, esa voz de programa nocturno de radio engolada y con más aires de superioridad sólo podría ser o el Sultán de Brunei o…

—¡Javier! —digo con un tono totalmente opuesto al locutor de *podcast* —. Me alegro de verte, enhorabuena por el enlace —le digo siendo más falso que las esculturas que tiene en la entrada.

—¡Calla!, que aún no me ha dicho que sí, aunque esta mañana, en el «mañanero», me lo ha dicho varias veces… ¡Ja, ja, ja, ja! —dijo mientras golpeaba mi hombro con su codo…

Será el empresario del año, pero si hubiera premios al «Machirulo del año» este energúmeno no se podría presentar por estar dopado. Javier se dedica a la compraventa de arte y artículos de lujo, aunque de vez en cuando, creo, cuela algún que otro cuadro pintado con rotuladores carioca…

—Gracias por pensar en mí para trabajar en tu fiesta, y que te acuerdes de mí asiduamente para eventos de este tipo, la pasta me viene bien, así que si me puedes ir pagando y ya cuando yo acabe me voy sin molestaros…

—¡Vale! —me interrumpe—. Siempre pensando en cobrar, así no vas a llegar nunca a nada, ¡payaso! —Cada vez que me dice eso me siento arder por dentro y le sacaría los ojos con tenazas.

Cuando voy a recordarle de nuevo, después de tragarme mi orgullo y dignidad, lo «de cobrar», llama la atención de un camarero, coge una copa de algún brebaje de color magenta y se va, dejándome con la boca abierta y la palabra asomada por las amígdalas…

Capítulo 3

Entro en la casa y aquello estaba, sobrecargado no, aquello tenía más adornos que la casa de un narco en el cumpleaños de su primogénito.

Flores, ramilletes, luces, sillas vestidas, mesas vestidas, camareros vestidos (gracias), en los treinta segundos que llevaba dentro ya había visto tres barras diferentes repletas de botellas sin abrir aún.

Frente a mí veo a una mujer con un portafolios con más papeles que un despacho de abogados un lunes, y con un micrófono cual teleoperadora de una empresa de telemarketing que me dice con una voz más desagradable que un sorbo de amoniaco:

—Tú eres el payaso, ¿verdad?

Vaya con Miss Marple, me ve con la nariz roja, la peluca naranja, los zapatones y media cara pintada de blanco y habrá pensado «o es el payaso o alguien que no ha recibido mi *email* con el protocolo de vestimenta».

—Sí —respondo sin intención de dar más de mí.

—Soy Alexia, la organizadora del evento, tu sala es la 4, y puedes cambiarte y dejar tus cosas en el baño infantil.

Se marcha sin mediar más palabra. ¿Sala 4?, pero ¿esto qué es, un multicines? ¿Cambiarme en el baño de los niños? ¿Es legal eso?

Antes de irme al baño de la sala 4 a terminar de vestirme veo que a Alexia se le ha caído un *post-it* amarillo de la carpeta. Lo cojo del suelo y leo:

Añadir
Equipo de música con bluetooth
Ginebra premiun
Pan sin gluten

Eliminar
Escultura de hielo
Globos
Chef

Cuando levanto la vista para avisarla está lejos como para comunicarme con ella sin vociferar y, básicamente, no me apetece hablar con ella en tono normal, mucho menos llamarla a gritos, así que hago un gurruño con el papel y me lo echo al bolsillo, luego cuando vuelva a cruzarme con ella se lo doy.

Capítulo 4

JAIME MARTÍN CALLEJA (SEVILLA, 1983)

Jaime es uno de esos tipos que no suelen encajar del todo en ningún sitio, pero que uno necesita y se alegra de tener cerca, sobre todo cuando las cosas empiezan a ir mal.

*A sus cuarenta y pocos años ha pasado por más vidas que un gato con ansiedad: fue actor secundario en series de sobremesa y alguna que otra película que no vio ni el director; c*ómico *de monólogos en bares donde el público solía beber más que reír; y ahora sobrevive (malvive) animando fiestas infantiles vestido de mago, payaso o dinosaurio, según el presupuesto.*

Solitario por costumbre más que por elección, se refugia en el cine, sobre todo español, como otros en la astrología o el crossfit, ve el mundo a través de películas, especialmente thrillers y dramas horriblemente iluminados y con nombres muy largos. En su cabeza todo tiene banda sonora.

Habla mucho cuando está nervioso, y está nervioso casi siempre.

Tiene una mirada triste pero brillante, como alguien que sigue esperando algo: un aplauso, alguna pista o un mensaje de voz de alguien que no llega. Es bastante torpe, sí, y a veces inventa teorías descabelladas, pero tiene un talento natural para oler la mentira, aunque tarde tres actos en darse cuenta.

Los niños parecen adorarlo porque los trata con la misma solemnidad con la que los mayores tratan a los jueces o a los notarios. Los adultos lo subestiman, hasta que los deja en evidencia con una frase absurda pero cargada de realidad.

Un hombre sencillo, un hombre a quien no le gusta nada hablar de sí mismo.

Y esto es lo que me gustaría que pusieran en el prólogo del libro si algún día escriben una biografía sobre mí.

¿A quién quiero engañar?, mi vida da para poco más que una tira cómica, aunque todo hubiera cambiado si no hubiera llegado tarde al *casting* de *Ocho Apellidos Vascos*, porque el papel de Rafa era para mí, no para Dani Rovira, qué asco le tengo…

Aquí sigo, en la sala infantil. Solo. Me han dejado una mesa con rotuladores sin tapón, globos con una textura sospechosamente profiláctica y una docena de niños a punto de entrar como si fueran vikingos subiditos de azúcar.

Mientras, ahí fuera, Elena está cerca de comprometerse con Javier, el CEO de EPAGESA, que lo pone bien grande en todos los carteles. Ya sé que CEO significa Chief Executive Officer, aunque a mí me gusta pensar que significa Carajote Estresado y Oportunista, vamos, el que manda mucho pero no sabe ni dónde está el baño.

¿Cómo hay que ser de engreído para hacer una fiesta de pedida de mano aquí en España? ¿Estamos en Wisconsin? Yo no adoptaré costumbres yanquis hasta que la hermandad del Rocío de Wisconsin haga peregrinación hacia la aldea del Rocío. Pedidas de mano, ya están normalizados los «Baby Shower», vamos, que como sigamos así estamos a dos tonterías de celebrar Acción de Gracias y el 4 de julio, vaya…

No es que me duela, o sea, un poco sí, vale, un montón, pero bien, estoy bien. Si los celos fueran croquetas estaría de bechamel hasta los ojos.

Debe de haber una metáfora bonita en esto. Yo aquí esperando con una nariz de payaso, mientras Elena celebra con canapés y vino Pingus de trescientos euros la botella. No sé si soy el cómico o el castigo divino, o ambas cosas.

Me preguntaron si me importaba hacer de animador infantil en la fiesta de compromiso de mi ex. De primeras dije que no, claro. Lo que no dije, cuando al final acepté, es que pensaba que Elena aún me quería un poco, aunque fuera como quieres a un gatito callejero enfermo. O a una peli antigua que pones por nostalgia.

Pero está bien, soy adulto, soy maduro, soy un profesional. Sé separar las cosas. Mis emociones, mis recuerdos y mis globos con forma de perrito

Además tengo un plan. ¿Recuperar a Elena parando este esperpento de fiesta pidiéndole que se case conmigo en vez de con el estirado de Javier?, tal vez, pero eso debe esperar. El plan que tengo ahora es para con los pequeños invitados a la fiesta. Un *show* pensado, infalible, medido…

¡Impecable!

Empezaré con unos malabares absurdos, luego saco la marioneta del topo filosófico y termino con la canción melancólica de la jirafa con tortícolis. Espectacular.

Lo único que me preocupa es que… no sé si vine aquí por trabajo, por necesidad, o porque quería verla una última vez desde el fondo del salón, rodeado de niños y tristeza, como un capítulo descartado de *La que se avecina* dirigido por Lars Von Trier.

Capítulo 5

Seis años antes

No me gusta nada esta cafetería, y a Elena le encanta, no sé por qué. Cafetería adornada con ladrillo visto, frases cursis en pizarras y camareros que parecen actores de cortos de Filmin. A mí me tiemblan las manos, a ella no, siempre tuvo mejor pulso que yo, para todo.

—¿Y si nos casamos? —pregunta Elena, sin mirarme del todo, aparentemente desinteresada pero como quien ya ha hecho clic en el formulario *online* y tiene cura, parroquia y señal pagada en salón de celebraciones.

—¿Ahora? ¿Aquí? ¿Quieres que le pida al camarero un anillo de calamar? —intento soltar la broma como quien se lanza al vacío atado con una cuerda de tendedero, confiando que no se rompa. Evidentemente no funciona, ni la cuerda, ni la broma.

—Jaime, lo siento, no quiero seguir improvisando la vida. Todo no puede ser un monólogo, ni una función más. Yo quiero algo, algo concreto…

Estoy en blanco. Ojalá pudiera decirle que me invade el miedo al compromiso, pero sucede algo peor, me invade un chiste, malísimo, sobre bodas en las Vegas y Elvis de oficiante. Lo pienso, sonrío, y ella lo ve…

—Estás bromeando por no contestar… De nuevo, otra vez.

—¡No!... Bueno, sí. Pero mira, no me sale. No sé si estoy hecho de material de marido, Elena. A veces me olvido de cerrar el congelador y le doy tantas vueltas a la cabeza que mis calcetines tienen agujeros existenciales.

Elena se levanta. Deja la taza a medio beber, como siempre. Y me besa en la frente. Pero me besa como quien despide a un niño en un internado de emociones

—Adiós, Jaime. O hasta luego, no lo sé.

Se marcha. Se fue y yo me quedo mirando un azulejo suelto en el suelo. Llego a pensar que si lo levanto lo mismo hay una oportunidad nueva

escondida debajo. Pero no. Sólo veo una servilleta arrugada. Y una cuenta, nada barata, por cierto. Maldita cafetería del demonio…

Capítulo 6

Termino mi sesión infantil con disparidad de opiniones. Uno de los niños me ovaciona enfervorecidamente. Otros dos están untando crema de chocolate en las espadas de globo y se disponen a «pintar» las paredes de la sala con ellas. Y otro de los niños me grita llorando que su globo perrito ha muerto «de explosión». Un auténtico éxito. Mucho mejor que la vez que en un escenario de la feria de Algeciras, en la «Caseta del ferroviario», me lanzaron las llaves de un coche a grito de «eres tan malo que te regalo mi coche para que te vayas».

Estoy empapado en sudor, cubierto de purpurina y con la dignidad destruida. Me cambio en el baño mientras escucho una ovación que parece venir de la sala principal. Si estuviera aquí Alexia me golpearía en el cogote cual maestro de los escolapios en la dictadura y me corregiría a grito de «¡Sala principal no, sala 1!».

Asomo la cabeza tras la esquina y veo a Elena y Javier fundidos en un beso mientras todos aplauden, alguna mujer llora y mi estómago se arruga como un pantalón olvidado al fondo del ropero. Mi plan de recuperarla va perdiendo probabilidad de éxito, si es que alguna vez tuvo un mínimo.

Me escabullo hacia la barra en busca de algo que me haga olvidar lo que acabo de ver y me ayude a pasar mejor el tiempo que me queda aquí hasta cobrar e irme y no volver a saber nada más de la pareja del momento.

Me siento en un taburete tipo Tommy Mel’s; creo haberlo mencionado antes, pero la decoración es más hortera que un traje de mariachi fosforescente.

Y ahí está ella.

Leticia. O Leti, como pone en su chapa de camarera. Aunque podría llamarse «La chica que mira raro».

Me sirve una copa de agua con la precisión de quien ha hecho esto toda la vida. Tiene una coleta apretada, a conciencia, y ojos que no miran, escanean.

—No parece haberte ido muy bien en tu actuación —dice sin apenas sonreír.

—Bueno, el niño que me ha escupido en el hombro no era mi público objetivo, yo soy más de adultos frustrados con gin-tonic.

Ella no se ríe, pero se le arquea una ceja como si llevara una carcajada enquistada desde hace años.

—¿Te han contratado para algo más que para entretener niños?

—No, pero estoy dispuesto a ampliar el público a cuñados ebrios y tías tensas. Todo depende del presupuesto.

Ella me observa, con demasiada atención.

—Yo te conozco a ti —me dice.

Bueno, una fan, seguro que me ha visto en alguna actuación de teatro, o en los dos episodios que grabé en *El ministerio del tiempo*, aunque al final sólo emitieron uno de los dos en los que salí, en el que no tenía ni frase…

—Sí, soy yo. Jaime Martín. Cómico, payaso y actor profesional.

—No…, yo te conozco de otra cosa… ¡Claro!, ya me acuerdo. Lavapiés. Karaoke. ¡Hace seis años cantaste *Y nos dieron las diez* como si la hubieras escrito tú! —El recuerdo me golpea como una barra de pan congelada—. ¡Eras tú!, el de la trenza y los chupitos de Jägger. Me hablabas tan cerca que no sabía si ibas a besarme o a pedirme la contraseña del *wifi*.

Río, muy incómodamente, pero río. Ella no tanto.

—No sabía que trabajabas en esto. Lo de camarera, digo.

Ella no responde. Me cambia de tema.

—¿Has comido algo?

—No, tengo el estómago más cerrado que Galerías Preciados, y el menú de aquí con tantos canapés de nombre largo no es santo de mi devoción.

—Hay croquetas, recuerdo que te pusiste extremadamente pesado diciendo que si fueras cocinero te harías rico con tus croquetas, porque tus croquetas…

—¡Se beben! —le interrumpo—. ¡Claro!, el secreto de una buena croqueta es una bechamel líquida y un rebozado crujiente.

—No me lo vuelvas a contar, por favor. —Sonríe por primera vez.

—Ya, perdona, pero es que las croquetas son mi religión, soy «croquetólico practicante», y en ocasiones «protestante».

—¡Jaime! Me ha dicho Elena que estabas aquí. ¡Te estaba buscando,

hijo! —Aparece Ramón, mi exsuegro, trajeado con la corbata torcida y una expresión rural digna del más centenario de los olivos de la sierra de Segura.

—Hola, Ramón…

—Ven, tengo que hablar contigo, algo no me cuadra, ¿has probado la comida?, ese olor a especias no es humano.

—¿Otra vez con lo de los alienígenas?

Mi exsuegro Ramón es un exmilitar retirado, viudo de hace muchos años, que en su tiempo libre idea cómo acabar con los alienígenas en el, según Ramón, probabilísimo caso de que nos ataquen desde una civilización extraterrestre. Tuvo un par de desencuentros con la Policía. Uno por disparar con un arma reglamentaria al microondas por, según él, intentar alienígenas comunicarse con su familia mientras estaban más desprotegidos, vamos, mientras se preparaban el desayuno. Y la otra le pillaron más de cinco kilos de explosivo en el maletero del coche, según él también, para volar el Área 51. Eso sí, estaba buscándolo en la CM-3113 entre Albacete y Ciudad Real a la altura de Argamasilla de Alba. Después de aquel incidente casi lo dejan ingresado en una residencia…

—¡Hazme caso, hijo! Esta vez debe de ser verdad. Nos deben de estar intoxicando poco a poco con sazonadores de galaxias aún no exploradas por el hombre. ¡Despierta, muchacho!

—No creo que vengan de galaxias a miles de años luz para ponerles más comino a las lentejas.

—¡No es ninguna broma! Mira, ven, te voy a enseñar lo que he dejado preparado, pienso cazarlos y acabar con cada uno de los alienígenas con los que me cruce.

Me agarra del brazo, qué fuerte está todavía el cabrón, podría romperme la muñeca si lo quisiera, o si sospechase mínimamente que no soy terrícola, y me saca de allí dirección a un pasillo, inexplorado por mí aún, seguro que va a las salas 8, 9 y 10… Miro a Leti, ya puedo llamarla Leti, y me lee los labios mientras me alejo a tirones y le digo:

—Ahora vuelvo.

Capítulo 7

Ramón fue mi suegro durante algo más de cinco años. Cuando digo «suegro», me refiero a que me observaba con la misma mezcla de recelo y decepción con la que uno mira una coliflor pocha en el frigorífico: sabes que no sirve para nada pero da mucha pena tirarla.

Exmilitar, del ala dura. De los que llaman al mando «mi general» incluso cuando están hablando con el charcutero. Tiene medallas, muchas, más que amigos, y la flexibilidad emocional de una piedra. Lo peor no es eso, no, lo peor es que, desde que se retiró, se dedica a una afición muy concreta: dar caza a alienígenas, literalmente.

Está convencido de que hay una civilización de seres reptiloides con complejo de chef que se ha infiltrado en la sociedad española, concretamente en los banquetes de alta gama. Según él, la vanguardia gastronómica no es más que un intento extraterrestre de hacernos más blandos el paladar y volvernos vulnerables. Es más, una vez me gritó que la espuma de caviar era una señal de invasión inminente. Yo me descojoné. Él no.

Tiene trampas escondidas por toda su casa: detectores de «energía cósmica», sensores de movimiento, matamoscas fosforitos (abarca todo el abanico de tecnología posible). Tiene también una caja fuerte escondida llena de «pruebas», que si me preguntas, son más bien cacharros y restos de ferias medievales, cucharones, fotos y revistas de ciencia ficción, de 1995 la más moderna.

Sin embargo, le tengo cariño.

Sí, vale que es un maniaco con mala puntería y teorías que pondrían boquiabierto a Iker Jiménez, pero también es el único padre, de alguna ex, que me ha preguntado si dormía bien después de que su hija me dejara. Aunque luego me ofreció un casco muy extraño «por si algún día soñaba con *ellos*».

No sé si Ramón está loco o simplemente ha encontrado un refugio en su locura para no enfrentarse a todo lo humano. A lo emocional, a la pérdida.

Como yo, pero con muchas más trampas.

Lo que sí tengo claro es que, si algún día los alienígenas intentan invadir su casa, probablemente se resbalen con una cuerda floja entre dos palos de escoba y caerán en una trampa hecha con fiambreras.

Y Ramón, muy feliz, me dirá: «Te lo dije, Jaime, te lo dije».

Pues con ese Ramón iba yo escaleras abajo, tirando de mí como si se tratara de un carrito de la compra; lo dicho, qué fuerte está el cabrón.

—Ramón, ¿todo bien? —le digo.

—¡No!, nada está bien, pero tengo algo que te va a interesar. Ven, ven por aquí.

Sin darme opción alguna me tiene cogido del brazo, como si yo fuera su nieto y él una mezcla de Indiana Jones y yayo con demasiado tiempo libre.

—¿Ves esto? —me dice señalando un arbusto que, claramente, no está podado por un jardinero, más bien parece por un machete o a mordiscos—. Esta es una trampa de sensor térmico alienígena.

—Ah, claro… —respondo—. Yo las vi en el bazar el otro día, estaban al lado de las luces solares y los comederos de perros galácticos.

—No te burles, Jaime, tú no has estado en la guerra, yo sí. Y también he estado en Menorca, y en Menorca pasan cosas raras. Esto —dice tocando un hilo poco tenso entre dos árboles— detecta vibración interdimensional. Si un alienígena lo cruza, salta la alarma.

Tira del cordel y cae una red de pescar, usada, muy usada, huele bastante a mar, al mar Muerto concretamente, cae justo encima de una caja de pastas de té vacía, de las que usas para guardar los utensilios de costura.

—¿Y esto atrapa a los extraterrestres?

—¡Claro!, y si no los atrapa… —saca de detrás de un barril una estaca de madera del tamaño del brazo de Pau Gasol—, les clavo esto.

—Ramón, eso es para vampiros.

—Exacto, pero tú no sabes lo mismo que yo, hay vampiros extraterrestres. Son vampienígenas. Chupan sangre y roban ideas de recetas. ¿Has probado la *mousse* de tomate, Jaime? Eso no lo ha podido inventar un humano convencional, te lo digo yo.

—A ver, Ramón, ¿no te parece más probable que el mundo está muy flipado con la cocina moderna?

—Eso es lo que ellos quieren que pienses, ¿tú sabes cuántos chefs han

desaparecido en los últimos años?

—¿Te refieres a que han dejado de salir en televisión?

—Correcto, ¡porque ya no son ellos!, los han sustituido, ¿no has visto lo raro que está Alberto Chicote?, ves un programa de los antiguos y justo después uno actual, ¡no me digas que es el mismo!

Me detengo, lo miro, lo de Chicote me deja descolocado, es que está muy cambiado Alberto. Lo miro, durante un momento pienso en decirle que está loco pero hay algo en su mirada… Ese brillo de alguien que lo ha perdido casi todo y necesita que algo tenga sentido, aunque sea una vaca venida del espacio.

—¿Tú estás seguro de que esto funciona?

—Tú espera, esta noche atrapamos a uno. Y cuando pase quiero que estés presente, en esta fiesta me fío de ti y de muy pocos más.

—¿Por qué? —pregunto, entre enternecido y horrorizado.

—Porque estás igual de perdido que yo…

No sé qué responder. Así que me limito a sonreír y a ayudarlo a colocar otra red entre una silla plegable y un cactus. ¡Ostras!, obviamente, me pincho…

Capítulo 8

De vuelta a la sala principal me topo con uno de los niños que, aparentemente, mejor se lo había pasado en mi «actuación», aún lleva la espada/globo que le había regalado antes. Pasa junto a mí llorando y justo al agacharme a preguntarle si le pasaba algo… me escupe. Todo en orden.

Los niños y yo siempre hemos tenido una relación de amor/odio muy leal, nunca nos hemos movido de ahí, ni para bien, ni para mal. Los niños me gustan, pero sólo por un ratito, el tiempo de que los padres se queden tranquilos y me paguen de inmediato.

No tengo yo precisamente la vena paternal de Barack Obama. Eso también me distanció de Elena. Le encantaba pararse en todas las tiendas de moda infantil y bebés a soltar sus «¡oh!» que tanto me irritaban. Ella, sin duda, se fijaba en mis reacciones, cosa que sumó para dar el salto a mandarme de paseo. Eso y que mientras ella miraba tiendas yo prefería dormirme en los sillones «para hombres» maravillosamente colocados en los centros comerciales.

Vuelvo a la barra. Leti está sirviendo copas como si se tratara de material quirúrgico, no se la ve especialmente suelta para ese trabajo, debe de ser amiga del dueño del *catering*.

—¿Te has perdido? —me dice sin mirarme—. ¿O has vuelto a por algo más fuerte de beber?

—He estado con Ramón. Me ha hecho montar una trampa caza-alienígenas con cinco tenedores y un colador.

—Pues si tiene cinco tenedores debe de ser muy buena trampa

—¿Eh?

—Era un chiste, los restaurantes de alta cocina, mientras más tenedores tengan, de más calidad se presuponen, aunque ahora no se tenga tanto en cuenta. Perdona, me encantan los chistes de juegos de palabras, de niño era de lo poco con lo que me dejaban jugar solo sin que me dijeran que me iba a quedar ciego.

—¿Era muy sofisticada la trampa de Ramón? ¿No le has hecho una foto?

—¿Y delatar a un patriota?

Ella ríe al beber y le sale un poco de agua por la nariz. El moco más dulce que he visto esa tarde/noche. Ojo…, acabo de caer que esta chica ya me ha hecho una cobra antes, ya sé que hoy es un día perfecto para la segunda, pero no me apetece llevar mi dignidad colgada del paragolpes trasero de mi coche como llevan las latas atadas en cuerda un coche de recién casados de Colorado…

—¿Siempre te pasan cosas así?

—¿Así cómo?

—Ridículas, poco probables, tristes pero a su vez tiernas y graciosas.

—Sí, es mi superpoder, aún no sé si usarlo para hacer el bien o el mal. Soy como Spiderman, pero en vez de telarañas lanzo frases irónicas o absurdas.

Se queda callada un momento, me mira, la trenza le caía sobre el hombro izquierdo, como un recordatorio suave de que ya nos conocíamos, aunque yo siguiera sin recordar del todo aquella noche.

—¿Tú crees en las segundas oportunidades? —me pregunta, con voz de whisky…

—¿A las croquetas o a las personas?

—A ambas.

Antes de que pudiera contestar aparece ella…

—Tú eras el payaso, ¿verdad? —Alexia, la organizadora del evento, se acerca como si tuviera prisa por gritarle a alguien.

—Correcto, soy Jaime, payaso, actor y señor de seiscientos euros la jornada.

—Perfecto. Aquí tienes —dice, mientras me tiende un sobre con las mismas ganas con las que pones el collar a tu perro para sacarlo a hacer pis un martes de diciembre por la noche lloviendo a mares—. Cuidado con los niños. Uno se ha metido en la fuente y ha intentado bucear con uno de tus globitos, para la próxima si quieres traes cuchillos o cuerdas para que, directamente, se ahorquen…

—No sabes entender el espíritu olímpico de los zagales.

Alexia no sonríe, no parece hacerlo nunca. Huele a éxito artificial y estrés con *gloss* en los labios. Se gira, pero justo antes de irse murmura algo para sí, justo al volumen necesario para que lo oyera:

—Si esto se filtra me cargo a alguien. Literal. No tengo bastante con el

miserable cocinero al que le repetí cien veces que las croquetas no podían tener gluten porque Elena es celiaca, y no sólo tienen gluten sino que ni siquiera hay oferta celiaca ni vegana. Lo dicho, hoy mato a alguien. —Se va, por fin.

—¿Crees que lo decía en serio? —pregunta Leti.

—No sé —respondo mientras me levanto con la firme decisión de marcharme—. Pero si alguien es capaz de matar a un cocinero por unas croquetas malas, yo estaría totalmente a favor.

Ella ríe, pero no es una risa completa.

—¿En serio no te acuerdas de la noche que nos conocimos?, creo que no he vuelto a reírme tanto desde ese día.

—Recuerdo cosas, pero debería hacer un esfuerzo mental que no estoy dispuesto a forjar para que me vengan *flashes* de momentos que, casi con total seguridad, he olvidado porque me van a dar mucha vergüenza.

—Pues nos reímos un montón…

Capítulo 9

Seis años antes

No hace ni tres día que Elena me dejó y hoy, no sólo he vuelto a ducharme, el piso empezaba a oler del mismo modo que huele un piso al que llama la Policía porque llevan varias semanas «sin ver» al inquilino, sino que además estoy dispuesto a salir a quemar la noche, o llorar un poco menos que ayer, cualquiera de las dos cosas sería un éxito.

¿Y qué se hace cuando uno está triste y quiere subir la moral?, ir a un karaoke. Mejor dicho, emborracharme en un karaoke. La moral sube, pero la dignidad baja de manera inversamente proporcional.

No soy de los que lloran en casa muchos días viendo series y comiendo litro y medio de helado. Soy más de llorar con una cerveza en la mano mientras canto *19 días y 500 noches* como si Sabina la hubiera escrito basándose en mi vida. Joaquín con su guitarra, papel y boli en mano, observándome decepcionado desde alguna nube, nube de humo de cigarros por supuesto, imaginaria.

El bar en cuestión se llama Cántatelo Tó**.** No está nada mal el nombre, aunque mi nombre favorito para este tipo de local siempre será Karaoketedén de la película *Hermanos por pelotas*, uno de los filmes con los que más me he reído jamás y al que suelo recurrir de vez en cuando más a menudo que al litro y medio de helado.

Entro en el bar y huele a desinfectante y ambientador de bazar oriental, a sueños rotos y a ginebra de marca blanca. Había luces de neón, micrófonos pegajosos y gente con más entusiasmo que oído musical.

—Dame una Estrella Galicia —le dije al camarero.

—*Aquí sólo servimos whisky*.

No, mentira, no me dijo eso, sólo es que me vino a la cabeza la escena de *Regreso al futuro 3* cuando Marty entra en el salón con el disfraz de vaquero, con bombín y pantalones rosas; pero no, no me contestó eso. Él

me dijo:

—Sólo tengo tercios de San Miguel.

—Vaya, eso sí que es empezar mal la noche, ¿eh…? Venga ese tercio de cerveza, pero dámelo del fondo de la nevera, que están más fríos. —Lo acepto como se acepta una derrota, con dignidad fingida.

Y la veo.

Ella.

Leti.

Aunque aún no sé que se llama Leti.

Una chica de unos treinta años con una camiseta de Pet Shop Boys y unas cejas exageradamente expresivas.

—¿Sabes cantar? —me pregunta, como si mi apariencia no fuera un obvio no.

—Sé gritar con ritmo y mucho *flow*, ¿esto cuenta?

Ríe. Tiene esa risa contagiosa que te ayuda a olvidar que tu corazón está hecho papilla y servido en plato frío.

Antes de darme cuenta estamos cantando *Always on my mind.* Yo hago la voz grave y ridícula, ella hace la parte de persona con talento.

—¿Sabes que esta canción es ideal para humillar a alguien en una boda? —le dije entre versos.

—¿Te han humillado en muchas bodas?

—Sólo cuando me miran directamente a los ojos. Soy el que dice «¡Paren la boda!», justo después de que el oficiante diga eso de «Quien tenga que decir algo que hable ahora o calle para siempre», y no me mira nadie.

Pedimos otra ronda. Bueno, yo la pido, ella me la quita y pide otra mejor.

—¿Y a qué te dedicas cuando no estás intentando resucitar canciones tristes?

—Trabajo con gente muy difícil.

—¿Políticos?

—No tanto, mi público va desde niños de tres a adultos de noventa y ocho años.

—A veces no hay mucha diferencia, unos escupen mucho cuando hablan y con los otros sólo hay que esperar a que vengan a cambiarles el pañal cuando huelen mal.

Seguimos así mucho rato. Riendo, cantando, bebiendo, brindando. Me

hace reír mucho, de verdad, que es como besar pero sin juntar las bocas. Aunque cuando intento besarla ella se aleja…

—Mejor no… ¿Vale?

—Vale, si no llevara tres días sin afeitarme ni dormir hubieras cambiado de opinión, y hubiera sido inolvidable, para ti… porque yo mañana no me voy a acordar de nada.

Nos reímos mucho, y es casi tan bonito como el beso que no nos hemos dado.

Me acompaña al taxi. Me mete en el asiento de detrás como si fuera un niño con resaca prematura y antes de cerrar la puerta me dice:

—Cuídate, Jaime.

—¿Cuándo te he dicho mi nombre?

Y desapareció entre la música, las luces y el humo de una ciudad que, por un rato, fue muy amable conmigo.

Capítulo 10

Todo esto anterior me ha venido a la cabeza después de que Leti me dijera tan pancha:

—Nos conocimos en un karaoke hace seis años. Ibas borracho y cantabas Sabina como si te saliera sangre de la garganta.

Y yo, con cara de mueble de Ikea desmontado, sólo puedo responder:

—¿Eso fue real?, pensé que era una pesadilla recurrente que tengo las noches que ceno más picante de lo normal.

Ella me sonríe como si lo supiera desde el principio. Como si todo fuera parte de su plan. O como si supera que soy un imbécil de esos que olvidan los buenos momentos justo antes de besar a la persona que lo merecía.

¿Y si estoy metido en un thriller romántico de baja intensidad con exnovias y croquetas frías?, ¿esto no lo escribió ya Bigas Luna?

Me dispongo a marcharme. En este justo momento entra Ramón con un escurridor de verdura en la cabeza y un salero gritando:

—¡He localizado una perturbación térmica en el toldo de la pancarta del *catering*! ¡Puede tratarse de un dron camaleónico alienígena o una paloma marciana!

Y pasa de largo haciendo ruidos con la boca como queriendo comunicarse con *ellos*, y no me queda otra que tragarme mis recuerdos y mi dignidad, y me levanto para ir detrás de él cuando oigo:

—¿Jaime?, aún estás por aquí…

—Hola, Elena, sí, es que me he encontrado con Leti, una vieja amiga. Leti, esta es Elena, mi ex que se va a casar con un hombre más exitoso pero con menos pelo que yo.

Se sonríen como quien sonríe cuando te dicen que te vas a llevar la misma pieza de pan pero ahora por más dinero que ayer…

—Lo cierto es que me he acordado de ti antes —me dice y yo me hago el interesante

—¿Sí? ¿Has estado a punto de decir que no te casas porque soy el hombre de tu vida?

—No, por las croquetas, hay croquetas en los entrantes y sé que te gustan mucho.

Y de nuevo, ahí, podemos ver cómo mi dignidad se convierte en bechamel de cuarta categoría, seca y sin ese punto de nuez moscada que la hace tan característica.

Elena se marcha y Leti me mira como miras a los perros abandonados en la puerta de una protectora.

—¿Quieres un tercio de cerveza antes de irte? —me pregunta colmada de lástima hacia mí.

—Sí, del fondo de la nevera, que están más fresquitos…

Capítulo 11

¿Yo qué hago aquí?, ya estoy tardando en irme, ya voy a estar sentado en mi Renault 19 de 1993, arrancando el motor y, media hora después de haber llorado, gritado y golpeado el volante como si de mi miserable existencia se tratase, ya va a estar el tío en casa.

Me levanto y, justo antes de llamar la atención de Leti para despedirme de ella, vuelvo a oír la voz de Luis del Olmo de marca blanca…

—¿Todavía por aquí, payaso?

La voz de Javier me golpea por la espalda con una mezcla de perfume caro, champán y desprecio. Me doy la vuelta y ahí está el maromo: traje perfecto, sonrisa blanca (*profident* se le llamaba a esa sonrisa) y mirada vacía pero con facciones de «he ganado sin despeinarme» que le da a uno ganas de despeinarlo a mano abierta.

—Sí, aquí sigo —respondo—. Me pagan por horas, y si me regalan croquetas, me quedo a vivir, que por cierto aún no las he probado.

—No sabía yo que ya sólo hacías esto, fiestas infantiles… ¿Ya no te llaman para teatros ni ninguna serie de esas que hacías antes? Esos papeles de personajes tan intensos tipo *Taxista sin frase 2…*

—Ahora elijo yo mis propios proyectos, lo prefiero a cuando tú me mandabas a cualquier fiesta de pijos horteras, estas risas son menos falsas.

—Siempre tan exigente con tus principios, que así te ha ido Jaime… A veces ser un poco falso te hace ganar más dinero ¡real!

—A ti siempre te ha ido bien siendo falsificador, pero oye, aquí estamos los dos, viviendo del arte y lujo, aunque lo que vendes sea más falso que una moneda de tres euros, que dudo hasta de que eso sea legal…

—Yo sólo compro el bienestar de los clientes, ¿a quién no le gusta recibir a sus invitados en casa con un Monet en la entrada?

—Pero es que tú les haces creer a esos clientes que, no sólo es auténtico, sino que se lo va a llevar a casa el mismo Claude Monet con una gorra de GLS.

—Eso es lo de menos, yo sólo busco la felicidad tanto de ellos, como la

mía, Jaime…

—Yo diría que el orden es otro…

Él se ríe. Pero no con alegría, no. Se ríe como quien detecta una bomba y decide sentarse encima a ver qué es lo que pasa.

—Aún tienes ese humor absurdo —dice, mientras se sirve otra copa de vino que nadie ha pedido—. Como cuando hacíamos monólogos en el Café Teatro de Gran Vía. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Tú hacías imitaciones de políticos y yo hablaba de mi suegro obsesionado con ataques alienígenas. Lo curioso es que, ahora, todo eso es real. Tú estás rodeado de políticos y mi exsuegro realmente construye trampas con cubos de basura y espaguetis.

—Y sin embargo…, mírate. —Hace un gesto general que abarca mi disfraz de animador, mi tercio de cerveza y, probablemente, mi autoestima —. Yo… diversifiqué.

—Sí, tú vendías arte y lujo falso a turistas borrachos mientras yo ensayaba *sketches* de tortilla con o sin cebolla, me queda claro que tu plan era mejor que el mío.

—Jaime, no digas tonterías, tú eras el gracioso, el entrañable. Yo sólo vi una oportunidad en el mercado del lujo. La gente paga millonadas por cuadros que parecen manchas de salsa… Pensé: «¿Por qué no darles yo salsa brava también?».

—Muy inspirador. Un Rembrandt y unas bravas.

—Además, nunca tuviste cabeza para los negocios —añade, acercándose demasiado, con esa voz baja que usan los villanos antes de confesar algo sin querer—. Estabas tan centrado en hacer reír… que te perdiste lo que te rodeaba.

—¿Como tú, vendiendo Rolex falsos desde el almacén de casa de mis padres?

Javier sonríe, no lo niega ni lo afirma, sólo sonríe. Eso es lo que más me jode de Javier (además de que es el único Javier del mundo al que nadie llama Javi): nunca miente, pero nunca dice la verdad.

—En fin —dice, dándole un último trago a una copa sin terminarla, como hacen los ricos y los psicópatas—. Disfruta de la fiesta, Jaime, y saluda si ves a algún niño triste.

Se da media vuelta y se aleja. Yo me quedo ahí, solo, preguntándome si he tenido una conversación o un prólogo a una puñalada…

Leti aparece segundos después, con su bandeja, y me lanza una mirada que mezcla desconfianza y ternura, como si no supiera si soy un bufón, un tonto necesario o algo peor…

Yo le devuelvo la sonrisa, aunque por dentro estoy viendo cómo, uno a uno, los hilos de mi pasado empiezan a tensarse hasta convertirse en una soga.

Pero eso no es lo peor, porque en algún rincón de mi cabeza aún estoy preguntándome si todos los cuadros de Javier eran realmente falsos y si fui tan idiota de enmarcar uno en mi casa.

Spoiler: lo tengo colgado en el pasillo, y parece una croqueta vista desde el espacio.

Capítulo 12

Leti está apoyada en la barra, con esa pose de camarera que en realidad te está evaluando como si sospechara de ti.

Yo, mientras tanto, estoy intentando decidir si una tercera cerveza es buena idea. *Spoiler*: no lo es. Pero también me parece peor seguir sobrio en esta finca donde todos tienen pareja menos yo y un ficus que hay en el jardín. Mejor me voy ya.

—¿No trabajas mañana? —me pregunta al verme apurar el último sorbo a la cerveza.

—Trabajo todos los días, pero ¿sabes qué?, beber es como ensayar: si sale bien, aplauden, y si sale mal, pues… no te llaman más.

Ella sonríe, esa sonrisa, como si supiera más cosas de mí que yo mismo. Me pregunto si sabe que ahora mismo me siento como un personaje muy secundario de mi propia vida.

—¿Tan mal lo estás pasando? —me pregunta.

—Mira alrededor tuyo, Leti. Todos de gala, champán caro, canapés muy, muy pequeños con nombres muy, muy largos… y yo aquí, disfrazado de payaso de bajo presupuesto, viendo como mi ex se acaba de comprometer con un señor que suda dinero y ego. Eso no es pasarlo mal, esto es un festival de humillación con *catering* y barra libre. Ya estoy yo en mi casa…

Ella deja la bandeja y me pone otro tercio de cerveza. Yo, que estoy deseando irme, no he rechazado en mi vida una cerveza fría. Ni caliente las rechazo. Es más, si vienes a mi casa con ese *pack* de cervezas a sospechosa temperatura recién cogido del estante del súper, como la escena de amigos de cualquier peliculilla americana, te abriré las puertas de mi casa y de mi corazón.

—Tómatelo con calma, Jaime, que las fiestas al final se terminan torciendo cuando menos te lo esperas.

—¡Eso espero! —le respondo dando el primer sorbo a la que atisbo será mi última cerveza—. Por ahora lo más emocionante ha sido escuchar a Ramón explicarme cómo una estaca puede servir del mismo modo para

vampiros como para alienígenas. Si no fuera por eso, me habría tirado a la piscina con los zapatos y la peluca puestos.

—¿Y por qué bebes ahora?

—Bebo y brindo por ti… y porque es gratis.

Nos reímos. Por un momento siento que toda la finca, el compromiso, Javier, Elena…, todo desaparece. ¿Está pasando algo dentro de mí?

Pero algo ocurre que desvía totalmente mi atención de Leti, lo que parecía imposible. Alguien deja una bandeja de croquetas sobre la barra.

El tiempo se para, mis ojos sólo pueden apuntar a la dirección de esa bandeja de manjar de dioses rebozado y el tiempo se para hasta que me abalanzo, en mi mente a cámara lenta, hacia ellas como si de oro se tratase. En ese instante pienso «Jaime, quizá esto sea la redención». Lo mismo hasta va a merecer la pena haberme quedado.

Cojo la archiconocida primera maravilla del olimpo de la gastronomía, la observo. A primera vista, bien, textura sólida, consistente, ni demasiado pesada ni demasiado ligera. Se siente caliente pero no quema en mano. Rebozado uniforme, fritas en aceite limpio, de hoy, que en algunos sitios fríen las croquetas en un aceite que ha pasado ya por tres ITV.

Cuando termino el examen visual, y teniendo en cuenta el rato que llevaba allí que me hacía tener más hambre que el chavo del ocho voy a la prueba final. Me la meto en la boca.

Y entonces…

El horror.

Un puñetazo a mi paladar. Un crimen gastronómico.

—Pero ¡¿qué porquería es esta?! —casi grito con la boca llena.

Leti se ríe tanto que se apoya en la barra para no caerse.

—¿Tan malas son?

—Leti, siento decirte que esto no es una croqueta, esto…, esto es puré de calcetín viejo rebozado. ¡He probado adoquines más sabrosos! Voy a la cocina, no puedo evitarlo, esto es intolerable, no me pagan lo suficiente para callarme semejante aberración.

—¿A dónde vas? —me pregunta Leti, aún riéndose.

—A salvar la dignidad de la croqueta, mi madre y mi abuela estarían muy orgullosas de mí. Y por cierto —me detengo y la miro fijamente—, si me matan, di que morí como un héroe.

Y así, tambaleándome un poco (vale, bastante), me marcho con media croqueta en la mano y la otra mitad camino del tracto digestivo, directamente hacia la cocina.

Estoy deseando gritar «¡Quién ha hecho esta porquería!» como si estuviera en MasterChef.

En mi cabeza voy ensayando el discurso:

«Señor chef, con todo respeto: si estas croquetas tuvieran un abogado ya estaría demandándole por daños y perjuicios».

Con la mano en el pomo de la puerta de lo que creo que es la cocina escucho gritos que parecen venir de la «Sala 2», la sala destinada a las viandas que está entre la 1, ceremonia, y la 3, «barra libre y bailes varios». Una voz me suena, es la de mi exsuegro Ramón, la otra voz ni idea. Doy unos pasos hacia atrás y veo a Ramón, disfrazado de Doctor Emmet Brown con sobredosis de Haloperidol a grito pelado con quien parece ser el padre de Javier.

¡BUM!

¡¡Madre mía, qué guantazo le acaba de dar!!

Capítulo 13

La batalla de consuegros previa al bofetón ha sido más o menos así:

—¡Que te digo que tu hijo es un pijo de marca blanca y no me fío de él! —retumba la voz de Ramón.

—¡Y tú eres un carcamal más amargado que una flor de plástico! —responde otra vez, grave, firme, que sólo puede ser Fernando el padre de Javier. El consuegro. Aquí empieza el combate de titanes.

Yo intento dar un paso atrás, pero ya es tarde: la discusión se calienta más rápido que una freidora.

—A mí me respetas, ¡que he servido a la patria! —grita Ramón.

—¿La patria?, ¡tú lo único que has servido son teorías conspiranoicas en los bares! —salta el otro.

Y entonces:

PUM.

Algo se rompe. ¿Un vaso? ¿Una copa? ¿Una cadera? Ni idea, no estoy seguro.

Aguanto la risa como puedo, si me oyen puedo convertirme en daño colateral.

—¡Las croquetas de vuestro chef alienígena parecen piedras de Marte!

—¡Deberías darme las gracias por rescatar a tu hija de tu exyerno el fracasado!, mira la vida que tiene ahora, tiene más lujos de los que jamás habría podido soñar con el memo del payaso ese.

Ahí me doy cuenta, soy muy perspicaz: están hablando de mí.

—Vale, vale, calma —susurro pegándome a la pared—. Jaime, tú no existes, eres sólo aire, eres pura decoración.

Otra copa sobrevuela mi campo visual. Ahora sí que suena como un cristal chocando contra un azulejo.

Doy un paso atrás y, justo entonces, alguien abre una puerta muy cerca y me empuja hacia el centro del pasillo. Quedo en la mitad del campo de batalla. Parezco Rickon Stark en medio de la batalla de los bastardos en aquel épico capítulo de *Juego de Tronos*.

A lo que vamos.

Ramón me ve primero. Don Fernando me ve después. Ambos se callan.

—Buenas noches —digo como si fuera el camarero de un restaurante carísimo—. ¿Van a querer carta o menú degustación?

No cuela, los dos siguen rojos como una vitrocerámica al nueve. Me miran como a un árbitro que ha pitado penalti en contra a los dos equipos a la vez.

—¡Tú, conmigo! —dice Ramón agarrándome del brazo.

—¡No, conmigo! —gruñe el padre de Javier tirando de la otra manga.

Y así, como si fuera la cuerda en una competición de *Tira y afloja*, me arrastran por el pasillo mientras detrás de nosotros se oyen unos aplausos de algún invitado borracho que piensa que esto es parte del espectáculo. Y sin darme cuenta estaba con los sacamantecas en una sala, llamémosla «Sala 5», a oscuras, con ambos señores más callados que un mimo con crisis de identidad.

—¿Puede alguien encender la luz? —digo, a sabiendas de que al iluminarse la habitación fuera a asustarme lo que iba a ver.

Y se hizo la luz.

Y vaya si me asusté.

Capítulo 14

Se me abre la boca tanto que podría entrar una bandada de gorriones.

Cuadros, decenas de cuadros, cientos, casi. Apilados, colgados, apoyados, envueltos en sábanas viejas. Y esculturas, de piedra, de mármol, de granito, de todos los materiales sólidos habidos y por haber. Aquello era el Louvre, el Louvre justo antes de irse de mudanza. Y al ver algunos cuadros que parecían ser pero no había que ser muy lumbreras para ver que no, más que el Louvre, aquello parecía el museo de cera de Madrid. El Louvre en versión Bazar «Chin Uneuro». Además de cuadros y diferentes obras de arte falsas como un buenos días a las cinco de la mañana, había cajas de relojes, zapatos, bolsos y demás complementos de alta enjundia de los que gusta presumir el pijerío urbano.

—Pero ¿qué…? —consigo balbucear.

Ramón levanta los brazos como Moisés separando las aguas del mar negro:

—¿Lo ves? ¿Lo ves, Jaime? ¡Te dije que tu ex, mi hija, está metida con una familia de delincuentes!

El padre de Javier, don Fernando, resopla:

—¡Son inversiones! ¡Inversiones, Ramón!, tú no entiendes de negocios.

Yo giro despacio sobre mí mismo, examinando las paredes. Vale, igual de arte no entiendo mucho pero… Vamos a ver.

Hay un Picasso que más bien parece que lo ha dibujado un niño a una sola mano, sosteniendo un bocadillo de algo que mancha mucho con la otra.

Un puñado de relojes de diferentes marcas de alta gama pero que al cogerlos a pulso pesan menos que un yogur vacío.

Un Dalí con los relojes blandos, sí… pero que si te fijas bien los relojes tienen menos manecillas de lo normal y te queda la misma impresión de cuando ves un dibujo de Bart Simpson en alguna atracción de parque de diversión, que lo miras y dices: «Es Bart Simpson… pero no es Bart Simpson».

Y, para remate, así sólo de primera vista, hay un cuadro de Shrek…

¡Shrek!, en sepia, enmarcado, como si fuera arte renacentista.

—Esto…, esto es cutre hasta para una tienda de suvenires —digo, sin poder evitarlo.

Ramón me mira orgulloso.

—¿Ves?, hasta Jaime, con lo deficiente artístico que es, se da cuenta.

—Euu, ¿gracias?, sí, bueno —añado—. Aunque, para ser justo, yo también he estado cerca de comprar una camiseta de «Yo he estado en París» sin haber salido nunca de mi barrio.

Ramón vuelve a señalar los cuadros.

—Esto es crimen organizado, Jaime. Falsificación, blanqueo. ¡Esto es la NASA de los chanchullos!

—¡Es dinero, Ramón! ¡Dinero limpio! —insiste don
Fernando.

—¿Limpio? ¡Esto está más sucio que los baños de un festival! —replica Ramón.

Mientras ellos discuten, parecen distraídos, yo me acerco a un bodegón. O eso parece.

Hay algo raro en las uvas, creo que es el color, parecen aceitunas. Y la jarra… juraría que es una botella de casera de limón.

—¿Esto cuánto cuesta? —pregunto.

—¡Cien mil euros! —dice el padre de Javier, muy orgulloso.

—Pues la próxima vez lo hago yo con témperas y os cobro sólo ochenta. —Respiro hondo—. Lo que sí me preocupa es que el de seguridad del museo del Prado pase por aquí y se orine en los pantalones de la risa.

Hay unos zapatos Jimmy Choo y bolsos de Loewe, y me llama la atención un pequeño *David* de Miguel Ángel con el miembro roto, ese seguro que iría a la sección de *outlet*… o directamente al punto limpio más cercano.

En ese justo momento me fijo en una carpeta gruesa, casi tanto como el libro de canciones de un karaoke. Estaba debajo de un cuadro de lo que parecía ser *La joven de la perla* de Vermeer, pero a mí se me parecía, y mucho, a Belén Esteban.

Dentro hay facturas, papeles, más papeles y, entre ellos, una carta, escrita a mano, con letra apretada que decía:

«Devuélveme mis 100.000 euros o te voy a hacer
pagar cada céntimo. Sabes perfectamente que el

cuadro que me vendiste era falso. La próxima
vez que nos veamos no responderé de mis actos.
Monti Montoya»

¿Monti Montoya? ¿Quién es Monti Montoya? El caso es que ese nombre tan cursi me sonaba, lo había visto hacía muy poco.

¡Ostras! Ya lo sé, acabo de escupir algo de su creación. Monti Montoya no es otro que… ¡¡El chef!!

Me quedo blanco y más mareado que un cuñado en Nochevieja, quizás también por el olor a barniz barato.

—Pero ¿qué…? —digo enseñándoles la carta.

Ramón abre los ojos como platos.

—¿Lo ves? ¡Lo ves!, esto no es sólo un negocio sucio, ¡esto es un polvorín!

Don Fernando intenta quitarme la nota de las manos.

—¡Esto no es tuyo!

—¡Pues haberla guardado mejor, hombre! —respondo, escondiéndola detrás de mi espalda—. Ahora me encajan algunas cosas. Las malas croquetas, me dijeron que eran la joya de la corona de este cocinero. También está el ambiente enrarecido… ¡Esto es un culebrón venezolano pero con decoración de bazar!

Ramón me agarra del hombro:

—Jaime, tienes que salir de aquí, ahora mismo, esto puede ser muy gordo.

El padre de Javier, don Fernando, nos abre la puerta a empujones.

—¡Y no se te ocurra contar nada! ¡Si te vas de la lengua tendremos un problema! —me dice don Fernando como si no fuera al primero a quien se lo dice.

Salgo de aquella habitación de arte y moda falsos con la sensación de haber visto un museo… pero uno de esos en los que a los cinco minutos ya estás buscando la cafetería.

Mientras Ramón seguía soltando su teoría de la conspiración alienígena-financiera, yo sólo podía pensar en una cosa: las croquetas.

Porque claro, si el chef le ha soltado esa nota a Javier, si le han robado cien mil euros y encima le toca cocinar para la pedida de quien le ha robado, ¿cómo quieres que te salgan las croquetas?, evidentemente, mal.

Son croquetas con rencor, croquetas con odio, croquetas que son una metáfora del despecho humano.

Quizá todo se resuma en eso: la gente cree que las guerras empiezan con una bala, o un misil, por rabia, pero no, las guerras empiezan el día en que alguien, por rencor, decide dejar de freír bien las croquetas.

Y yo, que soy un romántico, pienso que no hay nada más peligroso que un corazón roto… y una bechamel mal hecha.

Capítulo 15

Salgo de la habitación de las réplicas del mal, todavía con la nota en la mano, como si llevara una bomba, en vez de una pequeña cartulina de apenas nueve centímetros de ancho por tres de alto, la guardo en mi bolsillo cuando me doy cuenta de que aún llevo la media croqueta (del demonio) en la otra. Es más, llevo aún hasta los guantes con los que suelo terminar las funciones infantiles para los juegos de globos, y me da mucha grima el roce de la piel con el látex de los globos. Puede, incluso, hasta que tenga algún tipo de alergia, ya que cuando he usado algo de látex he acabado casi siempre colorado…

Mi idea es clara: llegar a la barra, fingir que este día no está ocurriendo, despedirme de Leti y, justo después de cobrar, marcharme por donde he venido.

Pero en el pasillo, de vuelta a la sala 3, me topo con algo que vuelve a llamar mi atención, bastante similar a lo que escuché antes pero con voces distintas: sí, otra discusión.

Las voces vienen de la puerta entreabierta de la cocina. Reconocí a Alexia, la organizadora de eventos más pija que pedir sushi en una hamburguesería y con el carácter de un orco sin merendar, y a Monti Montoya, el chef del *catering* contratado para el evento, famoso por su rodaballo sobre espuma de salsa holandesa y famoso también por poner su nombre dos veces, por si la primera no te impresiona.

—¡Nueve mil euros! ¿Tú sabes lo que son nueve mil euros, Monti?, me cuestas más tú por poner el nombre que lo que he gastado en flores —decía Alexia.

—¡Pues ese es mi caché! Fernando sabía a quién contrataba y para qué. Para que todos los comensales centren sus sentidos en cada una de mis creaciones. ¡Es hasta barato! —defendía Monti Montoya (voy a decir su nombre completo siempre porque me encanta, lo siento).

—¡Pero si está todo el mundo quejándose de la comida! De la tartaleta de cangrejo dicen que estaría más blanda si la hubieras servido ¡dentro del

cangrejo!, del ceviche de camarón en cucharita de porcelana la gente sólo habla de la cucharita, y del mini pan bao de pato laqueado estilo asiático opinan que eres muy generoso llamando «mini» a esa minucia de pan chicloso…

—No está la miel hecha para la boca del asno…

—¡Verdad, gracias por recordármelo!, el canapé de higos frescos rellenos de ricota y miel, sencillamente, una porquería. Y ni hablar de las croquetas.

—Una puta mierda —susurro en voz quizás no lo suficientemente baja…

Lo sabía, a mí el sigilo me dura tres segundos, si yo fuera ninja no estreno ni la katana.

Justo en ese momento, giro la cabeza hacia la puerta y me ven…, me ven los dos.

Reacciono como cualquier persona adulta y madura: cierro los ojos, pego la espalda a la pared y me quedo lo más quieto posible, como si fuera invisible.

—Jaime… —dice Alexia, con esa vocecita que pone cuando está a punto de matar a alguien.

—¿Jaime?, ¿quién es Jaime? —repite Monti Montoya.

Yo, sin abrir los ojos, contesto:

—Yo no soy Jaime, soy…, soy un perchero muy realista.

Hay un 99,9% de posibilidades de que no cuele, pero yo, optimista, o desesperado, y agarrado a ese 0,01%, abro un ojo para comprobar si ha colado y, efectivamente, no.

Los dos me miran como si acabasen de pillar a un mapache comiéndose una caja de galletas…

—¿Qué estabas haciendo?, ¿escuchando? —me pregunta Monti Montoya, cruzando los brazos, haciendo esa postura que tanto le he visto en televisión mientras esperaba a que terminase la licuadora. Pero esta vez la licuadora soy yo, y, o contesto algo convincente o me licua a mí el chef, que por cierto parece más alto y gordo en pantalla.

—¿Yo?, no he escuchado nada, pasaba por aquí buscando el baño… aunque, ahora que lo pienso, igual no buscaba el baño, buscaba el guardarropa —señalo mis guantes y zapatones de payaso— para cambiarme.

—Tú te cambiabas en el baño de la sala 4, ¿ya te has olvidado?, pero ¿qué pasa en la memoria de todo el personal de esta celebración?, la

próxima haré planos con dibujos y colores, a ver si así lo entendéis mejor —me bronquea Alexia.

—¡Cierto! —contesto señalando a Alexia—, eres buena en esto, Alexia, te va a ir muy bien en la vida. —Intento reír pero es imposible, sólo sale el sonido de un pato intentando salir de una charca.

Intento retroceder sin girarme, dando pasitos de cangrejo, con tan mala suerte que tropiezo con un cubo de fregona que decidió morir conmigo… ¡¡Brrrruaassshhhh!! Treinta litros de agua jabonosa por el suelo amén del ruido que armo, en el pasillo ha debido de sonar como si se hubiera derrumbado la casa.

Alexia me fulmina con la mirada.

—Mira, Jaime, haznos un favor a todos, márchate y métete en tus cosas, si es que tienes algo.

—Te prometo que no dejo de intentarlo —digo yo—. Sólo que me salen obstáculos que me impiden irme. Además, estaba buscando una croqueta mejor que esta… pero, viendo el ambiente, lo mismo me como una piedra del jardín.

Monti Montoya me señala con el dedo:

—Tú no digas nada de lo que has escuchado.

—Ni aunque quisiera. No he escuchado nada. ¿Qué he escuchado? ¿Tú has escuchado algo, Alexia? Porque yo no, y tú, ¿has escuchado algo, Monti?, nada, ¿no? —Me giro para largarme y, mientras me voy, se me enciende la luz, no puedo callarme…—. Eso sí, Monti, las croquetas…, flojas, muy flojas.

Y salgo al pasillo a paso rápido, como si no hubiera pasado nada, con la dignidad más destrozada aún; sí, se puede.

Pero yo ahora tengo un problema: tengo hambre, la media croqueta de bechamel tipo argamasa no ha saciado mi apetito. Aunque no sé si quiero comer algo antes de irme… Y beber, beber sí debería beber lo justo para poder volver a casa y no recordar nada del día de hoy. Benditas lagunas mentales. Pero algo me da a mí en el rebozado que no va a ser fácil…

Capítulo 16

Vuelvo de nuevo al pasillo y retomo mi paso firme, que es como yo llamo a andar rápido intentando parecer digno cuando en realidad pareces un pato escapando de un perro. Sólo querría llegar a la barra, apretarme un último tercio de cerveza, despedirme de la camarera de ojos negros y olvidar que Monti Montoya tiene la mirada de alguien que afila cuchillos y hachas en su tiempo libre.

Pero nunca he sido bueno huyendo, y hoy no va a ser menos.

—¡Jaime! —escucho detrás de mí.

Me giro despacio, como en esas pelis de terror en las que sabes que cuando te des la vuelta hay un payaso asesino; ojalá, aquí hay algo peor: Alexia.

Viene directa hacia mí, ella sí que sabe andar rápido con paso firme, taconeando como si el suelo le debiera dinero.

—¿Podemos hablar un momento? —me dijo con una sonrisa de anuncio… de clínica dental que te va a sacar la muela sin anestesia.

—¿Ahora? ¿No prefieres esperar que pasen unos treinta años y ya estemos la mayoría muertos y no importe?

Ella no se ríe. Me coge de la muñeca (vaya manía tienen todos hoy), me lleva a un rincón, de esos donde parece que van a confesarte un secreto o, sencillamente, matarte.

—Lo que has visto, no lo has visto —me suelta.

—Estupendo, no lo he visto, perfecto, ¡ya está! ¿Me puedo ir?

—Ni se te ocurra abrir la boca, ¿lo entiendes?

—¿A quién se lo voy a contar? Si yo, cuando llego a casa, hasta mis plantas me interrumpen, ¡y son de plástico!

—Me da igual. Si alguien se entera de lo que has visto antes… —se inclina un poco hacia mí—, te juro que te hundo la vida.

Hago un silencio dramático, que en mi caso es aguantar entre tres y cuatro segundos sin hacer chistes.

—Lo que se va a hundir seguro son las croquetas —suelto al final,

porque mi boca funciona independiente de mi cerebro—. Porque, chica, esas croquetas, uf…, como para interrogar terroristas, se las llegan a poner a los detenidos por el 11S después de los atentados y Bin Laden aparece antes de Halloween.

Me mira con cara de «no estoy hablando de croquetas, imbécil». Y en sus ojos veo algo que no conocía, pero no sé si es miedo, o es odio. Puede ser incluso indigestión, yo qué sé.

—¿Y el chef? —pregunto como quien no quiere la cosa—. Parecía… intenso.

—Monti tiene carácter, y motivos para estar enfadado.

«Y tan enfadado», esto tengo la suerte sólo de pensarlo.

A modo de, lo que parece, despedida, Alexia se ajusta la chaqueta con un gesto seco mientras pasa alguien cerca y me dice en voz baja:

—Te lo advierto, Jaime, si te metes en lo que no debes, acabarás pagando por algo que no has hecho.

—Eso mismo me dijo mi gestor cuando intenté desgravar la suscripción de Netflix.

Ella bufa y se aleja, pero antes de irse me lanza la bomba…

—Por cierto, las croquetas las eligió él. —Señala hacia donde está Javier —. Igual tu paladar y su dinero no son tan compatibles.

Y se va, dejándome ahí, solo, con una sensación muy clara. En esa cocina se han dicho cosas antes de que yo llegara que piensan que he podido escuchar. También me queda claro que Alexia me da incluso más miedo que Monti Montoya.

Y una última cosa: eligiera quien eligiese las croquetas, son una tremenda porquería.

Capítulo 17

Volver a la barra después de hablar con Alexia es como regresar de Vietnam, pero en versión *catering*. Leti me ve llegar con cara de «a este le aprietan los zapatos o le ha pasado algo raro» y me pone otro tercio de cerveza sin preguntar. Esta mujer tiene instinto.

—¿Qué te ha pasado? —me dice limpiando la barra.

—Nada, sólo he estado en una habitación repleta de cuadros, relojes y bolsos más falsos que un *reality* de caníbales veganos y algunas amenazas, en cambio, muy pero que muy reales. Lo normal en una fiesta de pijos…

Se queda mirándome en silencio.

—¿Lo dices en serio?

—¿Yo? No, nunca, o sí, pero qué va, no lo sé, sí, pero me gusta que parezca que no…

Bebo. Siento cómo el alcohol me baja por la garganta y me arregla los nervios como si fueran un cajón desordenado. Y entonces lo veo… delante de mí…, a escasos metros y sostenida elegantemente por la trabajada mano de un camarero: la bandeja de croquetas. Redondas, doradas, uniformes y, aparentemente, inocentes.

—Voy a hacer una locura, algo muy valiente —digo.

—¿Qué?

—Les voy a dar una segunda oportunidad a las croquetas. Todas las personas se merecen una oportunidad, y yo quiero a las croquetas más que a casi todas las personas del mundo. Todo el mundo merece otra oportunidad. Y el prestigioso chef no iba a ser menos.

Cojo una, la miro y le susurro:

—Monti Montoya, no me falles.

Le doy un mordisco. Y el efecto es inmediato. Siento arder mi paladar como si le hubiera dado un mordisco en el cuello al motorista fantasma.

—¡Agua! —grito.

—¿Cómo van a estar calientes? —dice Leti mientras saca una botella pequeña de agua de justo debajo de ella.

—No están calientes, no, estas lágrimas son de emoción… ¡Me he abrasado el paladar… pero sobre todo el alma!

Trago, respiro, y ahí viene el segundo golpe, mucho más fuerte que el anterior. El sabor.

—Leti, te lo juro…, estas croquetas tienen sabor a venganza. A venganza mal planificada. Esto no tiene taquitos de jamón, esto lleva trauma picado.

Ella se dobla de la risa. Yo sigo, porque cuando algo me duele, yo charlo, charlo mucho y me sale el monologuista que creció conmigo:

—¿Sabes esa sensación cuando estás viendo una película de terror y dices «no entres ahí»? Pues yo acabo de entrar en la boca de la croqueta. Esto es…, esto es REC, Leti. Y yo soy Manuela Velasco, sólo que en vez de seres paranormales, huyo de una bechamel asesina.

Ella casi tira una botella que había en la barra de tanto reírse.

—¿Por qué te las comes si no te gustan?

—Porque soy español y no puedo dejar que una croqueta me gane.

Me como otra.

Y me vuelve a arder la lengua.

—¡Estas croquetas están fabricadas en Mordor! —exclamo—. Entre orco y orco fríen un par de croquetas de estas y se las llevan para el camino a la batalla, pero no para comérselas, sino para lanzárselas al enemigo u obligarlos a comer alguna. Estoy seguro de que si Frodo, en lugar del anillo, hubiera llevado esta croqueta, Sauron se hubiera rendido a los cinco minutos.

Es entonces cuando, con la lengua pelada y el alma rota por tremenda decepción, lo veo claro:

—Voy a hablar con el chef. Esto no se puede consentir. Este hombre necesita ayuda profesional o que se lo lleven detenido esta misma noche,

—¿No te parece mejor dejarlo estar? —pregunta Leti, aún riéndose.

No, esto es personal, entre este chef de nombre redundante y yo. He sobrevivido a un desengaño amoroso, a un karaoke ebrio, a la humillación de Javier… ¡pero no pienso dejar pasar por alto unas malas croquetas!

Me levanto, heroico, aunque ya un poco tambaleante por el alcohol.

Mientras me voy miro a Leti y le digo:

—Si no vuelvo en cinco minutos llama a la Policía… o a un cura.

Y así, con la boca abrasada y el orgullo herido, más aún que la lengua,

emprendo mi camino hacia la cocina dispuesto a reclamar justicia croquetil.

Abro la puerta de la cocina sin llamar, ya me siento casi dueño de aquello y ahí está Monti Montoya, en el suelo.

Inmóvil.

Con los ojos abiertos mirando hacia el techo.

Capítulo 18

La luz está tenue, hay silencio.

Lo primero que veo es un cuerpo en el suelo, boca arriba y con los ojos abiertos mirando al techo.

«Ya está, lo mataron. Lo mataron por las croquetas, justicia poética», pienso.

Me acerco, muy despacio, el corazón a mil. Hago lo que haría el protagonista de cualquier película de intriga, me agacho y le digo bajito:

—¿Está usted…?

En ese mismo instante, el tío parpadea y dice:

—Estoy pesando.

Casi me caigo de culo.

—¡Ostias!, ¡por favor! —grito—. ¡No me haga esto, hombre, casi me da un infarto!

Monti Montoya, el chef, se incorpora con una calma que parece que estuviera anunciando tila.

—Necesitaba un momento —dice—. Todo el mundo está criticando mis croquetas…

—A ver, la verdad son una… porquería —tartamudeo—. Y nadie prueba lo demás.

Me mira en ese instante como si yo fuera la última esperanza de su carrera.

—Eras Jaime, ¿verdad?

—Sí —le contesto ubicándome física y mentalmente.

—¿Has probado algo que no sean las croquetas?

—No, pero…

—¡Entonces, cállate, siéntate y prueba!

Antes de que pueda decir o hacer nada me empuja contra una banqueta y me pone en la mano un canapé. Con un nombre larguísimo.

—Es «lingote aéreo de bacalao desalado en nube de aceite verde y caricia de cebollino».

Lo muerdo.

Se me escapan las lágrimas. ¡Está buenísimo! Nunca había tenido tal variedad de texturas y sabores en un bocado tan pequeño. Cierto es que lo más sofisticado que he comido en mi vida es el menú infantil del burguer de mi barrio.

—Madre mía… —susurro.

—¿Qué? ¿Está bueno?

—Está…, ¡está para pasearlo por el centro de Sevilla en Jueves Santo y cantarle saetas! —contesto.

Sin tiempo de terminar de asimilar el primero, me da otro.

—«Esfera emocional de solomillo ibérico con recuerdo de trufa y crujiente de patata pedagógica».

Me lo como.

Siento que he estado perdiendo el tiempo en la barra toda la tarde.

—Pero… si cocina usted así, ¿por qué las croquetas saben a coraje y rencor rebozados?

—¡Porque las hace mi ayudante! Yo estoy con la alta cocina, no con insignes frituras —responde indignado.

—Pues dígale a su ayudante que está matando niños y adultos a partes iguales.

Monti sigue pasándome platos como si yo fuese jurado de MasterChef. Me zampo uno tras otro antes de que termine de decirme sus respectivos nombres.

Mi estómago, hace pocos minutos sólo repleto de cerveza, empieza a aplaudir.

Llega un punto en el que ya no me acuerdo ni de por qué había venido. Sólo sé que el bacalao, el solomillo, el pincho de «atardecer en Kyoto con salsa de mostaza antigua» y la «mini tarta de lima con espíritu de azahar» me están reconciliando con la vida.

Y ahí, mientras mastico, pienso:

«Jaime, has venido a exigir justicia… y te vas a ir con el colesterol alto, muy bien».

Me limpio con la manga, me levanto tambaleante y le digo:

—Monti, no sé quién le ha criticado hoy pero, si yo fuera usted, les hacía comer sus croquetas durante un año como castigo.

Él sonríe, y durante varios segundos, me sostiene la mirada mientras ambos estamos en silencio. Antes de que yo pueda romper esa incómoda falta de sonido me dice:

—Esas croquetas no son mías, ni por asomo dejaría yo que semejante irrespetuosidad por la bechamel que me enseñó mi abuela, que decía que SIEMPRE debe tener una nuez de mantequilla extra a las cantidades estipuladas…, JAMÁS sería yo responsable de esa atrocidad.

—¿Entonces?, ¿por qué estaban en el menú? —le pregunto a ver si me saca de esta tesitura.

—Ya le he dicho antes. Son de mi ayudante. Es lo único que Javier me obligó a meter en el menú. Las croquetas de mi ayudante. Las croquetas de Álvaro. Su sobrino…

Capítulo 19

Álvaro, sobrino de Javier, ni tan siquiera sabía que tuviera hermanos, y lo conozco de toda la vida. Pero ahora eso no es lo importante, lo importante ahora es alejar de cualquier cocina del mundo al responsable de la mayor atrocidad que se ha hecho en la historia de los rebozados, se llame Álvaro, Lucifer o Vladimir.

—¿Álvaro? —repito, buscando en mi memoria como si me hubieran hablado de algún Pokémon legendario.

—Sí, Álvaro, el sobrino de Javier.

—¿Sobrino? —Me detengo. En mi cabeza sólo hay fuegos artificiales de confusión—. ¿Javier tiene sobrinos? Si yo no recuerdo ni que tuviera hermanos.

Monti asiente.

—Ni tú ni nadie lo recuerda. Es que el crío ha estado estudiando en Suiza, o en Marte, yo que sé. Javier se emperró en que trabajara conmigo en la cocina, para que así el niño aprendiera un oficio. Y mira el oficio que ha aprendido: Técnico superior en asesinar paladares.

—Pero ¿usted ha probado esas croquetas? ¿Se ha parado a masticarlas o directamente las usa como arma arrojadiza? —pregunto, con la indignación de quien sabe de lo que habla.

—Lo hice, y me sangró el alma —contesta.

—¿Y por qué no lo echó de la cocina?

—Porque Javier manda aquí. Y si Javier dice que Álvaro hace croquetas, pues Álvaro hace croquetas. Y el mundo a sufrirlas.

Me quedo callado, mirándolo fijamente. Y entonces lo entiendo todo. Todas las piezas empiezan a encajar como una película de David Fincher: el sabor horroroso, el orgullo herido de Monti, la gente del *catering* poniendo cara de dolor sin poder decir nada…

—Monti, te voy a decir una cosa —le digo muy serio—. Esto no puede salir de esta cocina. Estas croquetas no pueden volver a ver la luz, ni esta noche ni nunca.

Él me observa como si estuviera hablando de un secreto de Estado.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunta.

—Lo que haga falta. Enterrarlas, quemarlas, tirarlas a un pozo, dárselas a Ramón para que las use como proyectiles contra alienígenas. Me da igual, pero esas croquetas… —hago una pausa dramática—, esas croquetas hay que borrarlas de la faz de la tierra.

—Pareces un terrorista gastronómico —me dice muy serio.

—Sí, de la banda terrorista Croc Eta —respondo—. Puede ser, pero sería un terrorista con razón, y con dolor de estómago.

Monti se ríe por primera vez desde que lo vi por primera vez. Es más, creo que ni en televisión lo había visto sonreír. Anda que una noche de juerga con este y Jordi Cruz debe de ser la risotada…

—Me caes bien, Jaime. Pero esta es la cruz que llevamos todos. Así es la vida cuando trabajas para Javier. Él pagó mucho dinero para levantar mis restaurantes y solventar algunas de mis deudas por juego y escarceos amorosos. Cuando por fin consigo devolverle todo el dinero me encasqueta al sobrino para, según él, tenerme «vigilado». Y no puedo más, estoy a punto de cometer una locura.

—¿Qué locura estás hablando, Monti? No irás a quitar el azafrán de los arroces y sustituirlo por… ¡¡colorante alimenticio!!

—¡No, por dios! —exclama Monti—, estoy desesperado pero no tanto… Voy a presentar mi dimisión, voy a recoger mis cosas y no volveré a cocinar para Javier. Esto se ha acabado. Ahora déjame solo, Jaime. Si estás fuera cuando me vaya, te saludo antes de marcharme.

Me quedo paralizado delante de él, pero lo respeto y me marcho de su cocina.

Salgo de allí con dos certezas:

1. Que Monti Montoya cocina como los auténticos ángeles cuando no lo sabotean.
2. Y que si veo a Álvaro voy a atarle las manos para que nunca jamás vuelva a tocar una bechamel, ni de tetrabrik.

Mientras cierro la puerta pienso:

«Si mañana hay un apocalipsis croquetil, que sepas, Jaime, que hiciste todo lo que estaba en tu mano para salvar a la humanidad».

Capítulo 20

Salgo de la cocina con la sensación de que acabo de participar en una reunión secreta de la ONU, pero en vez de discutir sobre armas nucleares hemos estado hablando de croquetas. Aún estoy rumiando el tema cuando escucho un ruido detrás de mí. Un golpe sordo, seguido de un «Ay, joder».

Me giro y hay un chaval de unos veintipocos, muy repeinado, camisa blanca impoluta de no ser por una pequeña mancha en la manga y con una arrogancia que se huele antes de que hable.

Entonces, me mira.

—Tú eres… —empiezo.

—Álvaro —me interrumpe, como si fuera obvio que debería conocerlo —. ¿Quién te ha dejado pasar a la cocina?

—Yo me he dejado pasar solo —respondo—. Soy como los gatos, me cuelo en sitios. Y además estoy trabajando aquí. Entreteniendo a niños y croquetas, sobre todo a las croquetas.

El tipo me mira de arriba abajo, con esa mezcla de condescendencia y desprecio que sólo alguien con apellido compuesto y cero talento puede tener.

—Ah, sí, el payaso. —Álvaro sonríe, pero esa sonrisa falsa de catálogo, de las que si hubiera una web donde comprar tu sonrisa falsa para ir a la pedida de mano de tu ex, la suya estaría en la página principal.

—Bueno, supongo que no todos tenemos la suerte de haber nacido en una buena familia.

—No, claro, algunos sólo tenemos la suerte de nacer con buen gusto. ¿Tú has probado las croquetas? —disparo a bocajarro—. Este Monti Montoya será un gran chef, pero de croquetas no tiene ni pajolera idea.

—Son croquetas vanguardistas —dice, hinchando el pecho.

—Vanguardistas… —repito—. ¿Así llamas tú a darle a la bechamel la textura de escayola? ¿O al sabor de «nostalgia de cemento»? ¿O que la gente tenga que pedir cita con el dentista después de morder una?

Me mira con cara de «este tío es imbécil» y ya me va sonando ese rasgo familiar. Definitivamente es pariente de Javier, o ha pasado mucho tiempo en su entorno.

—Eres un gracioso, ¿no?

—Exgracioso, ahora sólo soy payaso y autónomo.

Doy un paso más cerca, huelo algo, pero no es miedo, es orgullo mal gestionado, y a curry, también huele a curry.

—Mira, Álvaro —le digo—, no sé qué trauma te llevó a querer cocinar, pero te lo digo como consejo de amigo sin ser tu amigo: déjalo. Las croquetas son un crimen de guerra. Y lo digo yo que entiendo de crímenes, que vi entera *Mortadelo y Filemón contra Jimmy el Cachondo* en el cine sin moverme de la butaca.

Álvaro me mira sin pestañear, por un momento pensé que o iba a pegarme o a ponerse a llorar. Pero no, avanza lento hacia mí y al pisar resbala y se cae al suelo de culo. Como si lo hubiera escrito un guionista de *slapstick*.

Aguanto la risa como si mi vida dependiera de ello, porque lo mismo hasta es el caso.

—¡Ten cuidado! —le digo mordiéndome el labio y reprimiendo alguna lágrima de risa…—. Que como caigas encima de una de tus croquetas te quedas pegado al suelo.

Se levanta rápido, rojo de vergüenza, intentando, de manera estéril, aparentar dignidad. Comienza a sacudirse el pantalón, que ahora tiene una preciosa marca en el trasero. Y me mira como un león mira a un ñu bebiendo de una charca.

—Esto no va a quedar así —masculla.

—Por supuesto que no, se va a quedar peor. Porque como no lo metas directamente en la lavadora en programa con prelavado se te va a quedar el culo del pantalón marcado como un Picasso.

Entonces, sin previo aviso, saca una croqueta de su bolsillo, ¡de su bolsillo!, amigo, pero… ¿quién guarda croquetas en el bolsillo?

—¿Quieres probar la receta secreta? —me pregunta, alzándola como si se tratara de la espada Anduril de Aragorn.

—¿Eso? Prefiero chupar el pomo de la puerta del baño de una gasolinera.

Se enfada, se enfada bastante. Aplasta la croqueta con las manos y la

lanza contra la pared. Y ahí entiendo que el chaval tiene el ego de su tío y las manos de una nutria.

—¡Algún día mis croquetas serán las más famosas del mundo!, ya verás. Se hablará de mí en todos los restaurantes de lujo.

—Sí —asiento—. Como advertencia sanitaria.

En ese momento hace un amago de golpearme pero es ahí cuando Monti asoma la cabeza desde la cocina.

—¡Álvaro! —ruge—. ¿Estás molestando al artista?

—¿Artista? —protesta Álvaro.

—Sí, el payaso —le digo saludándolo como Isabel II.

Álvaro se da media vuelta, indignado, pero no sin antes señalarme con el dedo y decirme:

—Esto no ha acabado.

—Lo sé. Terminará el día que esas croquetas desaparezcan de la faz de la tierra —le contesto.

Lo veo alejarse por el pasillo con paso torcido, se ha debido de hacer algo de daño en la caída, y yo me quedo quieto, pensando que hay gente a quien la vida le da demasiado poder para el poquito talento que atesora.

Yo que pensaba que lo peor que me podía pasar hoy era ver a mi ex comprometerse con su nuevo novio. No, lo peor ha sido conocer al hombre que puede cargarse el concepto de croqueta para siempre. Se llama Álvaro y ojalá Cupido le dispare, pero con una freidora en la cabeza…

Capítulo 21

Qué larga se me está haciendo la vuelta a la sala principal, yo que sólo pude despedirme de Leti y verla reír una vez más antes de irme. Justo cuando retomo mis pasos aparece ante mí, de nuevo, la sonrisa tridimensional y el perfecto peinado de mi «amigo» Javier, perfectamente trajeado, perfectamente insoportable.

—Hombre, Jaime —me dice con la boca llena pero mostrando esa sonrisa que parece esculpida en mármol—. ¿Has probado las croquetas? Están riquísimas, las ha hecho mi sobrino Álvaro.

—Sí —respondo sin ganas—. Las he probado, y he sobrevivido, de milagro.

Se ríe, como si hubiera sido un chiste, no una denuncia pública.

—Supongo que te estás preguntando de dónde ha salido ese sobrino —dice.

—Pues la verdad es que no.

—Te lo cuento igual.

Genial. Una historia que no quiero oír, contada por la persona que menos quiero escuchar. ¿Qué puede salir mal?

—Álvaro es hijo de mi hermana mayor —continúa—. Bueno, hermana…, en realidad medio hermana. Una hija que tuvo mi padre con otra mujer antes de nacer yo. Cuando ella murió, mi padre me lo contó todo y decidimos hacernos cargo de él, teníamos que cuidar del niño. Así que actuamos como una familia de verdad, lo metí en un internado, le di educación, techo, todo.

—Me alegro por él. —Intento irme, pero él no me deja.

—Ha sido duro. Álvaro nunca ha tenido referentes.

—Me da igual.

—Jaime, entiende que el chico no es malo. Sólo necesita oportunidades.

—Me da igual las oportunidades, Javier, yo me conformaría con comer hoy unas croquetas decentes.

Él sigue a lo suyo, como si yo fuera un sofá y no una persona.

—Yo lo quiero como a un hijo. Y sí, lo he traído aquí a trabajar porque quiero integrarlo en la familia.

—Pues muchas felicidades, ¿puedo irme ya?

—No, porque quiero que entiendas que si Álvaro mete la pata, la responsabilidad es mía.

Ahí ya me tuve que involucrar en la conversación.

—Vale, pues entonces tú me debes una lengua nueva, porque las croquetas que él ha hecho me han provocado el éxodo masivo de mis papilas gustativas y ahora tengo cemento en la boca.

Javier me mira como si estuviera por encima de todo esto. Es increíble cómo hay gente que logra parecer elegante mientras te cuenta una telenovela familiar digna del peor telefilme de verano a las cuatro de la tarde.

—Además —sigue—, es un chico muy inteligente. En el internado aprendió de todo. Ha tenido una vida difícil y yo sólo quiero que se sienta parte de algo.

En mi cabeza ya es parte del grupo de «Terroristas más buscados». Me doy cuenta de que llevo diez minutos escuchando la vida y milagros de alguien que me importa menos que un campeonato local de *curling*. Intento poner expresiones varias de «me está interesando mucho» pero creo que sólo me sale cara de «necesito ir al baño».

—Gracias por escucharme, Jaime —dice Javier.

—No he escuchado nada, Javier. He estado planificando cómo fingir mi propia muerte para salir de esta conversación.

Él sonríe otra vez. Qué tío…

—En serio, me alegra mucho que hayas venido. Quería que supieras quién es Álvaro y por qué está aquí.

—Vale, ya lo sé. Y ahora, si me disculpas, voy a buscar un vaso de agua, bendecida a ser posible, y un exorcista, porque esto ha sido como tragarme un capítulo entero de *Cuéntame* pero sin la chispa de Imanol Arias.

Me doy media vuelta y me voy, esta vez parece ser que sí. Mientras camino pienso que si algún día hacen un *biopic* de Javier, se debería titular:

«Javier, la historia que no quieres saber, la historia que nadie pidió, la historia que te vas a tragar».

Capítulo 22

Salgo de la charla con Javier como si me hubieran dado una paliza con palabras, y estas palabras estuvieran formadas por letras de cien kilos cada una. Mientras intento recomponerme, veo a Álvaro salir disparado de la cocina. La puerta se abre de golpe y ahí está el chaval, colorado, sudando y con la misma cara de un toro justo antes de embestir.

—¿Todo bien, chef junior? —le pregunto, por fastidiar básicamente.

No me contesta, me lanza una mirada de esas de «si las miradas matasen ya estaría en el túmulo 4 del tanatorio, con coronita de NO TE OLVIDAMOS».

Cruza el pasillo bufando, se recompone los puños de la chaquetilla y se pierde entre la gente.

Me encojo de hombros. No es asunto mío, ni quiero que lo sea. Mi único plan ahora es cambiarme de ropa, aún ando con el atuendo «laboral», y desaparecer de este culebrón.

En el vestuario me quito el puñetero disfraz. Lo pliego con cariño, aunque huele a sudor, a globos explotados y a dignidad a precio de saldo. Mientras me pongo mi ropa normal, me miro en el espejo.

—Jaime, macho, ¿cómo has acabado aquí?, tú que has actuado en los mejores pubs ante los borrachos más selectos de todo el país, ¿ahora actúas para niños sólo porque se te dan bien los juegos con globos, y es tu única fuente de ingresos? Repito, ¿cómo has acabado aquí —me digo.

Y el Jaime del espejo me responde con cara de «tú lo sabes, y lo sabes bien».

Ya vestido, salgo y pienso: «Antes de irme debería despedirme de Elena».

No por orgullo, ni por cerrar heridas, sino por educación. Por educación y porque soy idiota, claro. Y por si me cruzo con ella en el súper dentro de seis meses, que ella esté embarazada y vuelva a automutilarme las entrañas, quiero poder decir «yo me despedí».

Me asomo al salón, y allí está ella, en medio, rodeada de tías, primos y

copas de cava.

Me acerco.

Ella me ve, y por un momento nos quedamos mirando como dos adolescentes que no saben si saludarse o fingir un desmayo.

—Hola —le digo intentando disimular la voz medio rota.

—Hola, Jaime —responde ella mucho más entera.

Hay un silencio incómodo, de esos que pesan más que el discurso de toma de posesión de un alcalde.

—Bueno, que… enhorabuena por la pedida.

Mientras me enseña el anillo tímidamente:

—Gracias, Jaime, y… gracias por venir, has sido muy maduro.

—Nada, es que me dijeron que había croquetas y eso me empujó a venir —respondo.

Ella se ríe bajito, y en esa risa reconozco algo de lo que éramos.

—¿Sigues haciendo chistes cuando estás nervioso?

—Qué va, ahora los hago todo el rato, es más barato que un psicólogo.

Vuelve a reírse, y yo también. Y, durante dos segundos, siento que estamos otra vez en aquel piso pequeño, peleándonos por cuál película ver esa tarde de domingo.

Con Elena… todo empezó como empiezan estas cosas: con una mirada en un sitio donde nadie mira a nadie. Ella se fijó en mí el único día que llevaba una camisa sin manchas de tomate. Ya ves, el destino tiene sentido del humor.

Después vinieron los meses de reírnos mucho, de todo. Hasta de nosotros. Especialmente de mí, que soy muy rentable para eso. Los domingos de sofá, ella con su libro y yo intentando que viera alguna peli mala para poder hacerle comentarios absurdos y verla reír.

Y esas discusiones tontas: que si pizza con piña, que si no dejes la toalla encima de la cama, que si deja de imitar al de *Cuéntame* cuando estamos en medio de una discusión seria (es que me sale muy bien imitar a Imanol Arias… ¡Merche, joder!).

Pero también recuerdo su manera de mirarme cuando pensaba que no la veía. Esa especie de… fe. Como si estuviera convencida de que, debajo de todo aquel desastre, hubiera alguien que mereciera la pena. Y eso, claro está, asusta. Porque uno nunca está seguro de estar a la altura del cariño que le tienen.

Y al final… pues bueno, lo de siempre. Ella quería estabilidad y yo era más inestable que una torre de Jenga en mitad de un terremoto. Me dejó, y con razón. Porque yo no sabía bien lo que quería, y ella sí.

Lo que nadie te dice es que cuando se va alguien a quien quieres mucho, no se va del todo. Te deja las risas pegadas a las paredes, el olor de su champú en los cojines, y esa manía absurda de poner el despertador diez minutos antes para quedarse remoloneando en la cama.

Y aquí estoy yo, seis años después, en su fiesta de pedida, con una nariz de payaso en el bolsillo y la sensación de que la vida, a veces, se escribe con una ironía que ni los guionistas más crueles se atreverían.

Lo bueno de todo esto es que me ha mirado y ha sonreído, y por un segundo, sólo un segundo, he pensado que todavía hay algo ahí. Lo malo es que ese segundo se ha terminado.

—¿Estás bien, Jaime? —me pregunta.

—Bueno…, tirando. Estoy en esa etapa de mi vida en la que, si fuera una serie, la gente se estaría preguntando: «¿Por qué no la cancelan ya?».

Ella me mira con ternura, inclinando su cabeza hacia su hombro, como sólo te mira quien tiene ternura hacia ti. Esa misma ternura que si me descuido me hace volver a los treinta y pensar que aún podríamos… No, Jaime, no. Que está comprometida.

—Me alegra que hayas venido, Jaime…

—Y a mí verte feliz, Elena —digo, y, en ese momento, lo digo de verdad.

Hay un silencio más ligero. No de esos incómodos, sino de los que pesan bonito. Ahí me doy cuenta de que aún queda algo entre nosotros, muy pequeño, eso sí. Como una hoguera que se niega a apagarse del todo.

—Bueno, me voy —añado con voz torpe.

—¿Ya?

—Sí, me toca despedirme del verdadero amor de mi vida: Monti Montoya y sus canapés.

Ella sonríe y me abraza. Es rápido, casi protocolario, pero en mi cabeza suena la banda sonora de *Amélie*.

Me aparto antes de que aparezca Javier y me tire una de las croquetas de su sobrino a la nuca.

Cruzo el salón, empujo la puerta batiente y entro a la cocina. Está vacía. Silenciosa. Las ollas reposan como si estuvieran conspirando y en el aire

hay olor a vino y aceite caliente.

—Monti, ¿estás por aquí? —pregunto asomando la cabeza.

Doy unos pasos entre las encimeras.

—Tío, sólo quiero despedirme y decirte que, aunque las croquetas son un crimen, el resto está para ponerle un piso.

Sigo avanzando sin saber que estoy a dos pasos de algo que va a cambiarlo todo…

Capítulo 23

Vale.

Estoy mirando a Monti Montoya. A ver…, mirando, más bien es un «no puedo dejar de mirar».

El tipo está ahí, en el suelo, boca arriba, con un cuchillo plantado en el pecho como estaba la espada de Excalibur clavada en la roca. Y yo, por alguna razón, no estoy pensando en llamar a la Policía ni en salir corriendo. No, lo único que pienso es:

«No me lo puedo creer, no me puedo creer que no vaya a volver a probar la mini tarta de lima con espíritu de azahar ahora que me iba a reconciliar con la vida…».

Estoy en cuclillas a su lado, no sé si me da pena o no, siempre he sido muy de piedra para estos casos, y en ese momento se abre la puerta.

—¿Jaime? —susurra una voz que reconozco al instante.

Leti.

Me doy la vuelta como si me hubieran pillado comiendo la última porción de la tarta con la nevera abierta.

—No es lo que parece, pero antes de que llames a la Policía, la croqueta… era una mierda… pero la croqueta no la hizo él, y te juro que no he sido yo —digo, y me levanto manos arriba.

Leti, ahí está, con la bandeja todavía en la mano. Me mira a mí, mira el cadáver y yo noto cómo su cerebro hace el mismo *loading* que el mío.

Leti cierra la puerta, pestillo incluido, mientras yo estoy hiperventilando.

—Vale, respira tranquilo —dice ella.

—¿Respira él o respiro yo?, porque me da a mí que él ya… poco.

Ella da un paso hacia mí y me suelta:

—Soy policía, no te muevas, Jaime.

Yo la miro, luego miro la bandeja, la vuelvo a mirar a ella inmediatamente.

—¿Policía?

—Sí.

—Ah, perfecto, y Alexia, la organizadora de eventos, ¿es del FBI?

Me mira muy seria, no hay ni medio atisbo de broma.

—Jaime, no es momento. Soy policía, subinspectora de la UIP de la Policía Nacional, estoy aquí infiltrada en una investigación.

—¿Policía infiltrada?, pero si pareces sacada de un catálogo de camareras de lujo, y no, no es un piropo; bueno, un poco sí.

Ella suspira, me aparta suavemente y se agacha a comprobar el pulso de Monti. Yo me muevo menos que el precio del pan rallado.

—Está muerto —dice, con una tranquilidad pasmosa que me asusta, y mucho.

—¿Y ahora qué?

Me mira fijamente.

—Tú me escuchas, porque esto ahora cambia mucho las cosas.

—¿Las croquetas también?, porque te juro que…

—¡Jaime! —me corta, y la mirada que me echa me atraviesa.

Vuelvo a levantar las manos.

—Vale, vale, te escucho.

—Llevamos meses investigando a Javier. Y a ti.

—¿A mí?

—Sí. Hemos comprobado que Javier lleva años usando tus datos para facturar, abrir empresas pantalla, blanquear dinero y vender obras de arte y artículos de lujo falsos. Cuando tirábamos de la manta, quien salía en todas partes como culpable eras tú.

La cabeza me da vueltas. El pijo de Chamberí me la estaba jugando desde hace años y se estaba riendo en mi cara, además de que iba a casarse con la que fue mi novia. Ahora la cabeza deja de dar vueltas y me va a estallar…

—¡Pero si lo más turbio que he hecho en mi vida es llevarme el lápiz y el metro de Ikea!

—Lo sé. Por eso mismo, ahora me alegro de haberte conocido. Pero te lo juro, cuando me asignaron vigilarte estaba convencida de que eras parte del asunto.

Y entonces me lo suelta, así, sin más.

—¿Te acuerdas de la noche del karaoke?

—¿Qué tiene que ver el karaoke ahora?

—Esa noche… yo estaba trabajando.

Parpadeo.

—¿Cómo que trabajando?`

—Sí. Me habían dicho que eras un posible contacto de Javier. Y decidí acercarme a observarte. Pero en vez de descubrir y pillar a un tipo oscuro… acabé cantando *19 días y 500 noches* contigo.

—Es que esa canción me sale muy bien —añado.

—Me tuve que esforzar mucho para sacar algo concreto de ti. Y ahí, entre Sabina y Pet Shop Boys entendí que no eras ningún criminal, sólo un…

—¿Genio?

—Un desastre más bien, Jaime. Un desastre andante.

—También me vale.

Nos miramos unos segundos. Hay una especie de electricidad rara, pero enseguida vuelvo al cadáver, porque ahí hay un cadáver.

—¿Y qué hacemos con él?

—Tú, nada. Ahora mismo nadie puede enterarse. Hay dos compañeros míos más infiltrados entre el personal del *catering*. Vamos a asegurarnos de que esto no reviente la operación. Nadie se mueve, nadie sale de la finca.

—¿Y yo qué hago?

—Tú te quedas conmigo hasta que averigüemos qué ha pasado.

—Perfecto, siempre quise estar pegado a alguien que sabe pelear.

—No es broma, Jaime, en esta casa hay un asesino suelto. Mis compañeros asegurarán el perímetro mientras solicitamos refuerzos, pero nosotros vamos a cerrar la cocina y a actuar normal —dice, con tono de mando.

—¿Normal? ¿Con un muerto detrás de la puerta?

—Exacto.

Antes de salir me detiene:

—Confía en mí.

Yo asiento. La miro a los ojos y, por primera vez, noto algo muy raro: que me siento un poco menos solo en todo este desastre.

Aunque, por dentro, sólo pienso: «Por favor, que no me toque volver a comer una croqueta en toda la noche».

Capítulo 24

¿Alguna vez has intentado actuar normal cuando sabes que hay un cadáver a escasos metros de ti? Pues es extremadamente difícil, más difícil que enhebrar una aguja con la cuerda de un jamón.

Me siento como un pato en una pista de hielo, pataleando mucho y sin poder avanzar.

Leti me acaba de decir:

«Vuelve a la fiesta, actúa normal, déjamelo a mí».

Y yo, que de normal tengo lo justo, ahora tengo que hacer de actor, ahora, que hace tres años que no me llaman ni para un *casting* de anuncios comerciales.

Respiro hondo, salgo de la cocina, y cierro la puerta con la calma de alguien que finge no habar visto lo que acaba de ver. Eso sí, por dentro estoy gritando como si me hubiesen metido una serpiente en el calzoncillo.

En ese momento la orquesta ataca la primera canción.

¡¡CHIQUILLAAAAA!! ¡TAANAANAAAN… TANTANTANANANAAN!

Sus muertos, qué susto, doy un bote tan grande que casi me rompo el tobillo. Además, *Chiquilla* de Seguridad Social se toca al final de los bolos, no al principio, lo que es no tener ni idea…

Genial, ahora, además de nervioso, estoy indignado profesionalmente, el *pack* completo de verano que te puedes llevar a casa sólo por treinta euros y un cadáver.

—Relax, Jaime… Relax —me digo en voz baja.

Pero claro, la música que han elegido para empezar no ayuda a que la calma reine, no es especialmente tranquilizante, no.

Así que camino hacia la barra intentando no mirar a nadie. Leti no está, obvio. En su lugar hay un chico de rasgos asiáticos que lo mismo es piloto de caza o vendedor de lavadoras, yo ya no sé qué pensar.

Me pone mi cerveza, ni sé ya las que llevo. Durante el «menú degustación» de Monti, pobre…, me tomé otras tres o cuatro, así que debo

de llevar no menos de media docena, las justas para disimular con mayor dificultad que alguien sobrio.

Miro al techo.

Miro a una lámpara.

Miro a mi cerveza.

Al final termino chocando de frente con un camarero.

—¡Perdón! —digo justo cuando la orquesta hace un redoble que parece una explosión.

La gente empieza a bailar. Yo intento unirme para pasar desapercibido, pero claro, yo bailo menos que una cómoda con ruedas, así que me sale una mezcla del «chiki chiki» y «tai chi con ataques de lumbalgia».

Una señora muy mayor me mira como si estuviese haciendo un conjuro.

—Es la moda nueva, ¿eh? —le digo. No responde. Retrocede sin perderme de vista.

Consigo volver a la barra, ya no quiero más cerveza, me va a sentar mal. Ahora cojo un gin-tonic. De esos con muchos adornos y pantomimas.

Y ahí está.

Otra bandeja de croquetas.

Me mira.

La miro.

Y pensar que esto se podía haber solucionado con una bechamel algo más líquida…

No la pienso probar otra vez, con un cadáver es suficiente.

Le doy un trago grande a la copa que casi me la bebo entera y tengo que escupir algo que parece una semilla o una pipa. Maldita sea la moda de los gin-tonics que hay que beber con cuchillo y tenedor.

Y Leti sigue sin aparecer. La busco con la mirada. Ni rastro. Supongo que estará en modo detective, tomando huellas, buscando pistas… y mientras, yo aquí, haciendo el ridículo en cada paso.

—Muy bien, Jaime —me digo—. Ella investiga, tú te emborrachas, muy bien. Trabajo en equipo.

Ramón pasa delante de mí con cara de alguien que acaba de cazar a un *alien*. Me guiña un ojo.

Luego veo a Alexia, la organizadora, discutiendo con alguien por un centro de mesa, sospechosa, muy sospechosa.

Y justo detrás, Álvaro, el sobrino de Javier, que camina como si fuera el

heredero legítimo de la arrogancia universal.

Los miro a todos y pienso:

«Cualquiera de estos podría haber sido».

Ahora la orquesta toca algo lento y yo, por si las moscas, me escondo detrás de un macetón.

No sé bailar lento.

No sé bailar rápido.

No sé bailar.

El padre de Javier me pilla ahí.

—¿Estás bien, chaval?

—Sí, sí, estoy… regando la planta.

—¿Con ginebra?

—Es abono líquido…

Me voy de allí antes de que siga con más preguntas.

Me propongo a trazar un plan de tres puntos para pasar desapercibido hasta que Leti me reclame:

1. No mirar a nadie.
2. No hablar con nadie.
3. No tocar ni una croqueta más.

A este plan sin fisuras podría añadir el no beber ni una gota más de alcohol, pero dado mi estado de ansiedad iba a ser el primero en romper.

Abro una cortina con la intención de esconderme el resto de la noche y, ¡zas!, estoy justo al lado del batería de la orquesta que mira con cara de «si rompes algo te rompo yo a ti».

Yo le sonrío.

—¿Te acompaño? —pregunto gritándole al oído.

—No, idiota, pírate.

—Perfecto, entonces sólo miro. —Me echo para atrás bailando y vuelvo a salir por la cortina con tal suerte de que la piso y me caigo rodando al suelo.

Mientras intento recomponerme, veo a Leti aparecer al fondo del salón. Con los ojos y el semblante me indica con una claridad y una rotundidad dignas de una madre de los ochenta: «¡Estate quietecito de una vez!».

Y yo le devuelvo otro gesto: «Quietecito estoy, pero el culo lo acabo de

perder en esta caída».

La orquesta acaba el tema con un acorde, para ellos, espectacular.

Todos aplauden.

Yo también.

Aunque no sé si aplaudo la música o el hecho de seguir vivo sin que nadie se haya dado cuenta de que hay un cadáver en la cocina.

De momento.

Leti se acerca y me dice al oído:

—Ven, tienes que ver esto.

Capítulo 24

Vale.

Me he tomado dos gin-tonics, un vino, seis cervezas y lo que parecía agua pero sabía a colonia cara.

Así que ahora, oficialmente, soy el mejor ayudante policial del mundo. No es que Leti me haya pedido que la ayude, cierto, pero está bien saberlo.

Hace un momento me ha dicho Leti que la acompañara, que iba a hablar discretamente con algunos invitados, y que por favor no llamara mucho la atención.

¿Discretamente? ¿Y yo no llamar la atención? Eso es como pedirle a un gato que no te mire con superioridad moral.

Leti empieza con Alexia, la organizadora de eventos, que desde que llegué tiene cara de matar a alguien incluso si aquí no hubiera ningún cadáver ya. Yo, desde mi posición (muy discreta detrás de un macetón de plástico), decido intervenir.

—¡Alexia! —le digo, saliendo de la nada, e inestable como Drácula después de tomar alioli—. ¡Todo está espectacular!, incluso las croquetas, que cuando llevas trece terminas cogiéndoles el punto.

Silencio.

Leti me mira como si acabase de confesar que colecciono uñas de mujeres asesinadas.

—¿Perdona? —dice Alexia.

—Es un decir, que a mí de primeras no me han gustado, pero a lo mejor a ti sí…

Leti, inteligentemente, me corta:

—Jaime, ¿puedes ir a por un vaso de agua?

—Claro. ¿Para ti, para ella o para las dos?

—Para las dos.

—Perfecto, entonces… Volveré… en… ¿una hora?

Me empuja fuera, qué fuerte está la puñetera también, aunque empiezo a creer que soy yo, que tengo la masa muscular de un paraguas.

Mientras me voy escucho a Alexia murmurando algo tipo «esto es un circo». Y tiene razón, aunque yo soy el payaso principal.

Spoiler: no he ido por agua, me escondo, esta vez sentado, y observo cómo Leti ahora va a hablar con Álvaro, a quien se le acerca con una sonrisa diplomática. Escucho toda la conversación detrás de una mesa de postres. ERROR: la mesa es de cristal y se me ve entero, pero parezco no molestar…

—¿Cómo llevas la noche, Álvaro? —pregunta Leti.

—Bien, muy bien, aunque hay gente que no entiende mi estilo culinario —dice él con tono de «soy el Mozart de la croqueta».

Se me escapa una risa. Se gira. Me ve.

—¿Perdón?

—Que enhorabuena, ¿eh?, pocas veces un sobrino consigue arruinar una boda antes de que empiece.

Leti vuelve a cogerme del brazo.

—Jaime, fuera.

—Estoy ayudando.

—Fuera.

—Vale, pero que este chaval no se acerque a ningún sitio donde pueda freír algo.

Salgo de allí y al darme la vuelta tiro una bandeja entera con platos de postre, sucios, menos mal, al menos ya no hay que fregarlos. Todos me miran. Decido dejarlo pasar como si nada y marcharme haciendo una reverencia como saludando al patio de butacas.

Leti se acerca a don Fernando, el padre de Javier. Está muy serio y habla con alguien en voz baja, aunque su voz suena a telediario antiguo. Y yo, otra vez, no puedo evitarlo.

—Buenas noches, patriarca.

—¿Perdón? ¿Usted quién es? —me contesta como si no supera quién soy y que hace un rato estuve en el museo/bazar de la habitación gigante. Aunque iba algo más sereno y quizás mi cara se haya distorsionado con el daño etílico…

Leti carraspea. Me coge del brazo y me lleva a un rincón.

—Jaime, esto no me ayuda, te agradecería que…

La interrumpo.

—No, no, tranquila, sólo quería preguntarle una cosa al Richard Gere de

bazar oriental.

El padre me mira como si me quisiera borrar del árbol genealógico del planeta.

Leti explota.

—¡Basta! —dice Leti—. Vete a sentarte. A la barra, y no te muevas de allí.

—¿Como un niño castigado?

—Exacto.

Me voy, pero me llevo mi gin-tonic. Tampoco me he portado tan mal…

Desde mi asiento veo que Leti se aleja, harta de mí, y decide salir un momento al jardín para, al parecer, tomar algo de aire. Y yo aprovecho para «reflexionar» (beber la penúltima).

Entonces, mientras apoyo el codo en la barra, escucho a dos camareros hablando detrás de mí:

—¿Has visto las notas que ha dejado el loco del bigote? —dice uno.

—Sí, ha llenado la habitación de Javier con planos de trampas para cazar alienígenas. Hasta puso unas instrucciones para una especie de estaca automática.

Me giro.

—¿Un bigote? ¿Trampas? ¿Alienígenas?

Se me cae la copa de la mano.

—Ese es Ramón —susurro.

Los camareros siguen:

—En uno de los papeles había manchas de algo que parecía ser sangre seca.

—¿Qué dices?

—Sí, parece que se cortó montando algo, pero parecía un mensaje, como una amenaza muy rara.

Yo me quedo helado, no sé si por el dato que acabo de oír o porque el gin-tonic se me ha caído entero en el pantalón.

Me levanto como puedo y, tras conseguir algo de estabilidad, me dirijo a buscar a Leti para contarle lo que acabo de escuchar. Aunque, siendo sincero, es más probable, en mi estado, que acabe bailando con ella una sevillana a que me entienda lo que quiero decirle.

Sea como sea, tengo que contarle lo de Ramón.

Cuando la veo de lejos veo que está, precisamente, hablando con Ramón,

y ambos se meten en una habitación pequeña, algo parecido a un trastero/escobero.

Lo más inteligente que puedo hacer es esperar a que ella salga y me cuente qué tal ha ido, pero ¿cuándo he hecho yo lo más inteligente? Así que me voy hacia la puerta, la abro y meto la punta de la nariz para intentar ver, oír u oler lo que se cueza ahí dentro.

Capítulo 25

No sabía yo que escuchar detrás de una puerta podía ser tan emocionante y que podía hacerse tantas veces en un mismo día.

Estoy en modo lapa, pegado a la madera, como el capítulo de *Friends* donde Joey y Rachel se besan en Barbados y Monica, Phoebe y Chandler les están escuchando desde la habitación de al lado.

Me juro a mí mismo que no me voy a mover hasta escuchar algo jugoso.

Dentro, Leti está interrogando a Ramón.

—Don Ramón —empieza ella, con voz seria y grave, la misma que aquella noche en el karaoke usó para cantar *19 días y 500 noches* y que me hizo pensar que se iba a desmayar—. Soy subinspector de Policía. Hay una cosa que necesito decirle.

Silencio.

—¿Subinspector de Policía? —repite Ramón, como si le hubiera dicho que era originaria de Urano.

—Ha aparecido muerto el chef. Monti Montoya.

Me apoyo más en la puerta y, claro, se oye un crac que hace que la madera se hunda un poco y mi oreja se meta un poco más.

De repente, Leti abre la puerta de golpe y me caigo al suelo de boca como un concursante del Gran Prix corriendo inestable por los troncos locos.

—¿A ti te parece normal? —dice ella.

—Lo siento, estaba…, estaba buscando una moneda.

—¿Y todo este tiempo llevas buscando la moneda?

—Es que ruedan muy rápido —digo, levantando la mano con la casi nula dignidad que me queda.

Ramón me mira y niega con la cabeza. Leti me ayuda a levantarme y me mete dentro.

—Ya que estás, te quedas.

—¿Yo? ¿En un interrogatorio?

—Sí, pero tú te callas.

No puedo prometer nada.

—Así que… ¿Montoya está muerto? —dice Ramón con un temblor en la voz.

—Sí —responde Leti—. Y necesitamos saber si ha estado en la cocina en algún momento de la noche.

Ramón no puede aguantar la mirada, se pone muy nervioso y empieza a sudar, mucho.

—No…, no… Bueno, igual sí.

—¿Cómo que igual sí? —pregunta Leti.

—He puesto trampas por toda la finca, por si bajaban *ellos*, pero sólo son eficientes con seres de otro planeta, son terricolafriendly. Las puse por si bajaban.

—¿Los alienígenas? —pregunta Leti como si eso fuera lo más lógico.

—¡Exacto! Pero a veces… se me mezclan los sitios. ¿Cree usted que…, que el cocinero… pudo caer en una de mis trampas?

Ahí mete su cara entre las manos.

—Yo sólo quería salvar a la humanidad, no matar a nadie que hiciera croquetas.

—Entonces haber matado al sobrinísimo… pero… ¡Un momento! —digo yo, levantando de nuevo la mano.

—Jaime, te he dicho que estés callado —exhorta Leti.

—Vale, pero sólo un detalle: he visto las trampas que hace Ramón y tienen más tirantes que una tienda de mercadillo, si Monti hubiera caído en una se hubiera roto algo más, y yo lo he visto, estaba muy entero… Bueno, salvo por lo del cuchillo.

—¿Un cuchillo? —pregunta Ramón, blanco.

—Ups, ¿eso lo podía decir?

—¡Jaime! —grita Leti.

Leti respira hondo y dice:

—Ramón, yo misma le vi hace una hora roncando en una tumbona del jardín donde ha estado hasta hace pocos minutos. Usted no puede haber sido.

—¿De verdad? —pregunta él, levantando la cabeza.

—De verdad.

—Gracias a Dios. No podría vivir sabiendo que maté a un cocinero.

—¿Y si hubiera sido un cocinero alienígena? —pregunto yo.

—Eso es muy distinto… —dice Ramón con mucha seriedad—. Ahí hay que actuar rápido.

Nos quedamos todos en silencio. Leti parece estar pensando si pegarme ahora o después. En ese momento Ramón se va, después de que Leti le recomendara irse a descansar y guardar silencio hasta que ellos descubran algo. Ellos, realmente ha dicho «nosotros», pero sé que no iba por mí, sino por ella y los otros dos maderos a los que aún no les he echado el ojo.

Leti toma nota de todo. Ramón se marcha aún sorprendido por la noticia y bastante cabizbajo. Yo me quedo con la sensación de alegría al saber que Ramón no tiene nada que ver, que la única culpa que tiene es de ver muchas películas de serie B.

Leti cierra la puerta y se apoya en ella. Suspira.

—¿Tienes idea de lo que supone esto?

—Sí, que ahora sólo quedan otros treinta sospechosos, si no tenemos en cuenta a los trece niños.

—No te rías, Jaime, no seas frívolo, lo de hoy es algo muy serio.

—Lo sé, pero si no digo algo se me enquista y luego me salen bultos…

Ella se sienta y se pasa las manos por la cara. Me mira con una mezcla de cansancio y ternura (98% cansancio, 2% ternura).

—Jaime, ¿hay algo que no me hayas contado?, ¿algo raro que hayas visto esta noche en la casa?

—Pues aparte de mi exsuegro y sus trampas, mi ex comprometiéndose con un imbécil y una habitación como una cancha de baloncesto llena de ropa de lujo, cuadros y obras falsas, pues poca cosa…

Se queda helada.

—¿Cuadros falsos? ¿Obras falsas?

—Ah, sí, sí, verdad. Ven, que te enseño.

La llevo por los pasillos hasta la habitación secreta de Javier y, oh sorpresa, ahora está cerrada con llave.

—Déjame. —Me aparta Leti y se quita una horquilla de su moño apretado.

Tres segundos, cuatro segundos, cinco segundos… Clic, no es la primera vez que lo hace, no.

Abro la puerta y ahí están. Los montones de cajas y bolsas con kilos y kilos de ropa de diferentes marcas de lujo, pero más falsas que un unicornio

con pestañas postizas y todas las obras copiadas que vi antes. Algunas más logradas que otras, eso es cierto, pero hay algún Picasso que parece hecho con Microsoft Paint, algún Rembrandt con tonos de color sólo posibles de lograr con un estuche de rotuladores carioca. Y un autorretrato de Dalí que parece un gato de dibujos animados.

Leti entra y se queda flipando.

—¿Todo esto es falso?

—Más que un billete de cincuenta euros con la cara de Popeye.

—¿Te das cuenta de lo que significa esto, Jaime?

—Sí, que por fin entiendo por qué los ricos siempre dicen que la moda y la cultura son muy importantes, es un negocio tremendo.

Ella empieza a hacer muchas fotos con su móvil, nerviosa.

—Esto es una mina para el caso, Jaime. Javier va a tener que explicarnos muchas cosas.

—Bueno, pero que no me las explique a mí, ¿eh? Que cada vez que me habla me martillea la cabeza.

Se sienta sobre lo que parece una pila de cuadros y la tensión es palpable.

Leti me dice:

—No sabemos quién ha matado a Monti, no sabemos si el asesino está a dos metros de nosotros, pero esto es una bomba para la investigación que veníamos a hacer hoy aquí. Están las pruebas del fraude por el que vamos a detener a Javier, pero no podemos pensar que él es el asesino, son dos investigaciones diferentes…

Nos quedamos en silencio. Mirándonos a los ojos.

La casa parece mucho más fría ahora. Pero que sus ojos estén detenidos en mí me hace sentir como estar en una cabaña en la sierra con la chimenea encendida y alguien sacando el trivial. Aunque con tanto silencio me está venciendo el sueño, debo esforzarme bastante para no perder la vigilia… Mejor la sigo mirando, porque ella no me quita ojo…

—¡Un momento! —grita Leti de repente. Yo brinco y me espabilo como si Juan Valdés hubiera pasado toda su plantación de café por mis venas—. Tengo una idea.

Sale de la habitación sin decirme nada más.

Ea… y aquí me vuelvo a quedar solo, como un castillo de arena en temporada de huracanes, triste y, probablemente pronto, destruido de

manera definitiva.

Capítulo 26

Yo juraría que Leti iba a besarme, lo juro, hubiera apostado, no mucho dinero, pero algo hubiera apostado.

He hecho lo que había que hacer. Me he quedado quieto, con los ojos cerrados, con los labios en modo estatua… y de repente, se ha girado y ha salido corriendo como si le hubiera dado un ataque de alergia a mí.

—Muy bien, Jaime —me digo—. Ni para un beso estás ya.

La he seguido con la mirada hasta que ha desaparecido por la puerta, ¿lo peor?, no tengo ni idea de qué le ha pasado. Parecía como si hubiera tenido una revelación, como si de buenas a primeras se hubieran atado todos los cabos en su cabeza y ya supiera la procedencia de todo el material falso, quién es el asesino del chef e incluso dónde está la tumba de Cleopatra.

Ojalá encuentre también la llave de la vergüenza ajena que abre todo lo que yo termino haciendo.

Me quedo solo.

Empiezo a pensar.

Recapacito. Repaso todo lo que ha pasado en las últimas horas: el cadáver de Monti Montoya, las croquetas asesinas de paladares, las trampas anti-alienígenas de Ramón, las falsificaciones, Javier, el sobrino repelente, Elena…

Empiezo a darle vueltas a todo eso y mi cabeza parece un bombo de lotería, pero en vez de bolas hay martillos.

Detrás de lo que parece una réplica (entiéndase como réplica copia barata en material algo más duro que el corcho) de la escultura de Bernini *El rapto de Proserpina*, hay un butacón orejero de terciopelo rojo más hortera que un fontanero vestido de flamenca y el maletín de herramientas forrado en estampado de leopardo.

Eso sí, extremadamente cómodo, apoyo la cabeza y…

Fundido a negro.

Al rato me despierto pero todo está muy raro, hay demasiado silencio.

Me levanto y salgo de la habitación. Al salir al pasillo me encuentro a

Monti Montoya delante de mí.

Está vivo, claro, pero vestido de croqueta. Como si estuviéramos en una fiesta de disfraces y él hubiera elegido el *outfit* de croqueta gigante.

—¿Qué te parece, Jaime? —me dice—. ¡Voy de croqueta de Monti Montoya!

—Monti, te has pasado tres pueblos.

—No, me he pasado cinco —responde dándose la vuelta y marchándose mientras canta *Nessun Dorma*.

Y justo tras él aparece Leti. Pero no va mejor, Leti también va disfrazada, ¡de tenedor gigante!

Intento aparentar normalidad pero es imposible.

—¿Qué hacéis disfrazados así?

—Esto no es un disfraz, Jaime. Esto es el futuro de la alta cocina —dice Monti muy serio apareciendo justo detrás de mí—. Y tú vas a ser la cuchara.

—¿La cuchara?

—Sí, la cuchara, para poder hacer la receta de tu vida, sólo tú sabes qué condimentos le vas a poner —me dice Monti echándome el brazo por encima.

Llamadme raro o, simplemente, perspicaz, pero aquí es donde empiezo a sospechar que algo raro está pasando.

Justo en este momento empiezan a aparecer todos los invitados. Ramón entra con un escurridor de verduras en la cabeza a modo de casco mientras grita:

—¡Alerta, los alienígenas son los sobres de levadura! ¡Y vienen en una nave que huele a curry! —Mientras empieza a pinchar a Monti con un palo de escoba.

Javier aparece bailando con una carpeta llena de facturas lanzándolas al aire.

—¡Todo legal, todo legal! —grita mientras las hojas vuelan por el aire y forman una Gioconda que se mueve y me guiña el ojo.

Alexia aparece con un micrófono inalámbrico y empieza a cantar *It´s a sin* de los Pet Shop Boys, con la letra algo cambiada, diciendo algo tipo «Es así, organizar eventos mil»; no canta mal la chica, no.

Yo me giro hacia Leti, que ahora tiene una antena parabólica en la cabeza.

—Leti, ¿esto es real? —le pregunto.

—Claro que no, Jaime. ¿De verdad te pensabas que te iba a besar?

—Pues sí, la verdad.

—Ja, ja, ja, ja. —Se ríe como una caricatura.

De repente la habitación empieza a girar y veo a mi *yo* niño, mi *yo* adolescente y a mí *yo* en el karaoke cantando *As long as you love me* de Backstreet Boys, y cantando fatal, de hecho.

—Un momento… —digo yo—. Esto… Esto es un sueño, ¿verdad?

La antena de Leti comienza a hacer una señal luminosa intermitente seguido de un *bip bip*

—Correcto, Jaime. Por fin te has dado cuenta.

—Entonces, ¿puedo hacer lo que me dé la gana?

—Por supuesto, ¡es tu sueño!

La beso.

Claro que la beso.

Pero justo cuando lo hago, Monti me tira un chusco de pan a la cabeza.

Abro los ojos y estoy en el butacón. Me duele bastante el cuello y la espalda, no es tan cómodo como parecía.

Todo está igual que antes. No hay croquetas gigantes, ni bailes. Sólo yo, tirado en el suelo.

—Pues mira que para ser un sueño absurdo, me lo he pasado hasta bien.

Aunque me viene una duda ahora a la cabeza:

¿Y si me he quedado dormido justo cuando Leti me iba a besar y ella me ha postrado aquí?

Me levanto tambaleándome, todavía con la duda de si he estado hablando en sueños. Igual he dicho en voz alta «yo quiero ser la cuchara» y alguien me ha oído. Miedo me da.

Estoy a punto de convencerme de que ha sido sólo un pequeño descanso mental cuando de repente la puerta se abre y aparece Leti, vestida normal, sin antenas ni disfraz de tenedor.

Me mira, con los ojos muy abiertos, seria, con esa mirada que mezcla prisa y «no metas la pata ahora».

—Jaime —dice sin entrar en explicaciones—. Ven, tienes que ver esto.

Y ahí estoy yo, quieto, intentando procesar si esto que veo ahora es de verdad, o estoy en un sueño dentro de un sueño y en cualquier momento va a aparecer Monti vestido de empanadilla de atún.

Maldito seas, Christopher Nolan…

Capítulo 27

Salgo de la habitación detrás de Leti, aún medio dormido y con la marca del butacón de terciopelo de origen dudoso en la cara. No sé si voy a descubrir un asesino o si, simplemente, me va a enseñar dónde guardan los donuts buenos (mucho estaba tardando en hacer chiste de tópicos de policías). Así que ahí voy, con el paso inseguro del que no sabe si lo que está viviendo es real o un programa de cámara oculta.

—¿Esto es importante? —pregunto, porque la intriga me mata y el silencio me incomoda y agobia muchísimo.

—Mucho —dice ella sin mirarme.

—¿Del uno al diez?

—Once.

—Vale, pues te aviso: si esto acaba siendo que han prohibido a Álvaro, el sobrinísimo, acercarse jamás a una freidora, incluso a una de aire, voy a ir enfriando el cava…

Ella sigue andando, firme, ni un atisbo de sonrisa a mi ingenioso comentario, lleva la cara de policía en película seria. Yo detrás, parezco el Langui con ganas de hacer pis, porque esa es otra, llevo un rato meándome y no parece que tenga acceso rápido a un lavabo, así que toca hacerse a la idea de que hay que aguantar, y cuando yo pienso que tengo que aguantar, es cuando menos puedo hacerlo…

Los pasillos de la finca son largos y fríos y tienen ese eco que hace que cada paso parezca un aplauso lento a tu torpeza, no puedo evitar pensar en películas, es lo que más hago cuando estoy nervioso.

—Esto parece *Los Otros* pero sin _Nicole Kidman. Ojalá aparezca un niño pequeño diciendo: «No quiero decirle que estoy muerto», porque yo le diría: «Vente a la cocina y te presento a Monti Montoya».

Leti se gira y me vuelve a lanzar esa mirada que me ha lanzado ya demasiadas veces de «Jaime, por favor», así que pongo mi mejor cara de «me callo» y vuelvo a pensar que necesito, urgentemente, ir al baño.

—Leti, por favor, ¿podemos hacer una paradita técnica?, es que si tú vas

a resolver el caso, yo voy a ser la primera víctima por explosión de vejiga.

—Estamos cerca —dice, seca.

—Eso lo dice la gente antes de que te pierdas en el monte durante tres días y acabes bebiendo el rocío de los helechos.

El pasillo se alarga como una tarde en Ikea. La moqueta es interminable y yo camino como si llevara una aceituna sostenida con las rodillas. Intento distraerme señalando un cuadro.

—Este es un Velázquez falso, ¿no?

—Es un Goya —contesta Leti—. Falso, sí, pero un Goya.

—Ah, claro. Es lógico haberlo confundido, no hubiera pasado si… supiera algo más de arte. ¿Cuál es tu museo favorito?

Leti no responde, ella sólo avanza. Cada paso mío es un gemido en mi interior.

—¿Y si me orino encima de la prueba clave? ¿No se contaminaría la escena?

—Jaime, cariño…

—¿Sí?

—¿Te callas?

La obedezco, pero me da a mí la sensación de que mi vejiga no lo va a hacer. Ella hace tiempo que vive independiente a mí y no responde a mis súplicas. Tengo fuegos artificiales en mi *yo* interno.

Justo en ese momento pasamos por una puerta entornada que parece un baño. La miro como un náufrago a un helicóptero de rescate. Mi alma sale de mi cuerpo y se lanza en plancha a esa taza blanca y silenciosa. Pero Leti me agarra del brazo.

—Ni se te ocurra, estamos a punto de llegar.

—Tú dices «a punto» como si fuera un número, pero para mí ese «a punto» es de hace media hora y no tenía la vejiga en llamas.

Ella ignora mis súplicas, seguimos caminando. Me detengo un momento, apretando los dientes.

— Leti, no puedo más. Si hay una explosión no es un atentado, soy yo.

Leti, que por fin parece apiadarse, se vuelve un segundo con una media sonrisa.

—Si sirve de consuelo, estás aguantando como un campeón.

—Sí, pero me siento como una cisterna rota.

Justo entonces, cómo no, aparece Ramón. Sale de una puerta lateral con

una trampa hecha con una caja de cereales y pinzas de la ropa.

—¡Jaime, hijo!, ¿has visto ese lagarto que va por las paredes?

—¡No! —grito con la cara desencajada—. Y no puedo hablar ahora, Ramón, que me estoy meando desde mi primera comunión y no puedo más, ¿vale?

Leti hace una señal con los ojos. Ramón asiente y desaparece. Ya no sé si le tengo más miedo a Leti o a hacérmelo encima y quedarme con el apodo de «el hombre meón de la investigación».

Y entonces llegamos a la puerta.

Una puerta de doble hoja, oscura, solemne, de esas con ese aire «aquí dentro hay algo importante».

Leti me mira.

—Lo que hay aquí dentro puede cambiar el rumbo de todo. Pero antes, ¿ves esa puerta de ahí?, es un baño, te quiero aquí en doce segundos.

Justo al empezar a silbar el fonema de la S de la palabra «segundos» ya estaba volando sobre mis pies camino del paraíso de pared alicatada. Entro a toda prisa sin darle a la luz, es que me da igual incluso soltarlo en el sitio incorrecto, me da igual si meo encima de alguien, pero hay suerte y acierto, hasta la tapa está ya levantada y llega el clímax…

Madre mía esto…, esto es mejor que el sexo. Mejor que las croquetas buenas. Mejor que encontrar dinero en un abrigo viejo. Mejor que cuando cancelan una reunión a la que no querías ir. Mejor que cuando va bien la *wifi* del aeropuerto.

¿Por qué nadie habla de esto? ¿Por qué no se le da el valor que se merece este momento glorioso? Estoy orinando como si hubiera retenido el Amazonas dentro de mí. Es que si hubiera una olimpiada de aguantarse, ahora mismo estaría en lo más alto del podio con un ramo de flores, la medalla de oro colgando del cuello y el himno español sonando de fondo. Y saldría en el vídeo del telediario llorando, no por la emoción, sino porque ya no me duele la vejiga.

Esto no es mear, esto es liberar a un país oprimido. Esto es justicia amarilla. Esto es la paz mundial en versión íntima.

Si en algún momento muero en extrañas circunstancias, que alguien revise si me dejaron ir al baño. Que nadie diga eso de «murió por causas naturales», que digan «murió de un pis que no fue expulsado a tiempo».

Y ahora…, ahora que mi alma ha vuelto a su lugar, estoy listo. Que venga el asesino del zodiaco, Jack el Destripador o Batman. Ya nada me puede vencer. Soy Jaime I de España, el liberado.

Salgo del baño esperando una ovación del público previa a una rueda de prensa pero sólo está Leti, señalándose el reloj y metiéndome prisa.

—Ya estoy mejor —digo justo al llegar a su lado.

Apoya la mano en la puerta. Yo dejo de estar aliviado y vuelvo a la tensión previa, pero con la vejiga liberada.

Ella suspira.

—Prepárate.

—Estoy preparado… más o menos. Pero ¿puedo entrar con los ojos cerrados y luego me lo cuentas, mejor?

—No, ya has tenido los ojos cerrados demasiado tiempo. Vamos dentro.

Leti empuja la puerta y…

Capítulo 28

Leti abre la puerta con sigilo, como si dentro pudiera haber una jauría de lobos rabiosos dispuestos a atacar a todo quien se atreva a cruzar la puerta. Pero no, hay lo que parece un despacho donde más que lobos puede haber una jauría de abogados, rabiosos también, eso sí, pero por defender a, aparentemente, Javier, con uñas, dientes y cláusulas. En el suelo hay una alfombra persa, seguramente de la parte persa de la China septentrional, de la misma procedencia del resto de «moda y arte» de la casa. En el techo una lámpara de araña que parece demasiado ostentosa incluso para esta casa. Y una mesa de despacho grande, muy grande, tanto que podría servir de pista de aterrizaje para drones fiscales.

—Esto es el despacho de Javier —susurra Leti, como si estuviéramos en una película de espías o en un capítulo de *Pesadilla en la finca*.

Yo me observo como quien ha entrado en el despacho del director del colegio después de que lo hayan pillado copiando en matemáticas. Pero lo que hay aquí dentro… es un *buffet* libre de papeles, carpetas y archivadores gigantes con fechas y números en el dorso.

Hay una estantería que me señala Leti muy concreta. Me acerco. Está llena de carpetas y archivadores con una misma palabra en el dorso en mayúsculas. JAMARCA. En mayúsculas, en minúsculas, en rojo, mecanografiado, pero la misma palabra en todas.

—¿Jamarca? Es algún tipo de empresa de jamones o algo así, ¿no?

Leti me mira esperando que me dé cuenta de algo, algo que aún no sé…

—¿No te suenan? Son unas siglas, de unas iniciales… Piensa un poco, Jaime…

—Uf, yo siempre he sido malísimo en cosas de pensar, así me ha ido. Pero hemos venido a jugar… A ver…

Pienso durante un rato esperando a que Leti me lo solucione y deje de parecer un auténtico inepto en juegos de preguntas y respuestas. Mi quesito favorito del Trivial Pursuit es el que ponen en el picoteo de antes de jugar…

—Me rindo, Leti. Dime cosas.

—Jaime, son tus iniciales…

—¿Mis iniciales? ¿Jamarca?... Un momento… ¡¡Jaime… Martín… Calleja!! ¿Por qué hay cosas con mi nombre aquí? —pregunto con la voz de quien ya intuye la respuesta pero no está emocionalmente preparado para escucharla.

Leti no dice nada. Sólo abre una carpeta. Factura tras factura, empresa tras empresa. Todo con CIF rarísimos, como si los hubiera generado una tostadora. Y, en el emisor, el nombre de una sociedad: «Jamarca S.L.».

—¡Pero esto qué es! —exclamo.

—Una de las muchas empresas pantalla que Javier ha estado usando durante años para blanquear dinero —responde Leti, muy seria.

—¿Usando mi nombre? ¿Y mi DNI?

—Sí, al parecer tenía acceso a él por un antiguo contrato que firmaste con él hace unos quince años.

Pienso. Hace quince años… Ah, claro. Cuando hacíamos monólogos y música en bares de mala muerte, incluso en alguna actuación teníamos más gente en el escenario que entre el público.

Pero… ¿éramos tan amigos como para que me robara la identidad?

—A ver… que yo le tenía cariño a Javier, ¿eh?, pero era el típico compañero de escenario que te pedía dinero para el taxi y luego te lo devolvía en forma de consejo sobre criptomonedas, pero jamás pensé que fuera tan…, tan…

—Delincuente internacional —remata Leti.

—Exacto, que no me salía.

Sigo hojeando carpetas y descubro cosas cada vez más locas:

* Una importación de alfombras indias que nunca llegó

* Una empresa de actores «holográficos» en Uzbekistán

* Un contrato donde yo, aparentemente, vendo un lote de ¡cien jamones! ibéricos en Letonia, que ya me podía haber dado uno al menos…

—¡Yo no he estado en Letonia nunca! ¡Y mucho menos vendiendo jamones!

Leti me mira con ternura y pena, como si viera a un bebé orangután intentando hacer un cubo de Rubik.

—Javier ha estado usando tu nombre para todo tipo de negocios turbios. Blanqueo, facturación ficticia, subastas amañadas…

—¿También dirá que la receta de las croquetas del sobrino es mía?

—Las croquetas aún las estamos investigando —dice, casi sonriendo.

Y de pronto me da por pensar… Si Javier lleva años haciéndose rico a mi costa, ¿significa eso que… técnicamente… soy rico?

—¿Leti? ¿Esto cuenta como tener patrimonio?

—Jaime, no tienes nada. Todo está a nombre de sociedades fantasma y para Hacienda tú sigues siendo un autónomo con dos facturas y un reloj Casio.

Me apoyo en una estantería buscando consuelo y me cae un archivador encima. Dentro, una foto. Javier y yo, hace catorce o quince años, en un escenario. Yo con un sombrero ridículo y él con cara de vendedor de seguros que, después de firmar la póliza, se va a acostar con la clienta.

—Mira esta foto —le digo a Leti—. Esto era lo más cerca que estábamos del éxito: un escenario que compartimos con un DJ rumano y una señora de Orense que imitaba a Laura Pausini con una flauta travesera. Mientras yo hacía chistes sobre parejas él…, él ya estaba falsificando contratos, ¿no?

Leti se acerca, coge la foto.

—¿Y no notaste nada raro?

—No. Yo era el divertido de los dos. Él se encargaba de cerrar bolos, me pagaba mi parte y ya está, él era el listo. Ahora veo que era demasiado listo.

En ese momento Leti ve algo entre unos libros. Una libreta. Negra. De esas con hojas cuadriculadas donde sólo se escriben cosas ilegales o recetas de *brownies*.

La abre. Dentro:

- Fechas.
- Nombres.
- Cantidades de dinero.
- Y muchas, muchas referencias cruzadas a obras de arte falsificadas.

—Esto lo cambia todo —dice Leti.

—¿Por qué?

—Porque aquí hay pruebas directas de que Javier ha estado vendiendo arte falso a coleccionistas de media Europa.

—¿Y a mí qué me puso? ¿De autor?

Leti no responde. Yo me siento en el sofá de cuero del despacho, ese que parece haber sido robado de la oficina de Vito Corleone. Me tapo la cara con las manos.

—He sido el tonto útil. El meme. El cómico con DNI y certificado digital prestado.

—Jaime —dice Leti, sentándose a mí lado—. Tú no eres tonto, sólo eras el único que no fingía ser otra cosa.

Y por un segundo dejo de pensar en nada de lo que me hace sentir desgraciado y sólo pienso en ella, y en que, igual, si todo esto acaba bien, lo mismo la invito a cantar en el karaoke de nuevo, pero algo más alegre esta vez…

Capítulo 29

Hay noches que deberían haber quedado atrapadas en una cámara de videovigilancia con el audio roto. Sin embargo, algunas, por desgracia, las recuerdo perfectamente…

Dicen que la memoria es selectiva, que uno tiende sólo a recordar lo bueno. Bueno…, la mía debe de estar defectuosa, porque me empeño en recordar casi siempre lo peor: mis años de monologuista cómico a dúo con Javier. Si hubiera justicia poética esas imágenes estarían enterradas bajo toneladas de hormigón. Pero no, ahí siguen, como *flashes* de vergüenza cada vez que huelo a fritanga de croqueta recalentada.

Nos hacíamos llamar el dúo «JaJa» por Javier y Jaime… «JaJa», lo sé, aún hoy me sigue dando vergüenza…

Los escenarios de los lugares que actuábamos no eran escenarios. Eran rincones mal iluminados, justo al lado de la máquina tragaperras o de la puerta del baño, baño que se abría cada tres minutos dejando salir a alguien con cara de «¿estos carajotes cuándo acaban?». Yo solía darlo todo, llevaba mis folios arrugados con chiste que había escrito ese mismo día durante la siesta, convencido de que esa noche sería «la noche», pero nunca lo era.

La gente no venía a vernos, venía a por la tapa gratis o por el dos por uno en copas de marcas nacionales. Mientras el público masticaba y se embriagaba yo sudaba. Mientras tanto, Javier estaba a otras cosas…

—Tú céntrate en hacer reír, Jaime —me decía antes de empezar ajustándose la americana como si fuera a salir a presentar un *late night*—. Déjame a mí lo demás.

Lo «demás» lo descubrí después, era vender artículos de lujo falsos en mitad del bolo. Yo pensaba que estaba buscando inspiración entre las caras del público, analizando reacciones, tomando notas mentales como un buen cómico. No. Lo que hacía era detectar clientela con cartera gorda.

Recuerdo perfectamente una noche en un bar de Cuenca. Yo estaba en el escenario (mejor dicho, sobre una tarima que temblaba más que mi autoestima) soltando mi famoso chiste del arroz en las bodas. Ese chiste lo

contaba siempre porque, según yo, tenía potencial. *Spoiler*: nunca lo tuvo.

—…y entonces tiran arroz a los novios, ¿no?, pues yo, como soy alérgico al arroz, en mi boda la gente tirará quinoa. ¡Más sana, más moderna! —rematé esperando carcajadas.

Nada, ni un suspiro. Sólo un señor apurando el hielo de su quinto gin-tonic.

Mientas yo me hundía, Javier estaba en la barra rodeado de tres tipos trajeados. Yo pensé: «Qué tío, estará invitándolos a otra función». Pues parece que no, parece que les vendía relojes suizos que si acercabas bien la vista y achinabas los ojos veías que ponía «Rolecs»; sí, a mí también me vendió uno.

Y los vendió, los vendió delante de mis narices. Yo dejándome la garganta en un micro que acoplaba cada dos frases y él forrándose con relojes de plástico duro.

Al terminar el bolo recuerdo estar recogiendo cables cuando se me acerca con cara triunfal.

—Vaya noche de éxito, Jaime —me dijo.

—Sí, el mío seguro. Sólo han aplaudido cuando se me ha caído el micro.

—No, hombre, no, lo mío. He vendido tres relojes, así del tirón.

Yo, incrédulo, pregunté:

—¿Y si se dan cuenta de que son falsos?

Y él, tan ancho:

—Bah, cuando suceda eso ya estaremos en otra ciudad.

Así funcionaba Javier por aquella época. Más que un cómico parecía un vendedor ambulante con talento para el sarcasmo.

En otra ocasión me hizo firmar unos papeles.

—Es para que nos paguen el bolo, tío. Que si no el dueño del bar se hace el loco.

Yo, confiado, pues lo firmaba. Ni miraba. Años después entendí que es muy probable que no fueran recibos de actuaciones, sino facturas falsas o contratos inventados. Puede que firmara la venta de un cuadro carísimo o de la máquina de tabaco de algún bar, vete a saber.

Una noche especialmente surrealista fue la de los bolígrafos Montblanc falsos. Javier llegó con una maleta repleta.

—Jaime, esto es material fino.

—Hombre, fino sí, los bolis son delgaditos.

Él no pilló el chiste (o simplemente lo ignoró) y se fue directo a una mesa del fondo donde un grupo de jubilados parecía jugar a las cartas. Yo pensé: «No pretenderá vendérselo a ellos, ¿no?». Pues sí. Cuatro bolígrafos, sesenta euros cada uno. Uno de los abuelos lo compró convencido de que su nieto se convertiría en abogado sólo con sostenerlo.

Mientras tanto, yo en el escenario contando mi rutina sobre los gimnasios:

—¿Os habéis fijado que siempre hay un tipo que hace pesas y grita como si estuviese dando a luz? ¡Eh, colega, que no es un parto, es un bíceps!

Los jubilados ni se inmutaron. Estaban demasiado ocupados probando la tinta del Montblanc *made in* Guangzhou.

El público era lo peor. Una vez actuamos para una despedida de soltero. Yo intentaba contar mi monólogo, pero un tipo, disfrazado de pollo, me interrumpía a cada frase. Javier, lejos de ayudarme, le vendió al pollo una correa «Louis Vuitton» que, evidentemente, ponía «Luis» en vez de «Louis» en la etiqueta.

Pero Javier siempre salía airoso. Yo acababa sudado, con cero de dignidad y, con suerte, noventa euros de caché.

—Jaime, tú entretienes al público y yo hago negocios, somos un gran equipo.

Claro, yo era la banda sonora, él era el atracador.

Hoy pienso en esas noches y hasta me río, pero de los nervios. Porque recuerdo las veces que firmé sin mirar y las veces que guardé maletines en casa de mis padres sin preguntar, las veces que casi me convierto en cómplice sin darme cuenta.

Pero si quiero ver el vaso medio lleno, también es cierto que, sin aquellas noches de chistes malos y relojes aún peores, ahora no estaría junto a esta subinspectora de Policía que me mira raro cada vez que digo que todo aquello lo hice «por amistad».

—Entonces, ¿aquellos bolos de Totana, Cuenca, Orihuela… no eran reales?

—No, Jaime, no lo eran, y sí, Jaime, aquel papel arrugado que firmabas, sí, era vinculante a la hora de incriminarte como autor de un delito fiscal.

Menos mal que acabo de orinar…, si no me lo hago encima en este justo momento.

Capítulo 30

Leti se levanta rápidamente con esa cara suya que mezcla determinación, urgencia y un leve destello de «me estás empezando a caer bien pero no lo estropees». Sin mediar más palabra me lanza una frase:

—Voy a detener a Javier.

Yo, con la boca medio llena de almendras que he encontrado en un cuenco, pero rancias como la madre que las parió, consigo balbucear:

—¿Ahora mismo?

—Sí, pero antes quiero que conozcas a los dos compañeros agentes que están trabajando aquí conmigo esta noche.

Ahora mismo mi sistema nervioso decide dar palmas con las orejas. La frase «conozcas a dos agentes de Policía» nunca me puede sonar bien. Nada bien. Y mucho menos cuando añade:

—El agente Sánchez y el agente Castilla, de nombres Ramiro y Ramón.

Mi cerebro entra en combustión cómica, adoro los juegos de palabras.

—¿Perdona? —pregunto con la ceja en modo interrogatorio andaluz.

—Ramiro y Ramón, dos agentes de la unidad de delitos patrimoniales.

—Dime que tienen también un dúo cómico, suenan mucho mejor que el «Dúo Jaja».

Leti me lanza una mirada de advertencia.

—Jaime, por favor, compórtate, son profesionales, excelentes en su terreno, muy buenos.

«Y con nombres que suenan a pareja cómica de cabaret de los años 70», no lo digo, sólo lo pienso, estoy madurando.

En ese momento justo, entran.

Ramiro es un hombre alto, rapado al uno, con una mandíbula que podría cortar queso curado y unos brazos como fundas de guitarra con placa policial. Lleva gafas oscuras. Dentro de la casa. De noche. A lo mejor no es porque tenga estilo, sino porque su mirada puede provocar algún divorcio.

Ramón, en cambio, es bajito, casi calvo, y tiene un bigote que parece pintado con rotulador, a lo mejor también es falso como los cuadros de

Javier. Camina como si estuviera todo el rato en modo «misión secreta» aunque estemos todos en el despacho de Javier. Tiene cara de funcionario de correos que descubrió la adrenalina con cuarenta y cinco años.

—Jaime —dice Leti—, ellos son los que han estado vigilando a Javier desde hace tiempo, es más, ellos me dijeron que tú no tenías nada que ver, que no tenías personalidad para ese tipo de «negocios».

Vaya, hombre, ya me caen mal, con la risa que me estaban haciendo.

—Se han infiltrado como camarero y como técnico de luces —termina Leti

Ramiro asiente en silencio. Ramón hace lo mismo. No hablan, sólo asienten, como dos búhos con placa.

—¿Ramiro es el camarero? —pregunto.

—Sí.

—¿Y Ramón el de luces?

—Ajá.

—¿Y Monti Montoya sabía quiénes eran?

—No, claro que no.

—Menos mal, porque si no, esto parecería una obra que escribieron los Álvarez Quintero un día con fiebre.

Leti no se ríe, pero sé que por dentro le ha hecho gracia, pero muy dentro.

—Ramiro, Ramón —digo, porque ya me hace gracia decirlo así—, un placer. ¿Queréis una almendra rancia?

Ramiro me mira como si la almendra fuera una ofensa nacional. Ramón ni pestañea.

—No comen en horario de misión —murmura Leti.

—¿Y no tienen pausa para merienda?

—¡Jaime!

—Vale, vale… Sólo preguntaba por si hay más rimas: Ramiro y Ramón patrullan comiendo jamón. Ramiro y Ramón, la ley en tu magnetofón.

Ramiro se cruje los nudillos. Ramón saca una pequeña libreta y apunta algo. Sospecho que es mi nombre y la hora y el día que va a acabar con mi vida.

Leti me agarra del brazo y me saca del despacho antes de que se me ocurra preguntar si también tocan el acordeón.

—Jaime, esto es serio —me dice entre dientes.

—¡Ya lo sé! Pero… ¿tú te das cuenta de que Ramiro y Ramón podrían ser nombres de dos peces de dibujos animados? yY ya sabes que a mí siempre me puede la tontería.

—Uno de ellos ha desmantelado él solo una red de tráfico de arte en tres países. Y el otro estuvo infiltrado en una secta durante tres años.

—¿Y aun así eligieron seguir llamándose Ramiro y Ramón?

Leti suspira, fuerte, como quien no consigue que su perro haga pis en una tarde de lluvia…

—Voy a llevarme a Javier a otra habitación aparte e interrogarlo. Él aún no sabe nada de Monti y quiero ver cómo reacciona cuando se lo cuente. Vosotros quedaos aquí tranquilos.

—¿Vosotros?

—Sí, tú… y la doble R. —Se marcha guiñándome un ojo.

Leti se va sin volver la vista atrás. Ramiro y Ramón se quedan conmigo. Silenciosos, tensos, estáticos. Uno a cada lado de la puerta. Parecen dos tótems de bazar oriental con uniforme.

Me siento en un sillón. Me observo las manos. Intento no reírme. Pienso en las croquetas del infierno, en el cadáver de Monti, en Javier facturando a mi nombre. En Leti besándome… o casi. Y en Ramiro y Ramón, que si fueran vigilantes de un museo se llevarían mejor con los cuadros que con la gente.

La tensión flota en el ambiente.

—¿Queréis ver un truco de magia con una servilleta? —pregunto.

Nadie responde, era de esperar.

Yo guardo la servilleta, me vuelvo a echar para atrás en el sillón y me reprimo la risa como si de eso dependiera la paz mundial…

Capítulo 31

Hay momentos en la vida que uno no espera vivir jamás. Volar como un pájaro, saltar edificios, que el repartidor de paquetes llegue a la hora prevista de entrega, etcétera. Y tampoco esperaba compartir una sala con dos policías encubiertos mientras a escasos metros de aquí alguien va a ser detenido por fraude fiscal, uso indebido de identidad ajena y, vete tú a saber, asesinato.

Pero aquí estoy, sentado en un despacho decorado con un gusto muy cuestionable (una mezcla entre *showroom* de muebles de pino y oficina de patentes de los años 80), tomando café templado con dos hombres que ni pestañean.

Ramiro y Ramón.

Suena a dúo musical olvidado o a marca de embutidos con el fuet en oferta.

Yo bebo despacio, Ramiro mira una pared, Ramón inspecciona su taza como si en el fondo hubiera una contraseña secreta del Ministerio de Defensa.

Nadie habla.

Diez minutos.

Más silencio.

Y yo no puedo más.

—Entonces, ¿sois hermanos? —pregunto.

Ramiro ni parpadea, pero Ramón dice:

—No.

—Ah, vale.

Silencio otra vez.

—Pero ¿os conocíais antes de esta misión? ¿O coincidisteis en la mesa del comedor de la Policía y os unió el amor por los nombres redundantes?

Nada, ni media sonrisa. El público más difícil al que me he enfrentado jamás. Y mira que actué una vez para la asociación de la capa española, de cien personas, sólo sonreía una señora de unos cien años, pero creo que

porque le recordaba a un nieto suyo, supongo.

Ramiro toma un sorbo, Ramón se ajusta el cinturón. En esta habitación hay más tensión que en una cita con la ex de tu mejor amigo.

—¿Queréis galletas? —ofrezco. No porque quiera ser amable, sino para ver si tienen alma, es más, ni siquiera tengo galletas.

—No comemos en misión —responde Ramón.

—¿Y fuera de misión?

—Depende del índice glucémico.

Miro su tripa y decido que esa frase es sarcasmo puro, me niego a creerle.

—¿Cuánto tiempo lleváis en el cuerpo? —pregunto.

Ramiro toma aire.

—Veinte años.

Ramón:

—Diecisiete, pero antes trabajaba de cartero en Donosti.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te hizo cambiar?

—Un sobre bomba.

—Ja, ja, ja, claro… —Me dura la risa escasos segundos cuando veo que ambos me clavan los ojos más profundos que la fosa de las marianas.

Hay un silencio reverencial que me corta la risa como sable láser…

—Este…, ¿y qué tipo de casos habéis llevado?

Ramiro deja la taza tras su último sorbo.

—Una vez me infiltré en una banda de contrabandistas de piezas de Lego.

No parpadeo…

—¿Lego?

—Sí, tenían una red de venta ilegal de sets descontinuados, millones de euros en plástico de colores.

—¿Llamabais a la operación «el mercadillo del ladrillo»?

Nada, ninguno ríe. Yo sí, internamente.

Ramón vuelve a tomar la palabra:

—Yo pasé seis meses como figurante en una exposición medieval itinerante para desmantelar un grupo que traficaba con antigüedades falsas.

—¿Vestido de? —pregunto.

—De bufón, tocando la flauta.

Yo me muerdo la lengua, literalmente. No puedo. Estoy viendo al señor

Ramón, con su bigote, su calvorota brillante y cara de registrador de la propiedad… vestido de bufón ¡y tocando la flauta! No sé si llorar de risa o pedirle una canción.

—¿Y cómo acabó el caso?

—Me pillaron, me quemaron el gorro en una hoguera simbólica.

—¿Cómo simbólica?

—Había pancartas que me delataban, tuve que salir huyendo de allí, pero al final se resolvió el caso, temí por mi vida.

Siento que estoy atrapado en un *sketc*h de los Monty Python pero escrito por Miguel Mihura.

Ramiro y Ramón son como dos inteligencias artificiales programadas para parecer humanos… pero se quedaron sin la actualización de emociones.

Ramiro sigue:

—Yo una vez fingí ser guía turístico en un crucero para atrapar a una estafadora internacional.

—¿Y lo lograste?

—Sí, aunque tuve que hacer bromas sobre delfines durante diez días.

—Ramiro —le digo casi a punto de llorar—, eso es lo más humano que me has dicho desde que te conozco.

Silencio.

Ramón se remueve incómodo. Esto parece haberse convertido en una competición.

—Una vez creí que había descubierto una red de tráfico de órganos en un restaurante vegano.

—¿Y?

—Tuve que comer tofu durante una semana para confirmar que no eran tales.

—Debió de ser duro, ¿no, Ramón? —Hago un esfuerzo por reprimir las lágrimas de risa—. Eso fue un gran ejemplo de entrega, o masoquismo, aún no lo tengo claro.

Empiezo a tener claro que ambos se complementan. Ramiro es como una estatua con licencia para detener y Ramón, Ramón es un episodio aún sin emitir de *Cuarto Milenio*.

—¿Sabéis que yo casi soy policía?

Por primera vez les llamo la atención en toda la noche. Pero sólo me

miran, en silencio, cómo no.

—Sí, una vez pasé por la puerta de una academia que preparaba oposiciones, pero no entré, así que casi.

Me miran, se miran entre ellos y silencio otra vez.

—¿Sabéis contar un chiste?

Ramón parpadea.

—Dice… Agente, ¿me está deteniendo por ser feo? Y dice el policía: No, le estoy deteniendo A PESAR de eso…

Ramiro asiente como si hubiera citado a Shakespeare, pero, oh, sorpresa, Ramón empieza a reírse debajo de ese bigote y su risa la siento como una ovación plena en el teatro real ante más de dos mil personas.

A continuación nos pasamos más de una hora hablando (más bien hablo yo, y ellos tiran palabras cada cinco o diez minutos) y el resultado es surrealista. Un policía que fue mimo en un circo internacional. Otro que habla ocho idiomas pero sólo dice tres frases por día. Yo, atrapado entre dos bloques de granito con placa, haciendo malabares para no soltar un chiste de los que me harían dormir en un calabozo.

De repente, justo cuando pensaba que no podía ir a peor, Ramón me dice:

—Por cierto, cuando te pillamos detrás de la puerta espiando a Leti te hicimos una foto.

—¿Una foto?

Ramiro saca el teléfono móvil. Me veo. La oreja pegada a la madera, ojos como platos, media croqueta en la mano. Inmortalizado en la gloria de la torpeza.

—La vamos a usar —me dice Ramón.

—¿Como prueba?

—No, como fondo de pantalla —replica Ramiro.

Y en ese justo instante estallan los dos de risa. Bueno, estalla Ramón. Ramiro sonríe, sólo un poco, un milímetro quizás, pero sonríe.

Silencio.

Yo me levanto porque creo que voy a llorar, pero no sé si de emoción, de miedo o como lloran los niños cuando están cansados y sólo quieren irse a dormir.

Al levantarme me quedo observando una estantería con muchas más carpetas, cojo una al azar y vuelvo a ver contratos, facturas y albaranes pero

no tenían mi nombre, ni el de Javier, había otro nombre que no esperaba encontrar y me dirigí a Ramiro y Ramón para decirles:

—Esto…, ¿podríais llamar a Leti?, acabo de encontrar algo que es muy probable que le interese.

Capítulo 32

Hace escasos segundos me he encontrado un puñado de papeles en el despacho de Javier como quien descubre un sudoku en arameo antiguo. No entiendo mucho (la mitad son cosas fiscales, contratos, transferencias) pero hay un nombre que destaca entre tanto tecnicismo: Don Fernando Muñoz de la Vega.

Ese nombre huele a puro caro, coche con chófer y *brunch* con el Rey Emérito.

—¡Ramiro! —grito, sin moverme. Estoy seguro de que, con ese nombre, acude como los vampiros al ajo.

No se oye nada.

—¡Ramón! —insisto, en caso de que Ramiro esté meditando sobre el significado de la vida.

Es ahí cuando entran los dos, sincronizados como porteros de discoteca polifuncionales.

—¿Qué pasa? —pregunta Ramón, ya con cara de «otra vez este tío».

Levanto los papeles como quien enseña el mapa del tesoro…

—Tenéis que avisar a Leti, esto es muy fuerte, esto os puede tirar toda la investigación por tierra.

—¿Qué es? —pregunta.

—Papeles, pero no cualquier papel. ¡Papeles con nombre de don Fernando! ¡El padre de Javier! ¿Recordáis? Ese hombre que parece que vive con un monóculo pegado a la retina, aunque no use monóculo.

Ramiro frunce el ceño. Ramón se acerca.

—¿Y qué dicen?

—Bueno, uno es una transferencia de cien mil euros a una cuenta de un banco de Luxemburgo, firmada por «J. Muñoz de la Vega», y otro es un contrato a nombre de… ¡Ojo!, «Fundación Cultural Don Fernando Muñoz», que es más falsa que las croquetas del sobrino.

Ramón se ajusta el cinturón. Ramiro saca un bolígrafo.

—Vamos a necesitar más detalles.

—Yo también, Ramiro, yo también.

Mientras empiezan a revisar los papeles con la minuciosidad de quien busca pepitas de oro en un bol de cereales, yo no puedo dejar de pensar que esto empieza a oler a patriarca encubierto. Uno de esos que mueven sus hilos desde la sombra… o desde su sillón orejero con reposapiés de cuero.

—¿Esto puede implicarlo en el asesinato?, porque no debemos olvidar que aquí hay un chef muerto y en poco tiempo empezará a oler más fuerte que abrir una lata de *surströming*, y aquí parece que nada más importan las obras de arte falsas o las camisas de Pedro del «Jierro», cuando lo único real es que hay un tipo muerto en la cocina.

Ramiro y Ramón se miran, asienten con solemnidad e inexpresividad.

—También le puede implicar en delito de fraude —dice Ramiro.

—Y extorsión —añade Ramón.

—O en el robo de identidad, por lo que sea —añado y remato yo.

Silencio, yo sonrío solo.

—¿Avisamos entonces a Leti? —pregunta Ramón.

—Sí, por favor. Esto es demasiado gordo para que yo siga improvisando comentarios sarcásticos mientras descubro tramas criminales. Hasta mi capacidad de ironía tiene límites.

Ramón se va a buscarla y Ramiro se queda a mi lado, como una figura de museo de armaduras y equipamiento militar medieval con placa y pistola. Ahí intento romper un poco el hielo que ha vuelto a crearse.

—¿Sabes que una vez el padre de Javier me dijo que tenía voz de «clase obrera»?

—¿Eso es un insulto?

—Dicho por él, sí. Aunque luego me ofreció una copa de Macallan «Sherry Oak» de 30 años, a cinco mil pavos la botella, y se me pasó la ofensa…

Ramiro asiente, serio, como si acabara de confesarle un trauma infantil con sangre y violaciones. Me armo de valor y le pregunto:

—¿Tú crees que don Fernando puede estar implicado en esto?

—Todo el mundo está, en principio, implicado. Incluso tú.

—Yo sólo quería cenar gratis antes de irme, al menos eso me llevo.

Ramiro no dice nada más. Mira al frente, como si fuera el mayordomo silencioso de una novela de Agatha Christie.

Pasamos unos minutos (a mí me parecieron horas) más en silencio, hasta

que por el pasillo se oyen pasos decididos. Leti entra en el despacho con cara de haber pasado por tres reuniones, dos persecuciones y un intento de beso de alguien que no debería.

—A ver, ¿qué ha pasado ahora? —pregunta, cruzándose de brazos.

Le tiendo los papeles.

—Encontramos esto. Bueno no, mejor dicho, esto me encontró a mí. Yo creo que don Fernando no es sólo un señor con corbata fea, tirantes y opiniones elitistas. Puede estar metido hasta las cejas de todo.

Leti lee los papeles en silencio. Su cara va cambiando progresivamente, poco a poco. Apenas, eso sí, un tic en la comisura del labio. Eso, en Leti, es el equivalente a gritar: «¡BOMBA!».

—Buen trabajo, Jaime.

—¿De verdad?

—Sí, aunque no te emociones. Esto no borra tus otros diez intentos de ayuda en los que estuviste a punto de sabotear la investigación.

—Tampoco borra lo arisca que estás siendo conmigo, que hasta empiezo a tener mejor recuerdo de las croquetas que de ti.

Ella suspira, sonríe levemente, mira a Ramón.

—Quiero que vigiles a don Fernando, que no salga de la casa. Ni jardín, ni baño, nada, si es posible.

—¿Lo esposamos?

—Sólo si intenta escapar, o hace algo extraño.

—O si hace otro comentario clasista —añado, siendo ignorado una vez más.

—Entendido —asiente Ramón a Leti obviando por completo mi anotación.

Leti me mira otra vez, esta vez más cercana, más cariñosa, y yo me pongo más blando que una barra de pan de diez céntimos. Me coge de la mano y dice:

—Gracias, Jaime, estás siendo de gran ayuda, pero sólo una cosa más. No toques nada más, ni papeles, ni interruptores, ni cubiertos… Nada.

—Lo próximo que toque será tu corazón —susurro en mi cabeza, porque en voz alta digo—: Vale, jefa.

Y así, salgo del despacho sintiéndome un poco menos inútil que hace un par de horas. Quizás haya ayudado un poco de verdad. O quizás estoy siendo usado como cebo. A ver qué pasa…

Capítulo 33

Vuelvo a la fiesta como quien sale de una película de espías para meterse en un anuncio de cava. La música suena otra vez. La gente baila con ese entusiasmo que sólo se da cuando estás en una celebración de este tipo. Los invitados están radiantes de felicidad. Nadie sabe que hay un fiambre más de los que debería haber en la cocina. Yo, que sí lo sé, camino entre bandejas de jamón ibérico de bellota y sonrisas postizas como si llevara una bomba en el calcetín que se activara al pisar un poco fuerte contra el suelo.

No sé qué hacer, no tengo nada claro de lo que está pasando hoy, bueno sí, sólo una cosa: creo que me estoy enamorando de Leti.

Y eso, amigos míos, eso sí que es peligroso, más que quitarse una legaña con unas tijeras de podar.

Me apoyo en mi vieja amiga, la barra, pero no me apetece beber más alcohol, así que pido un vermú (eso no es alcohol, ¿verdad?, además, un asesinato siempre se digiere mejor con algo dulce y amargo a la vez) y miro al horizonte, que en este caso es Leti hablando con Ramiro, seria, con ese ceño fruncido, el moño apretadísimo y facciones de mujer por la que me dejaría arrestar por el delito de estar «enamorado de la persona incorrecta».

Se me van cerrando los ojos mientras comienzo a imaginarme una vida con ella.

En la compra.

—¿Cogemos pan integral o de semillas amor?

—El que prefieras, cariño, pero si volvemos a comprar humus de aceituna con sabor a trufa te pido el divorcio.

Nos reímos, el cajero también se ríe. Luego lo detenemos por una multa de tráfico de 2020.

En la comisaría, juntos.

Ella está dentro de una sala de interrogatorios, yo llevo café y donuts.

—¿Confiesa o le mando un vídeo en plano fijo de la cabina del transiberiano atravesando Rusia en tiempo real?

El sospechoso llora, confiesa. Lo arrestamos. Hacemos el amor encima

de la fotocopiadora.

De vacaciones.

Estamos en una cabaña en los Pirineos. Leti aún duerme. Yo le preparo el desayuno. Pongo mantequilla en una tostada, me corto. Ella se despierta, ve sangre, me corta la hemorragia mientras me mira. Dejo de sangrar y hacemos el amor antes de tomar café.

…

—Señor, ¿todo bien? —me pregunta el camarero.

Estoy abrazando lo que parece un abrigo de señora mientras le susurro: «Te quiero, subinspectora».

—Sí, sí, disculpa. ¿Tenéis croquetas?

—No han vuelto a salir, señor.

—Menos mal —suspiro con alivio.

Miro de lejos otra vez a Leti. Qué mujer: inteligente, valiente, además de que sabe diferenciar una firma real de una falsificada, que es más de lo que puedo decir de mi gestor.

Y claro, no puedo evitarlo. Me sale el poeta que llevo dentro. Me nace un soneto del interior y escribo en una servilleta mientras me acabo el vermú (que está malo de cojones, por cierto):

Leticia, luz que irrumpe entre canapés,
guardiana de secretos y croquetas,
mi pulso se agita si me ves
y rimo en subjuntivos sin recetas.
Tu placa brilla más que mil estrellas,
Tu ceño frunce leyes y condenas,
y aunque interrogar sabes a las fieras,
*s*ólo *puede correr amor por mis venas.*
Si fueras detención, yo firmo ya.
Si las esposas me pones, doy las gracias,
que el único delito que aquí va
es robarme el aliento en circunstancias.
Amarte es una multa federal…
Pero acepto el arresto emocional.

TOOOOOOOOMA, esto se lo tengo que leer, aunque me arrepienta y avergüence el resto de mi vida, pero ¿qué diferencia va a haber con mi

situación actual, eh?

Sigo aquí, de pie en medio del salón. Sin saber si soy detective, sospechoso, enamorado o víctima. Lo único que tengo claro es que esto tiene pinta de estallar, y de estallar pronto.

Y cuando estalle, espero que Leti esté ahí, y si no, al menos que no me detenga a mí sin motivo.

Capítulo 34

Hay un rincón en la casa donde la música no llega, donde el jaleo y el bullicio se apagan y uno puede escuchar hasta sus propios pensamientos, lo cual, sinceramente, desaconsejo.

He venido hasta aquí para esconderme un rato, y traerme un plato de jamón para comérmelo aquí solo, no sé cuánto tiempo hace que no como jamón del bueno, no sé cuánto tiempo hace que no comía jamón en general. Y es que últimamente baso mi alimentación en sopas de fideos chinos y ultracongelados de dudosa calidad. El microondas está a dos bolsas de palomitas de pedirme la baja por estrés.

Con los dos mofletes llenos de tan preciado manjar y luchando por no ahogarme y no acompañar mañana a Monti en la sección de esquelas, la veo…

Elena.

Apoyada contra una de esas paredes con cuadros carísimos que si los tocas demasiado se caen por falsos. Llora. No llega a ser ese llanto de película donde una lágrima se desliza sutil por la mejilla. Llora pero discreta, como siempre ha sido Elena.

Tiene la nariz roja, el maquillaje algo movido y un suspiro como si alguien le hubiera puesto en pausa el corazón.

Me acerco.

—Elena… ¿Estás bien? —pregunto, como si fuera una pregunta útil en esa situación.

Me mira. Y en sus ojos hay una tormenta.

—No lo sé, Jaime.

Me acerco con esa torpeza elegante que me define, como un pingüino en patines que intenta consolar a un unicornio. Me siento junto a ella, pero no sin antes dar un resbalón con traspié con una hoja caída de una planta de plástico. Elena suelta una risa leve entrecortada. Punto para mí.

—Estoy dudando, Jaime.

—¿Dudando del ceviche o del casamiento?

—De todo. De Javier. De esta fiesta, nunca creí que fuese necesario. De lo que quiero. —Hace una pausa—. ¿Tú crees que me estoy equivocando?

Y ahí viene el gran momento, el *greatest hit*, el clásico entre los clásicos…

—Jaime… ¿Aún me quieres?

La pregunta flota en el aire como un globo lleno de dinamita emocional. Podría desinflarlo poco a poco con una frase repleta de sensatez, pero soy yo, que soy muy de caminar por terreno minado…

—¿Contando los días pares o impares? —le digo, con una media sonrisa…

Ella baja la mirada.

—Jaime…

—Mira, Elena, te quise mucho. Como se quiere una bufanda en invierno: con necesidad, con cariño, pero también con picor.

—No bromees ahora, por favor.

—No puedo evitarlo, llevo años entrenándome para esto. Club de Exnovios Sarcásticos Anónimos. Llegué a nivel experto.

Se ríe y, al menos, eso me alivia.

—Javier tiene dinero, una casa enorme, viajamos a cualquier lugar del mundo, conocemos a muchísima gente… pero no es, ni de lejos, como imaginaba.

—Bueno, yo tengo una tostadora que sólo calienta por un lado, pero me hace feliz. A veces no es lo que uno tiene, sino con qué parte decides calentarte el pan.

—Te odio, Jaime…

—¿Antes o después de la boda?

Y otra risa, estoy ganando esta conversación a los puntos, estas que antes siempre solía perder.

Seguimos en silencio, mirando a la pared. Una pausa cargada de todo lo no dicho. La miro. Siempre ha sido hermosa, sí, pero ya no me explota el pecho como antes. Me late, pero no me arde.

Es ahí cuando pienso en Leti.

En su risa mordaz. En sus ojos de policía con alma de karaoke de barrio. En cómo me mira como si viera algo más que un hombre que olvida fácilmente el pin de la tarjeta del banco.

En ese momento Elena me coge de la mano.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—Bueno…, a ver, he venido a la fiesta de pedida de mano de mi ex. He comido jamón excelente y croquetas deleznables. Y no me he ido aún porque no tengo nada mejor que hacer…, así que fenomenal.

—¿Tú también tienes dudas?

—Claro, siempre dudo de todo. De si quiero el café solo o con leche, de si alguna vez quise aprender francés, de si realmente aún te quiero o no. Pero… —respiro— ahora mismo, la única cosa que tengo claro es que contigo tuve una historia muy bonita. Y que, si tú tienes dudas, mereces que alguien te las despeje, no que las agrave.

Nos miramos, no hay beso, no hay abrazo. Sólo hay una nostalgia compartida y un cariño que ya no arde, pero no se apaga del todo. Donde hubo fuego, siempre quedarán brasas (o como un amigo me dijo una vez, confundiendo esta frase intencionadamente o no, «donde hay rescoldo, aún cabe todo lo gordo»).

Nos despedimos con una caricia en el brazo y, mientras me alejo, el dilema sigue.

¿Elena o Leti?

¿Lo pasado o lo posible?

Aunque, si soy sincero, hay algo en la forma en que Leti camina, en cómo levanta una ceja y se desarma, que hace que las dudas empiecen a estar ordenadas por primera vez en mi vida.

Y eso, viniendo de mí, es casi amor verdadero.

Capítulo 35

Me encamino para volver a la «zona de silencio» y dar una cabezadita hasta que Leti y los «Dos Súper dos» (espero que no se ofendan los fans de la maravillosa película de Enzo Barboni protagonizada por Bud Spencer y Terence Hill) me dejen irme a mi casa a llorar tranquilo, me encuentro de frente a la primera, a Leti.

Parada, como esperándome.

—¿Así que hablando con la novia? —me dice, de brazos cruzados, apoyada contra el marco de la puerta, con esa mirada que atraviesa como radiografía emocional de mercadillo.

Yo, como buen actor que fui, ahora no ejerzo, disimulo las emociones de manera excelsa, me sobresalto con torpeza.

—¿Eh? ¿Quién? ¿Novia? ¿Qué novia? ¡Ah! Elena. Sí, bueno, la vi un poco triste y… me pilló sin coartada.

Leti no me responde de inmediato. Se limita a observarme con una ceja levantada y una media sonrisa que pareciera decir: «Sigue hablando, Jaime, termínate de enterrar».

Yo sigo hablando porque es mi talento natural.

—Pero vamos, nada importante, cosas de sentimientos y eso. Del tipo: «¿Aún me quieres?», «¿Soy yo o el sistema?», «¿Por qué siempre se queman las tostadas por el mismo lado?», tú sabes, lo normal entre ex…

Ella asiente, bajando la mirada, como si estuviera buscando algo invisible en el suelo. Luego me lanza un golpe maestro totalmente inesperado, acompañado de una no menos dolorosa sonrisa cordial:

—Tranquilo, Jaime, no me interesa en absoluto tu vida amorosa. Estoy aquí para esclarecer un par de delitos de homicidio y falsedad documental.

—¡Anda, qué suerte la tuya! —respondo intentando sonar irónico, pero mi voz se quiebra como si estuviera cantando *Rigoletto* frente a una inspección de Hacienda.

Leti suspira y se dirige a mí:

—Jaime, escucha, esto ya no es sólo una fiesta surrealista. Tenemos un

homicidio confirmado, pruebas de fraude y un número creciente de personas con motivos para acabar con la vida de Monti Montoya. Incluido, por cierto, Álvaro, el sobrino de Javier.

Es recordar esas croquetas y no puedo reprimir una arcada. Ella sigue con el decálogo de motivos más importantes que yo para estar aquí.

—Javier ha mentido sobre la ropa falsa y la colección de arte. Asegura que todo es personal, que no vende, pero sabemos que ha movido cuadros y esculturas a través de una red de testaferros. Incluido tú. Recuerda que facturaba a tu nombre, Jaime.

—A lo mejor eso explica por qué me sigue escribiendo Hacienda aunque yo me esconda muy bien en la sección de congelados del supermercado.

—Vamos a hacer oficial la muerte de Monti dentro de muy poco. En cuanto estén todos los invitados reunidos en el salón informaré que ha sido asesinado y que no pueden salir de la casa.

—¿Y piensas hacerlo tú? ¿Delante de todo el mundo?

—Sí, hay que acabar ya con esta farsa de cena de gala con tintes de novela negra.

Me rasco la cabeza.

—¿No puedes esperar al postre?, tengo antojo de algo dulce.

Ella frunce los labios. Se nota que está tensa, pero también se la ve algo dolida y cansada. Me mira de nuevo. Con esa mezcla de autoridad e inteligencia, siempre mezcla cosas cuando me mira. Pero parece que veo algo más que no se puede describir sin poner música de fondo, el Adagio de Albinoni por ejemplo.

—¿Te puedo pedir una cosa? —me dice.

—¿Otra vez?, mira que ya te dejé un bolígrafo y mi dignidad.

—No desaparezcas otra vez. No te metas en líos, quédate cerca y, por favor, no bebas más.

—Defíneme «líos».

Ella se da la vuelta sin responder, pero justo antes de cruzar la esquina, dice:

—Ah, y por cierto…, estabas mucho más guapo cuando no hablabas con tu ex.

Se va…

Yo me quedo ahí clavado, como una escultura emocional: una mezcla entre *El David* de Miguel Ángel y un espantapájaros con resaca emocional.

¿Eso ha sido un piropo, una advertencia o una indirecta? ¿Qué habrá querido decir con eso? ¿Celos? ¿Ironía? ¿Algún tipo de venganza?

Una cosa sí está clara. Se viene anuncio oficial. Y algo me dice que, después de eso, ya nada podrá ir peor. O eso parece, porque Leti vuelve rápidamente.

—Jaime, hazme un favor antes de anunciar el homicidio de Monti. Ve a la cocina y haz una foto panorámica del cadáver para mostrarlo a los invitados y vean que es real. Gracias.

Se va.

—¿Perdón?

Capítulo 36

¿Me acaba de pedir que le haga una foto a un cadáver? ¿Una foto? ¿Así, sin anestesia?, ¿así del tipo «¡Sonríe Monti!» pero en versión CSI?

Yo pensaba que lo peor de esta noche habían sido las croquetas y el vermú, pero no, ingenuo de mí.

Claro, tiene toda la lógica del mundo. Cuando un chef es asesinado en una cocina durante una fiesta de lujo, lo primero que piensa uno es: «Esto va directo al carrete del móvil».

Y ojo, que Leti lo dice con una naturalidad pasmosa. Como si me estuviera pidiendo que le pase la sal. O que le abra una botella de vino. O que la ayude a esconder un cadáver…

Yo no he nacido para esto. Yo nací para cantar rancheras, para protagonizar el último éxito de Amenábar, o para hacer monólogos en bares donde la gente está lo suficientemente borracha como para aplaudir sin motivo. No para hacerle un *book* a un fiambre con mandil y crocs de Superman.

Y hasta tendré que cuidar el encuadre, que no se vea el cuchillo de primeras, que no haya reflejo en las sartenes, que no salga mi sombra haciendo la pose de horror absoluto. ¿Dónde estaba en mi currículum lo de fotógrafo de crímenes?

Eso sí, si alguna vez alguien me pregunta «¿cuál ha sido tu momento más raro trabajando?» ya tengo la respuesta. Y no, no es «ver a mí ex llorando en el día de su fiesta de pedida» ni «enamorarme de una policía infiltrada» sino «hacerle una foto con mi móvil a un chef asesinado para enseñársela a los invitados como si fuera una tarta nupcial».

Gracias, Leti. Me alegra saber que confías en mí para tareas tan delicadas. La próxima vez, si necesitas a alguien para reconstruir la escena del crimen haciendo mímica o con marionetas, ya sabes a quién llamar.

Hijaputa.

Me dirijo a la cocina con más miedo que quien abre WhatsApp y ve cien mensajes en el grupo familiar.

Estoy en la puerta. Suspiro. No quiero entrar. Pero tampoco quiero que piense Leti que soy un cobarde, aunque se enterará pronto, pero voy a intentar que sea lo más tarde posible.

Vamos allá.

Entro en la cocina con el sigilo mismo que tendría un ladrón, pero uno que vendría sólo a robar un trozo de tortilla. Me asomo con el corazón latiendo como si me hubiera bebido quince cafés, preparado para volver a ver el cuerpo de Monti Montoya.

Nada.

Ni cuerpo.

Ni sangre.

Ni una triste servilleta fuera de sitio.

Está todo limpio, impecable, brillante incluso. Juraría hasta que huele a lavavajillas recién abierto.

Me quedo parado en mitad de la estancia, mirando alrededor como si fuera un idiota que ha perdido las llaves, pero con la diminuta diferencia de que lo que realmente he perdido es un cadáver.

—A ver, Jaime… —me digo en voz baja—. Es imposible. No has bebido tanto. Bueno, tanto es relativo.

Empiezo a repasar y poner sobre la mesa posibles teorías:

1. El chef ha resucitado. Me imagino a Monti abriendo los ojos, levantándose como si nada y diciendo: «Venga, señores, que hay que seguir con el menú».
2. Han hecho un «cambio de escenario» como en el teatro. Cortina, música, luces… y de repente, ¡pum!, la cocina vuelve a parecer como nueva.
3. He soñado todo. Me he marcado un Resines y estoy en mi fiesta de pedida de mano y me acabo de despertar en la cocina. Aunque, si esto es un sueño… ¿cómo explico lo mucho que me siguen temblando las piernas?
4. Es una conspiración de limpieza exprés. Un comando secreto de señoras con bayeta entrenadas para borrar escenas de crimen en menos de tres minutos…

Mientras mi cabeza hace piruetas con estas elucubraciones, me acerco a

la encimera y paso el dedo, ni una mota de polvo. Incluso el microondas está reluciente. ¡El microondas!, pero si nadie limpia el microondas salvo que vaya a venir tu madre a casa.

—Esto no es normal —murmuro, aunque lo que realmente quiero decir es: «Mamá, ven por mí que tengo miedo».

Doy un par de vueltas, abro un armario, platos perfectamente alineados, nivel catálogo de Ikea, y por un momento me pregunto si estoy en una cocina o en una foto de revista.

Es entonces cuando oigo una voz a mi espalda:

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Me giro tan rápido que hasta me cruje el cuello, la contractura es de manual. Es Leti, con los brazos cruzados y esa ceja levantada que ya he aprendido que significa «o me das una buena explicación o te arresto aquí mismo».

—Yo… estaba… revisando… —empiezo, pero no tengo ni idea de qué estaba revisando.

—Jaime, esta es la cocina del servicio doméstico —dice, sin moverse un milímetro—. La principal está al otro lado del pasillo.

—¿Cómo que la principal? —pregunto, como si me hubieran dicho que hay otra cocina en Narnia.

—Sí, donde trabajaba Monti. Donde ahora mismo están los compañeros de la Policía científica recogiendo pruebas.

—Ah… —Me sale un sonido más parecido a un globo desinflándose que a una respuesta coherente.

—Y ya no hace falta que le hagas una foto al cuerpo, gracias.

—¿Cómo que no?

—Porque ya la hemos hecho nosotros —dice, girándose para irse—. He ido a la cocina a buscarte y vi que ya estaban allí los de la científica que han hecho la foto por ti. Venga, salgamos ya de aquí, no vayas a ensuciar algo…

La sigo, todavía con la imagen de un Monti zombi cocinando croquetas y pensando que, si hay dos cocinas, perfectamente podría haber tres… o una donde nunca dejan entrar a nadie porque ahí guardan el jamón bueno.

Toca salir de la «cocina del servicio», yo no sabía ni que esas cosas existían, con la cabeza alta… Bueno, más o menos. Vale, sí, acabo de hacer el ridículo otra vez. Pero ¿y qué?, los grandes héroes también se equivocan. Cristóbal Colón pensó que estaba en la India y mira, ahí lo tienes, con

estatuas y todo.

Además, pensándolo bien, yo he inspeccionado una cocina. No la correcta, vale, pero ¿acaso no es eso una buena muestra de iniciativa? ¡Claro que sí! En cualquier momento Leti me va a felicitar por mi «labor de campo»… aunque el campo fuera un lugar erróneo.

—Muy bien, Jaime —me digo a mí mismo—, un pequeño tropiezo no define tu carrera como… ¿Qué eres? Ah, sí, sospechoso de meter la pata siempre, número uno.

Tomo aire, me ajusto una chaqueta imaginaria, y camino hacia el salón como si fuera a dar un discurso importante, aunque realmente deba bajar el perfil y sentarme en un rincón junto a la planta menos vistosa.

Entro detrás de Leti y las dos R. En el salón los invitados charlan y beben, ajenos a lo que va a soltar Leti en un instante.

Yo, mientras, pienso: «Sonríe, Jaime, que nadie note que no sabes ni dónde está el baño…».

Capítulo 37

Entro en el salón con la seguridad con la que entra un gato en un baño ajeno: como fingiendo que sé sobradamente lo que hago, pero preparado para salir corriendo en cualquier instante.

La orquesta está tocando algo que no sabría definir… Creo que es jazz, pero si lo es, es jazz de alguien que odia el jazz. Los invitados charlan en grupos, algunos ya con la copa tan llena que podría servir como piscina olímpica para mosquitos.

Me acerco a la barra, porque siempre es más fácil disimular si tienes un vaso en las manos. El camarero me mira con cara de «¿tú otra vez?». Pido un gin-tonic, me lo sirven, me doy cuenta de que está tan cargado que podría servir para limpiar motores de avión.

En la esquina veo a don Fernando, el padre de Javier, contando un chiste que sólo parece hacerle gracia a él. Un poco más allá, Álvaro, el sobrino destroza-bechameles…, le está explicando a una señora, con enormes perlas en las orejas, cómo se «lleva la gastronomía a otro nivel». Espero que ese nivel sea un sótano sin salida.

Me cruzo con un invitado que me saluda como si me conociera de toda la vida. Le devuelvo el saludo, no vaya a ser alguien importante, aunque no tengo ni pajolera idea de quién es. En este tipo de fiestas todo el mundo finge, ellos fingen que les caigo bien, y yo finjo que ellos son bocadillos de tortilla gigantes, si no, me costaría un mundo sonreírles.

De repente Leti se coloca en el centro del salón. Lleva esa cara que mezcla concentración profesional con toque de «a ver cómo suelto esto». Y yo sé que en cuestión de segundos antes de que diga algo que deje a todo el mundo con la copa en la mano y cara boquiabierta como una estatua de esas baratas de las que tiene Javier en el almacén.

Yo sólo pienso en esconderme detrás del contrabajo, o esperar al permiso de Leti y «la doble R» para irme a mi casa de una vez.

Leti toma la palabra.

Nos pide silencio, pero la manera en que su voz corta la música de la

orquesta consigue hasta que el saxofonista se quede con la boquilla a medio camino.

—Buenas noches, soy la subinspectora Leticia Castillo —dice, con esa calma que sólo tienen los que saben que van a soltar una bomba—. Tengo que comunicarles algo importante: Monti Montoya, el chef, ha sido asesinado esta noche.

Un murmullo recorre la sala. Alguien suelta un «¡Dios mío!» un pelín exagerado, otro «¿quién es Monti Montoya?», y un tercero, que creo que estaba dormido junto a la mesa de los postres, pregunta si eso significa que ya no hay nada más de comer.

—La Policía ya está investigando el caso —continúa Leti—. Que nadie salga de la finca. Los trabajadores deben dejar lo que estén haciendo y que nos esperen en el parking para interrogarlos. El resto, por ahora, pueden retirarse todos a sus habitaciones, todos excepto: Javier, Álvaro, don Fernando, Ramón, Elena, Alexia… —hace una pausa, mira sus notas y añade—: y el señor Roque Villacampa.

Roque Villacampa resulta ser un hombre enjuto, con bigote de mosquetero y traje de terciopelo verde que, sinceramente, parece más sospechoso de robar pavos reales que de asesinar a un chef.

La gente empieza a desfilar, con ese nerviosismo que da el saber que hay un asesino cerca, pero también la oportunidad de cotillear a lo grande. Los nombres que ha dicho Leti se quedan clavados en el sitio, algunos más pálidos que una geisha, otros intentando aparentar que no es para tanto.

Cuando ya está todo el mundo saliendo, Leti se gira hacia mí. Yo le sonrío y me dispongo a despedirme de ella para poner pies en polvorosa y no mirar hacia atrás.

—Ah, Jaime —dice, como quien recuerda un último encargo—. Tú tampoco te puedes ir.

—¿Perdona? —pregunto, con una voz tan aguda que podría espantar murciélagos.

—Fuiste la primera persona que vio el cadáver —explica, con tono sereno—. Por ende, también eres sospechoso; lo siento, pero no te puedes marchar.

Siento que todas las miradas de la sala se me clavan encima. Intento decir algo inteligente, pero lo único que me sale es:

—¡Protesto! No por el asesinato, sino por lo de «sospechoso»… Creo

que hay un error administrativo.

Nadie se ríe.

Ni siquiera yo.

Capítulo 38

Nos han sentado en el salón en una especie de semicírculo improvisado, como si estuviésemos en la final de *Pasapalabra* pero con la amenaza de pasar los próximos veinte años a la sombra. Las sillas no combinan entre sí, hay una butaca, tres sillas de comedor, una mecedora y un taburete que chirría. Evidentemente, el taburete me ha tocado a mí.

Leti está de pie, en el centro, con Ramiro y Ramón, el policía, no mi exsuegro, flanqueándola. Los dos parecen esculturas de cera de policías pero con menos sentido del humor.

—Vamos a hacerles unas preguntas rápidas —dice Leti, con voz ligera pero autoritaria, capaz de saber si mientes y sacarte, llegado el caso, la verdad a bofetadas verbales.

Yo asiento, intentando parecer serio, aunque en mi cabeza suena música de ascensor de hotel.

Empieza Javier. Leti le pregunta dónde estaba cuando murió Monti. Él, muy digno, dice:

—En la biblioteca, leyendo.

La sala entera hace un silencio de «no te cree ni tu sombra». Javier leyendo es como ver a un hámster haciendo la declaración de la renta.

Álvaro, con esa mezcla de soberbia y chulería, responde:

—Yo, en la cocina, probando género.

No especifica si género de comida o de contrabando. Lo peor es que, tratándose de Álvaro, cualquiera de las dos respuestas podría ser cierta.

Don Fernando se revuelve en su silla como si lo estuvieran acusando de robar el Santo Grial:

—¿Está insinuando que yo, un hombre de mi reputación, podría ensuciarme las manos con algo así?

Yo pienso: «Con esas manos podrías ensuciarte hasta abriendo un sobre».

Roque Villacampa, socio de Fernando y marchante de arte, el señor de bigote fino y traje de terciopelo verde, sonríe con aires de superioridad,

entonces Leti le pregunta por su relación con la familia.

Roque, con la sonrisa llena de dientes, como si estos quisieran testificar de manera independiente, responde:

—El arte es un negocio limpio, sólo soy un mero intermediario entre vendedores y compradores, entre artistas y amantes del arte. Fernando me facilita contactos y un vaso de buen whisky de vez en cuando.

Ahora llega mi turno. Leti me mira, cómo no, con la ceja arqueada.

—¿Dónde estaba usted, Jaime?

—En la cocina —respondo—. Sólo estaba intentando despedirme de Monti y rogarle que me diera la receta de la «mini tarta de lima con espíritu de azahar» y me encontré un pincho moruno de chef.

Silencio, otra vez.

Cuando Leti va a pasar al siguiente, de repente, Ramiro, que no ha dicho ni una palabra en toda la noche, interviene:

—Yo vi a alguien salir de la cocina justo antes de que usted entrara, Jaime.

Ahí se me hiela la sangre.

—¿Y quién era?

—No lo vi bien, pero llevaba guantes de goma y gorro de chef.

Todos miramos a Álvaro, quien pone cara de indignación y dice:

—Eso no significa nada, yo siempre llevo gorro…

Leti continúa con las preguntas, cada respuesta es más ambigua que la anterior. La tensión se palpa, pero en mi cabeza sólo hay una idea: Cualquiera puede haberlo hecho.

Finalmente, Leti dice:

—Bien, por ahora pueden irse Elena, Alexia y Ramón.

Elena se levanta despacio y Javier se dirige a ella para darle un beso, beso que Elena rechaza girando la cabeza, para soltarle después, como si estuviera en un drama de sobremesa:

—Necesito tiempo, Javier, tiempo para pensar si realmente quiero casarme contigo. Me voy unos días a casa con mi padre. No me llames, ya te aviso yo cuando esté preparada para hablar.

Todos contenemos el aliento. Yo hago como que me rasco la nariz para taparme la pequeña sonrisa que me ha salido sin yo buscarla. Javier se queda tan quieto que parece que se le hubiera acabado la batería…

Al cerrarse la puerta tras ellos, miro a mi alrededor. En el salón quedamos Javier, don Fernando, Roque Villacampa, Álvaro y yo.

Leti, con la solemnidad de una jueza de un programa de talentos, nos dice:

—Los demás, de momento, aquí. Nadie sale de la casa.

Y entonces, no sé por qué, me viene a la cabeza que esto parece la final de *Gran Hermano Vip: Edición Crimen*.

La tensión se corta con un cuchillo, Javier intentando no desmoronarse, don Fernando con su pose de patriarca ultrajado, Roque con una sonrisa que, desde lejos, huele a negocio turbio, Álvaro mirándose las uñas como si fuera a ganar el premio a mejor manicura… y yo, que no sé si soy concursante, público o el tonto que se ha colado en el plató.

En mi cabeza escucho una voz en *off* imaginaria:

«Cinco sospechosos, un asesinato y una casa llena de secretos… ¿Quién será el próximo en abandonar la mansión? ¿Quién se llevará el gran premio de la inocencia? ¿Y quién dormirá esta noche con las esposas puestas? No se lo pierda, volvemos la próxima semana en la siguiente entrega de *Cluedo Deluxe*».

Y ahí nos quedamos, mirándonos, como si en cualquier momento fueran a abrir la puerta y entrar Mercedes Milá con un sobre en la mano…

Capítulo 39

Estamos los cinco en el salón, en un silencio tan incómodo que hasta el tic tac del reloj parece murmurar: «culpable… culpable… culpable…».

Para no volverme loco, decido animar el ambiente. Me pongo de pie, adopto la postura de presentador de *reality* y digo:

—Bueno, chicos, vamos a lo importante: las nominaciones.

Álvaro me mira como si acabara de pedirle que me depilase las cejas. Roque frunce el ceño, Javier me ignora y don Fernando… Bueno, don Fernando tiene esa cara que da igual lo que pase, siempre parece que le deben dinero.

—Cada uno —prosigo con solemnidad— va a decir el nombre de la persona con la que no querría quedarse encerrado en un ascensor. Yo empiezo: tres puntos para Álvaro, porque sus croquetas son un crimen contra la humanidad, dos para Roque, por esa sonrisita de «yo sé algo que tú no» y un punto para Javier porque… Bueno, porque eres Javier.

Nadie se ríe. Yo tampoco, pero por dentro no estoy echando un mal rato.

Entonces, me invento una especie de confesionario improvisado detrás del sofá y los obligo a «entrar» uno a uno para sus votos. Álvaro se niega, así que lo nomino dos veces más en mi lista imaginaria. Roque dice que no juega, lo cual le da automáticamente cuatro puntos por sieso y aburrido. Don Fernando, sin pestañear, me «nomina» a mí y añade:

—Por pesado.

Genial, un punto más para don Fernando, por falta de sentido del humor.

En medio de mi tontería, me fijo en un detalle raro: una figurita de porcelana en la estantería tiene un pequeño agujerito. Y la lámpara del techo, otro…

Me acerco, disimulando como si estuviera apreciando la decoración, y noto un pequeño y fino cable.

Mi cerebro conecta dos neuronas y ¡zas!: cámaras.

Pero ¿cuándo las han puesto?

Me giro lentamente hacia los demás dispuesto a decirles que nos están

espiando pero… Un momento, si nos están espiando quiere decir que Leti tiene acceso, lo cual significa que *Leti me está viendo*.

En ese momento decido no decir nada. Si ella quiere programa… le voy a dar programa.

En mi cabeza imagino a Leti al otro lado de la cámara con cara de «¿qué hace este idiota…?», así que me esfuerzo por darle más contenido de calidad caminando por la sala como si estuviera en un documental de naturaleza.

—Aquí tenemos al *Javierus evasivus*, un espécimen que evita toda pregunta directa. A su lado podemos ver el *Roque marchanticus*, cuyo hábitat natural es una sala de subastas, ya veremos si son ilegales o no. Y allí, no podemos irnos sin vislumbrar al imponente *Fernandus calladitus*, que puede pasar horas sin moverse para despistar a su depredador natural, el inspector de hacienda.

Mientras hablo, pienso que esto es perfecto, si Leti quiere pillar a alguien, ahora tiene reacciones en primer plano… y si quiere enamorarse de mí, pues mira, dos pájaros de un tiro.

Termino el *show* con una reverencia exagerada hacia la figura de porcelana.

—Y así concluye la gala de nominaciones de hoy, patrocinada por «Croquetas Álvaro, no las comas, denúncialas o tu silencio te hará cómplice».

Creo escuchar una risa lejana, ojalá sea Leti, con esto he ganado puntos o los he perdido todos definitivamente.

Justo en ese momento Leti entra en el salón como una profesora a punto de pillar a media clase copiando.

—Antes de seguir, voy a necesitar que me deis vuestros teléfonos —dice con esa voz de «no es una sugerencia».

Álvaro, cómo no, protesta:

—Es mi propiedad privada.

—Y este es un asesinato privado —responde Leti sin pestañear—. El móvil.

Uno a uno, todos entregamos nuestros *smartphones*. Javier lo hace como quien entrega un riñón. Don Fernando como si fuera un sobre con dinero negro y Roque, bueno… Roque tarda una eternidad en desbloquearlo, como si estuviera borrando el historial de Google de «dónde vender el marfil».

Yo, en cambio, entrego el mío con orgullo.

—El mío está limpio, como mi cuenta corriente y mi frigorífico.

Leti los revisa ahí mismo, deslizando el dedo con la habilidad de alguien que ha cotilleado más móviles de lo que dicta la ley. Yo me inclino un poco, por si puedo espiar algo, pero no hace falta: su ceja arqueada me lo dice todo y, de inmediato, vuelvo a echarme para atrás.

—Todos ustedes han intercambiado mensajes con Monti Montoya esta última semana —anuncia—. Todos excepto Jaime.

Todos me miran como si ser «el único que no hablaba con el chef» fuera motivo de sospecha.

—Pues claro que no —respondo—, yo con Monti sólo he hablado en persona, para decirle que era un gran genio de la cocina, incomprendido y sobrepasado por su propio talento.

Leti sigue leyendo fragmentos de mensajes en voz alta:

«Ni se te ocurra o tendrás problemas conmigo», de Javier.

«Merezco algo mejor, de no ser por ti ya estaría en la élite de la alta cocina», de Álvaro.

«Confío en que todo esté listo», de don Fernando.

«Que no se entere nadie, por favor», de Roque.

No parece ninguna conversación sobre gastronomía. Leti se guarda los teléfonos y se va, no sin antes clavarme la mirada y asintiendo a modo de «te levanto el castigo pero no te muevas de ahí».

Y entonces… silencio. El tipo de silencio que hace eco en las macetas. Pero tarda poco en romperlo Javier, que mira a Roque con la misma cara con la que se mira a alguien que ha roto tu juguete favorito.

—Tú llevabas un rato rondando la cocina, además Monti me dijo que no te soportaba.

Roque se revuelve en el sillón como si estuviera sentado en la cama de un faquir.

—Si Monti no me soportaba, ¿por qué me pidió consejo para el menú de tu pedida de mano en vez de pedírtelo a ti mismo?

—Qué curioso, a mí me dijo que estaba, literalmente, «harto de tu cara» —reprende don Fernando, con actitud de padre protector.

—Eso lo decía de todo el mundo, menos de mí —murmura Álvaro.

—Claro —salta Roque—, porque a ti te tenía de mascota más que de

ayudante de cocina.

—¡Cuidado con lo que dices! —protesta Álvaro—. Si alguien tenía problemas con Monti, eras tú… o Javier.

Javier se incorpora, ofendido.

—¿Yo? Yo sólo gestionaba su agenda de compromisos de televisión.

—Gestionabas su paciencia más bien —dice Roque con una sonrisa malvada.

Yo decido que todo esto necesita alguien que lo ordene, calme los nervios y ponga los puntos sobre las íes. Pero es imposible encontrar a alguien tan dotado ahora mismo, así que se van a conformar conmigo.

—A ver, señores, vamos a calmarnos, esto parece una mezcla entre el *Cluedo* y *Sálvame*. Vamos a intentar recapitular:

* Javier sospecha de Roque.

* Roque sospecha de Álvaro.

* Álvaro sospecha de Javier.

* Don Fernando… Bueno, don Fernando sospecha de todos menos de sí mismo.

Don Fernando me mira con ese aire de patriarca ofendido.

—¿Tú de quién sospechas, Jaime?

—De nadie. Y de todos. Porque yo, queridos míos, soy el único aquí que no tiene móvil con mensajes incriminatorios, ni negocios turbios, ni deudas… —Ahí mismo recuerdo una cosa. Una nota que tengo en el bolsillo que encontré dentro de un carpetón como el libro gordo de Petete, que decía:

«Devuélveme mis 100.000 euros o te voy a hacer
pagar cada céntimo. Sabes perfectamente que el
cuadro que me vendiste era falso. La próxima
vez que nos veamos no responderé de mis actos.
Monti Montoya»

Escrito de puño y letra, supuestamente, del chef. Esta nota tiene que acabar en las manos de Leti.

Los cuatro fantásticos se miran entre ellos, sorprendidos a lo mejor de verme callado. Las miradas sobrevuelan como mosquitos en verano. La sala se llena de sospechas, de cejas levantadas, de silencios sepulcrales…

Resumiendo: todos sospechan de todos, menos de mí. Así que si esto fuera un *reality* yo tendría la inmunidad de la semana. Pero yo sólo quiero

una cosa, darle la nota a Leti, y ya que haga lo que crea conveniente, que para eso es más lista que yo.

Muchísimo más lista que yo…

Capítulo 40

Leti entra en el salón como quien viene a recoger el pedido de comida china. Me mira de lejos y me dice:

—Jaime, ¿puedes venir un momento?

A ver qué he hecho ahora, qué habré roto…

La sigo hasta un rincón apartado, porque aquí, todo lo bueno o lo malo se dice en rincones apartados. Mientras camina, me acuerdo de que tenía que darle algo. Algo importante. Algo que llevo toda la noche guardando en el bolsillo del pantalón junto a un envoltorio de caramelo, un ticket de parking y media croqueta dura y fría, menos mal, antes sólo estaba dura.

—Ah, Leti… —digo justo cuando nos detenemos—. Me acabo de acordar de que… Bueno, tenía esto para ti.

Y le tiendo un papel arrugado.

Ella lo despliega con cuidado, como si se tratase de una reliquia histórica. Yo aprovecho para recordar mentalmente la secuencia de los hechos: estaba revisando papeles en el despacho de Javier, vi la nota, pensé «esto seguro que es importante» y, acto seguido, lo usé para apuntar un número de teléfono que necesitaba, por suerte, en el reverso.

Leti lo lee en voz baja, bajando la voz a medida que avanza.

Silencio. Me mira.

—¿Y esto por qué no me lo diste antes?

—Pues… no sé, se me olvidó.

—¿Se te olvidó darme una nota que implica a alguien en una posible estafa y que podría estar relacionada con un asesinato del que estamos en plena investigación?

Silencio. No sé qué decir ahora. Normalmente no sé qué decir, pero ahora sólo sé que diga lo que diga no va a ayudar.

Leti me fulmina con la mirada, pero se concentra de nuevo en la nota.

—Esto puede cambiar las cosas… No dice a quién va dirigida, pero… —la veo pensando— podría servir para descartar a Álvaro. Monti lo detestaba

por ser el protegido de Javier y que no aceptaba ninguna crítica, pero no hay motivos de peso para sospechar de él. Así que podríamos dejarle ir.

—Vale, podemos dejarle ir —le respondo.

Me vuelve a fulminar con la mirada, es evidente que no necesitaba mi aprobación. Intento destensar el momento:

—¿Ves?, y yo que pensaba que era un simple «me debes dinero, te mato» de manual.

Leti guarda la nota con cuidado en su carpeta.

—Voy a analizar esto. Y Jaime, no tendrás algo más que darme, no sé, un arma incriminatoria, un vídeo de una confesión o algo similar…

Me busco entre los bolsillos…

—Nada, te lo aseguro, pero si vuelvo a recordar que tengo algo que pueda incriminar a alguien, serás la primera en saberlo.

—Jaime… —dice en ese tono que parece que quiere darme una colleja o dispararme—, no me tientes.

Se va, y yo me quedo pensando que acabo de salvar a Álvaro de ser sospechoso… y, si la nota apunta a otro, lo mismo acabo de firmar mi propia sentencia de muerte por sacarla a la luz…

Capítulo 41

Álvaro, ese joven mezcla extraña entre camarero de hotel de lujo y cantante de orquesta de crucero, se limpia las lágrimas con el dorso de la mano mientras Leti parece decirle que se puede marchar.

—Pero… ¿de verdad? —pregunta él, con ese tono de niño que acaba de escuchar que no hay cole porque ha nevado.

—Sí, pero ve con cuidado, no te metas en líos, además mis compañeros te llamarán la semana que viene para que vayas a comisaría a firmar tu declaración —responde Leti, bajando un poco el tono, como si también le diera algo de lástima.

Y es ahí, justo en ese momento, cuando Álvaro se derrumba. Llora de golpe, como si se hubiera roto una presa dentro de él.

—Monti, Monti Montoya era mi referente… —balbucea—. Él me enseñó incluso a picar cebolla en un tamaño *brunoise* perfecto… Bueno, no en persona, sino en un vídeo de YouTube…

Yo lo observo en silencio, debatiéndome entre abrazarlo o preguntarle si realmente es eso lo que más le duele ahora. Finalmente opto por realizar lo más correcto y sensato: nada.

Cuando se va, la puerta se cierra y el aire del salón cambia. Es como si alguien hubiera apagado la calefacción y se hubiera encendido una máquina de tensión dramática. Quedamos: Leti, Javier, don Fernando, Roque… y yo.

Leti da un paso al frente, con las manos cruzadas por detrás de la espalda.

—Muy bien, señores, voy al grano, uno de ustedes mató a Monti Montoya.

Me abruma lo directa que actúa, me abruma y me gusta un poquito también oye…

—Si alguien reconoce la autoría ahora mismo se le tendrá en cuenta como atenuante en el juicio —continúa Leti—, pero necesito que me lo digan ya. La científica lleva tiempo ya recopilando huellas y pistas que, tarde o temprano, darán con el presunto homicida.

Silencio. Un silencio tan espeso que si le metemos un cuchillo dentro se quedaría suspendido en el aire.

Javier mira a Roque, Roque mira a don Fernando, este me mira a mí, yo me giro para ver si hay alguien detrás. Nada.

—¿No? —pregunta Leti, pasando la mirada por cada uno de nosotros.

—No —dice Javier con una frialdad pasmosa.

—Por supuesto que no —dice Roque.

—Yo jamás sería capaz de semejante atrocidad —dice don Fernando con la solemnidad de quien acaba de jurar la Constitución.

Y yo…, yo no puedo callarme más tiempo, aunque hablar ahora mismo me meta en un enorme problema para toda la vida.

—Yo no puedo más, querría decir una cosa… —empiezo yo, pero Leti me corta.

—Tú no, Jaime. Tú eres… un caso aparte.

Un caso aparte. No sé si me lo ha dicho como insulto, como diagnóstico o como cumplido.

Pues si Leti me manda a callar, yo me callo… Me siento y hablo menos que un adolescente en una comida familiar.

Lo que me fastidia también es que vuelvo a tener hambre, y pienso en las dos pizzas congeladas que me quedan aún en el congelador de casa. Mi especialidad, pizza al microondas, la mejor receta para no tener nunca visitas en casa. Pero después de estas horas con más drama que *Amar es para siempre*… lo único que quiero es irme a mi casa a dormir.

Leti se cruza de brazos, parece leerme la mente.

—Jaime, no te puedes ir aún.

—Ya, ya… —murmuro— pero es que tengo más sueño que un koala en un *outlet* de almohadas…

La tensión sigue subiendo. Nadie quiere hablar, pero todos parecen querer decir algo. Javier tamborilea con los dedos sobre el brazo del sillón. Roque ajusta su chaqueta como si fuera a dar una rueda de prensa. Don Fernando se rasca la barbilla de forma dramática.

—Podemos estar así toda la noche —dice Leti— pero les aseguro que voy a averiguar quién fue.

Yo asiento, aunque por dentro estoy pensando que si nos dan un café, una caja de magdalenas y una manta, lo mismo lo llevaríamos mejor.

—¿Sabes qué pasa, Leti? —me atrevo a decir—. Es que esto es como la

final de *Gran Hermano*: quedamos pocos, todos desconfiamos de todos, y hay una cámara que lo no deja de grabar en ningún momento —le digo mientras señalo la lámpara donde descubrí la «videovigilancia».

—Pues sí, Jaime —dice Leti, con una media sonrisa—. Y cuando acabe la noche alguien se irá expulsado… pero en la parte de atrás de un coche patrulla.

Esto me deja pensando. Si ha querido asustarme le ha salido de diez. Nos quedamos mirando todos. Tengo la sospecha de que al más mínimo comentario malinterpretado empezaría a volar el mobiliario de la habitación.

No pasa. De momento.

Y yo… si no me dejan hablar, pues lo único que quiero es irme a dormir. Además, no sé si es hambre o tensión, pero tengo un nudo en el estómago que no me deja ni eructar. Leti ha vuelto a ordenar que no nos moviéramos y aquí seguimos. Los tres sospechosos de la muerte de Monti Montoya y yo, el adorno humano, sentado y tratado como si fuera una suerte de maceta esquinera de plástico, a la que no tienes ni que regar.

—Vamos a empezar —dice Leti, con ese tono de voz que suena a «te vas a arrepentir de todo lo que hiciste desde 1996».

Empieza por Javier.

—¿Dónde estaba usted cuando…?

Yo ahí me pierdo, me pongo a mirar sus zapatos. ¿Siempre ha llevado mocasines con calcetines blancos? Me concentro tanto que me pierdo casi toda la respuesta, creo que dijo algo sobre estar «tomando un vino en la terraza». Javier siempre está en terraza o en negocio raro.

Don Fernando va después. Está sudando como si Leti fuera una auditora de Hacienda. O como si hubiera visto a su mujer volver de entre los muertos. Sí, es viudo. Creo que es lo único que tiene en común con Ramón, por eso creo que han podido cruzar alguna que otra palabra siendo seres tan diferentes.

—Yo… estaba en la biblioteca, leyendo y atendiendo unas llamadas.

La «biblioteca» es el despacho donde encontramos más papeles que en un campeonato mundial de origami.

Luego le toca a Roque. Uno de esos tipos que, aunque esté quieto, parece que está tramando algo.

—Estaba haciendo una llamada —dice creyéndose él mismo más

inocente que un contrabando de piruletas.

Leti pregunta, ellos responden, y yo sólo puedo aportar gestos, carraspeos y alguna tos disimulada que se me escapa cuando creo que alguien está mintiendo. No lo hago a propósito, creo.

Llega el momento que nadie se mira directamente. Y yo, con toda mi buena intención, pienso en decir algo que relaje el ambiente, algo para «romper el hielo», pero sólo se me vienen preguntas del tipo «¿Por qué la pizza es redonda, viene en caja cuadrada y se come en triángulos?».

Leti cierra su libreta y dice:

—Si alguien quiere confesar, este es el momento.

Silencio, silencio muy largo.

Nadie dice nada.

Leti se marcha con intención de volver en la mayor brevedad. Y yo, sinceramente, sólo quiero irme a mi casa, ponerme mi pijama de Batman, dormir cuatro días seguidos hasta olvidarme de que me llamo Jaime.

Capítulo 42

Justo cuando pienso que la única emoción que me queda hoy es decidir si ceno pizza «al microondas» o cereales, Roque levanta la mano.

—Yo tengo algo que decir.

Todos giramos la cabeza hacia él. Hasta el reloj parece haberse callado.

—Monti… me debía dinero —empieza, con ese tono de «no me viene bien que haya muerto, así que no fui yo»—. Mucho dinero. Y sí, nos habíamos peleado hace poco… pero no, no lo maté yo.

Leti lo mira con esa cara de «acabas de subir tres puestos en mi lista de sospechosos».

—¿Y cómo pretende que le creamos? —pregunta.

—Porque si lo hubiera matado yo, créame… —hace una pausa dramática, le pega bastante—, el cadáver no habría aparecido.

Don Fernando aprovecha para intervenir mientas me limpio el agua que me ha salido por la nariz mientras bebía y Roque confesaba:

—Si hablamos de deudas, Monti me debía un cuadro, y no de los baratos.

Javier se ríe con esa risa de rico que parece el resoplido de un caballo y aprovecha para apuntillar:

—A ti te debía un cuadro, a mí me debía la vida.

Yo levanto una ceja y le pregunto:

—¿La vida? ¿Acaso le donaste un riñón?

—Yo relancé su carrera cuando se acababa de separar y perder su última estrella Michelin. Le puse un programa de TV, pagué su restaurante nuevo y volvió a hacerse un hueco en el panorama gastronómico. De no ser por mí estaría mendigando por un trozo de pan duro.

—Pero estaría vivo —respondo a Javier.

Cuando va a levantarse para golpearme, Ramiro interviene y lo sujeta. Ramiro, que está más fuerte que un cubata de un bar de pueblo, consigue reducirlo.

Y ahí empieza la guerra fría: miradas cruzadas, respiraciones fuertes, acusaciones veladas que huelen a «lo hiciste tú» sin decirlo en voz alta. Yo, en esta ocasión, prefiero no hacer de moderador, porque casi me llevo un tortazo, así que espero en mi sitio a que llegue Leti y me saque ya de este entuerto, donde siento que todos me miran como si fuera el más tonto de la sala.

Spoiler: lo soy.

Capítulo 43

La noche se me está haciendo más larga que cuando vi *El irlandés*, que juraría que vi pasar mi vida delante de mí al menos dos veces, y me aburrió mucho menos que la citada película.

Parece que ya vivimos todos en una especie de *reality show* con guion improvisado. El salón está cargado de tensión. Nadie habla, nadie bebe, y eso que en la recién terminada fiesta había alcohol suficiente como para emborrachar a medio país, o para empezar el cumpleaños de Neymar.

Leti aparece como quien entra a apagar un incendio, pero con esa calma peligrosa que tienen quienes saben exactamente dónde está la gasolina.

En la mano trae un *smartphone*. Debe de ser el último modelo de la marca esa de la fruta con un mordisco, pero creo que no es el suyo, se lo vi antes y tenía una funda negra, y este es de color amarillo, muy chillón.

—Es el teléfono de Monti Montoya —suelta, seca, como quien te pilla robando caramelos en una gasolinera.

Se coloca en medio de todos y desbloquea la pantalla.

—Hemos encontrado una conversación que, digamos, cambia las cosas.

Empieza a leer en voz alta y cada palabra se va clavando en el aire como cuchillos de circo.

—«Devuelveme mis cien mil euros o te estropearé la fiesta de pedida, la próxima vez que nos veamos te aseguro que no seré tan amable».

Acto seguido lee la nota que yo encontré en el despacho de marras. De nada, Leti, punto para mí; bueno, medio punto, que te la podría haber dado antes.

Todos tragamos saliva, incluso yo, que ya la había leído antes. Creo que incluso Roque, que parece siempre un maniquí de escaparate de lujo, hasta mueve el cuello.

Leti desliza el dedo por la pantalla mirando a Javier directamente.

—Y aquí, tu respuesta: «Hazlo y te mato si hace falta».

Esta vez el silencio es tan espeso que hasta podría untarse en pan. Javier intenta sonreír, pero lo que le sale es un espasmo más propio de una hiena

con asma.

— Era una broma… Monti y yo… teníamos ese humor, ya sabes —dice, como si las amenazas de muerte fueran un género cómico que aún no conocemos.

Leti no se inmuta.

—Pues ese humor te va a salir caro. Además, el cuchillo que llevaba el chef estaba lleno de tus huellas así que… Javier Muñoz de la Vega, queda detenido como principal sospechoso del homicidio de Monti Montoya.

Ramiro y Ramón aparecen de la nada, sin haberlos visto entrar. O tienen la habilidad de los ninjas o es que viven dentro de los muebles. Uno por cada brazo, y en menos de lo que canta un gallo, Javier está esposado.

En su fiesta para desposarse, acaba esposado, caprichos de la vida.

Pero Leti no se detiene ahí. Se gira hacia don Fernando, que la mira como un tiburón oliendo sangre.

—Y usted queda detenido por fraude fiscal y falsedad documental.

—¡Eso es absurdo! —salta él, con esa indignación de quien ha sido pillado con las manos en el caviar.

Leti alza una ceja.

—Sabemos que operaba a espaldas de su hijo. Hemos comprobado que él vendió algunos cuadros y ropa falsa, pero el resto de operaciones las hizo usted, usando testaferros y sociedades falsas.

Don Fernando se lleva la mano al pecho, como si fuera a protagonizar un anuncio de seguros de vida.

—Todo se ha malinterpretado…

Tarde, Ramiro y Ramón ya lo están flanqueando como si fuera la final de un campeonato de escolta policial.

Yo, mientras, no sé si aplaudir por lo emocionante del momento o ir a esconderme debajo de algún mueble. Justo antes de salir con los dos detenidos, Leti se gira hacia mí:

—Tú tampoco te muevas, Jaime, sigues siendo sospechoso.

Perfecto, si la noche acaba en el calabozo me consuela pensar que al menos podré formar un equipo de mus bastante interesante.

Se van y el salón se queda raro. Roque también abandona la estancia y me quedo ahí sentado, solo, pensando que si sobrevivo a esta noche lo mismo hasta escribo un libro, o un guion de una película, aunque tengo tanta mala suerte que si me la compran son capaces de poner a Dani Rovira

haciendo de mí, con lo mal que me cae…

Capítulo 44

Leti vuelve al salón y me mira con esa mezcla suya de profesionalidad implacable y una sonrisa que parece que no se atreve a salir del todo. Me ha pedido que me quede un momento a solas con ella en la «sala de interrogatorios» improvisada, mientras Ramiro y Ramón, a los que voy a echar de menos, recogen cables, micrófonos y ese arsenal de cacharros que siempre parecen salidos de una película de espías de los años 80.

—Gracias, Jaime —me dice, y lo dice con un tono que me hace sentir como si me hubieran dado una medalla invisible—. Has ayudado mucho más de lo que imaginas.

Yo sonrío, porque por dentro pienso que, si ella supiera todo lo que he hecho por accidente, igual me retiraba la medalla y me ponía bajo arresto.

—Bueno, uno hace lo que puede. Y a veces lo que no puede, también —respondo, encogiéndome de hombros como si fuera un héroe modesto, pero en realidad esté disimulando que me muero por preguntarle si quiere tomar un café algún día, o volver a ese karaoke a cantar *Lucha de gigantes* sin interferir en ninguna investigación.

Ella me mira unos segundos más, y ahí viene la bomba.

—Jaime, quizás, alguna vez, podríamos quedar a tomar algo, pero más adelante. Ahora el caso sigue abierto y… no podemos tener contacto fuera del trabajo, espero que lo entiendas.

La alegría me ha durado menos que un estornudo. Una de cal, una de arena, y yo que sigo sin saber si la buena es la cal o la arena, por eso he sido más de cemento.

—Claro, claro, lo entiendo. —Lo digo con tanta serenidad que espero que no note el *ouch* emocional que me acaba de atravesar el alma—. Entonces, ¿qué hago?, ¿te espero en la barra del karaoke dentro de un año?

Ella sonríe, niega con la cabeza y, tras darme un beso en la mejilla, me da una palmada en el hombro.

—Vete para casa, Jaime, has hecho ya bastante por hoy.

Me dirijo hacia el parking con esa sensación agridulce de quien acaba de

escuchar al médico que le dice «está usted bien… pero vuelva dentro de un año a ver si seguimos así». El aire fresco me golpea en la cara y, por primera vez en horas, pienso en la realidad de mi cama, en mi pijama y en dormir como un bendito.

Y entonces la veo.

Ahí, al lado de un seto, como si la hubiera dejado caer un helicóptero o una peli de acción mal editada: una mochila negra, gorda con la cremallera entreabierta.

No sé por qué, pero me acerco. Bueno, sí, la curiosidad mató al gato y, probablemente, tarde o temprano, lo haga conmigo también. Termino de abrir la cremallera lo justo para echar un vistazo y…

—¡MADRE MÍA DE MI VIDA Y DE MI CORAZÓN!

Miro hacia los lados por si alguien me ha visto o escuchado y vuelvo a repetir la expresión arcaica pero, esta vez, en tono casi susurrado…

—¡Madre mía de mi vida y de mi corazón!

Billetes, un montón, varios montones. Paquetes enteros atados con gomillas. No hace falta contar para saber que aquí hay más dinero de lo que he ganado yo en…, bueno, en toda mi vida. Y eso que una vez me pagaron con un jamón.

Saco unos paquetes al azar y ahí lo entiendo: los famosos cien mil euros de la nota… ¡Javier se los iba a devolver a Monti!

Me quedo un momento paralizado, con la voz de Leti resonando en mi cabeza «el caso sigue abierto». Y yo, que de pronto tengo la tentación más grande desde que entré por primera vez en un *buffet* libre.

Miro a un lado, miro al otro. Nada. Silencio. Sólo yo, la mochila y la noche.

Y entonces, sin pensarlo demasiado (porque si lo pienso demasiado igual no lo hago), cierro la cremallera, agarro la mochila y me la llevo hacia mi coche como si fuera mi bolsa de gimnasio.

Entro, la dejo en el asiento de atrás, y arranco. A la tercera, por supuesto, es un Renault 19 de 1993, qué te crees…

—Bueno… —digo para mí, intentando sonar convincente—. Igual me he ganado una propina por los servicios prestados.

Y ahí me voy, conduciendo hacia casa, con una sonrisa nerviosa y la certeza de que es muy probable que esto no acabe bien, pero que ya lo

pensaré mañana, que ahora mismo tengo mucho sueño…

EPÍLOGO
PARTE 1

Me despierto con un ruido raro. No es el despertador, ni el camión de la basura, ni el vecino de arriba practicando con el saxo a las siete de la mañana, que ahí sigue, sin darse por vencido. No. Es un silencio… demasiado poco ruidoso.

Abro un ojo.

Ahí está.

La mochila.

En la esquina de la habitación, mirándome. Sí, ya sé que las mochilas no tienen ojos, pero te juro que esta me está mirando.

Es negra, discreta, de esas que llevan los estudiantes de arquitectura o los ladrones profesionales.

Y dentro… cien mil euros, ni más ni menos.

Dentro hay más dinero del que yo podría gastar en toda una vida. O al menos en toda una vida responsable. Porque, siendo sinceros, si lo uso mal, en un par de semanas puedo fundírmelo fácilmente.

Respiro hondo.

—Buenos días —le digo, en voz alta, como si me fuera a responder.

Me quedo un rato tumbado, mirándola. Si me acerco mucho igual me susurra:

«Cógeme, Jaime, vámonos lejos, no mires atrás…».

O igual me puede gritar:

«¡Traidor! ¡Devuélveme a la Policía antes de que acabe en el maletero de algún mafioso!».

El dilema mental que tengo ahora mismo es sencillo:

* Opción A - Actuar como un buen ciudadano. Llamar a Leti. Entregar el dinero. Ser el héroe que devuelve cien mil euros sin quedarse ni un céntimo. Tal vez me llamen de algún programa de testimonios donde las abuelas lloran de emoción y los abuelos digan: «Anda que yo iba a devolver el dinero enseguida…». Tal vez Leti me mire con admiración. Tal vez me

invite a esa caña prometida. Tal vez, con el tiempo, me deje besarla sin que me aparte la cara.

* Opción B - Guardar la mochila, comprar un billete a cualquier país del sudeste asiático, montar un *resort* y vivir como un sultán, o un maharajá, según el país. Comer pollo al curry hasta reventar.

La balanza moral se inclina, ligeramente, hacia la opción A…

Pero luego abro la nevera, y veo que sólo tengo medio limón, una lata de sardinas en escabeche y un yogur caducado. Ahí es cuando la opción B gana enteros.

Me preparo un café, que es mi forma favorita de pensar. Mientras hierve el agua, empiezo a hacer una lista mental de lo que podría hacer con cien mil euros:

1 - Pagar el alquiler de todo un año por adelantado y vivir sin miedo a que el casero me llame por retrasarme en los pagos.

2 - Comprar una guitarra eléctrica, un amplificador y joder la vida al vecino del saxofón.

3 - Montar un bar. O mejor aún, montar dos bares, uno normal y otro temático: «El bar de Jaime: donde no hay normas pero sí cerveza fría y tapas gratis».

4 - Contratar a alguien para que me despierte cada mañana con un «buenos días» cantado por un coro góspel.

Luego viene la lista de lo que probablemente haría:

1 - Irme a Tailandia y vivir en una cabaña frente al mar.

2 - Comprar un coche de segunda mano y ponerle un claxon que diga «¡Echa para allá!».

3 - Acabar gastándome la mitad en cerveza y la otra mitad en intentar impresionar a chicas que no saben quién soy.

Me siento en la mesa con la mochila delante. La abro un poquito. El olor a billete nuevo me golpea como un perfume caro. Cierro los ojos. Imagino la escena.

Yo, en una playa de arena blanca. Hamaca. Coco en la mano. Piel morena (o roja, porque no me echo nunca crema y probablemente me queme). Una señora me dice:

—Señor Jaime, su langosta está lista.

Yo le contesto:

—Gracias, Evelyn, pero hoy comeré algo ligero, tengo que ir al torneo de pádel.

O también estaría bien la imagen: Yo en la tele en un programa de esos de entrevistas de madrugada.

—Jaime, ¿cómo empezó su nueva vida?

—Bueno, pues a ver, todo empezó gracias a un chef asesinado y una mochila en el sitio menos oportuno…

El público ríe, yo le guiño un ojo a la cámara.

Pero entonces, otra visión: Leti mirándome seria, decepcionada, como si fuera un niño que ha copiado en el examen de ética. Me imagino intentando explicarle que el sudeste asiático está más barato que España, que en realidad estaba invirtiendo en «desarrollo personal». No cuela.

Me levanto y empiezo a caminar por la habitación, mochila en mano. La pongo sobre la cama, la miro, la cambio de sitio, la escondo detrás de la puerta. Nada, no funciona, sigue mirándome.

—Vale, escúchame —le digo a la mochila—. Te prometo que hoy decido qué hacer contigo. Lo juro. Aunque, claro, también juré aprender inglés fluido y mira, sigo diciendo «aidonnau» cuando algún británico me pregunta por una calle del centro.

Hago un esfuerzo tremendo por distraerme. Me pongo música. Mala idea. La primera canción que suena es *Should I Stay or Should I Go* de The Clash. El universo me está gastando una broma.

Me siento de nuevo. Abro otra vez la mochila. Meto la mano. Saco un fajo. Lo huelo (sí, lo huelo como si fueran pan recién hecho). Me digo: «Con esto puedo comprar una Vespa y recorrer Italia como una película romántica». Vuelvo a meter el dinero en la mochila porque si lo dejo fuera más tiempo me da ansiedad.

Recuerdo una vez, hace años, cuando encontré un billete de cincuenta euros en la calle. Lo llevé a la Policía. Dos años después me llamaron para decirme que nadie lo había reclamado y que era mío. Me sentí un héroe. Y ahora, con cien mil euros delante, ¿de verdad voy a cambiar de principios?

La respuesta lógica es: no.

La respuesta realista es: bueno, igual un poco sí.

Empiezo a imaginar excusas por si me voy con el dinero:

—«Leti, lo mío era una operación encubierta en el extranjero para

atrapar a una red de falsificadores… Ya sabes, iniciativa personal».

—«No es robo, es… custodia temporal de activos monetarios».

—«¿Yo? ¿Tailandia? No, no, estoy en Cádiz, lo que pasa es que aquí también hay playas estupendas y elefantes de feria».

Con esta última hasta me río yo solo. Esto no es sano. Estoy hablando con una mochila y justificando un delito que aún no he cometido.

Me preparo otro café. El café me pone nervioso, y cuando me pongo nervioso suelo tomar malas decisiones. Así que ahora la opción B (huir a un país exótico) me parece lo más sensato que he pensado en años.

Miro el reloj, no son ni las doce. Podría ir a la comisaría y estaría de vuelta en casa para comer. O podría ir a la agencia de viajes y pedir: «Un viaje de ida para el lugar más lejano que tenga pero que sirvan cerveza fría, del fondo de la nevera».

Me imagino el momento de facturar en el aeropuerto. La azafata abre la mochila y ve el dinero. Yo le guiño y digo: «Es la propina para el piloto, para que tenga un buen vuelo».

Me río otra vez, pero en esta ocasión hay más nervios, esto ya es bastante grave. Si me quedo con el dinero me puede caer un marrón histórico. Pero, por otro lado, ¿y si Monti lo había conseguido de manera ilegal? No sería exactamente robar, sería más bien… reubicar fondos.

A mediodía decido salir a despejarme. La mochila viene conmigo, claro. No la voy a dejar sola, no vaya a ser que desarrolle patas y se escape. Voy caminando, y cada vez que paso junto a alguien, siento que me miran como si superan que llevo encima un dineral.

Llego a un parque, me siento en un banco y pongo la mochila en el suelo. La gente pasea, los niños juegan, un señor mayor da de comer a las palomas… y yo estoy aquí, pensando seriamente si ser un héroe o un fugitivo internacional.

Cierro los ojos y trato de imaginar las dos versiones de mi nueva vida:

-Versión héroe: Devuelvo la mochila, Leti me da las gracias, salimos a tomar una caña y acabamos juntos, me cuentas confidencias policiales y yo le hago reír.

-Versión fugitivo: Estoy en una isla, aprendiendo a bucear, con un tatuaje de un dragón que me hicieron gratis porque el tatuador me debe favores. Cerca hay un loro que repite «¡Jaime, otra cerveza!».

Ambas opciones me parecen atractivas.

Miro la hora, son cerca de las dos. El hambre me recuerda que no como desde ayer. Voy a comprar un bocadillo de tortilla con una lata de cerveza y me vuelvo a sentar en el banco. Mientras mastico, pienso que con el dinero que llevo en la mochila podría comprarme la panadería entera.

Termino el bocadillo, me levanto, y ya tengo más clara la decisión. Con el estómago lleno es más fácil pensar y solucionar asuntos de este calado.

Ya está.

Cojo la mochila.

Pesa mucho.

Pero más me iba a pensar la conciencia de no tomar la decisión adecuada…

EPÍLOGO
PARTE 2

Un año después.
Ao Nang, Tailandia.

Aquí me encuentro, sentado en el porche de lo que yo llamo «mi *resort*» y lo que los locales llaman «la casa del extranjero raro donde nadie quiere entrar». Lo que empezó siendo como un sueño dorado de un español con cien mil euros en la mochila y una ilusión intacta, ha acabado siendo…, bueno…, el único Airbnb que no funciona en Tailandia, mejor dicho, el único Airbnb que no funciona en todo el sudeste asiático.

Y no lo digo como hipérbole, lo digo porque, literalmente, los otros extranjeros con Airbnb de aquí se reúnen para hablar de cómo les va, y yo soy el único que tiene el calendario más vacío que la nevera de un soltero.

¿Por qué no funciona?

Tengo varias teorías:

1 - La ubicación. El anuncio dice «frente al mar», pero el mar está… a ver… digamos que técnicamente está frente al mar, pero a dos kilómetros y medio tras atravesar un par de solares lleno de gallinas y otros animales autóctonos, serpientes incluidas. Lo que sí tengo enfrente es una charca con el agua del color del caldo de cocido del día anterior.

2 - Las fotos. Se me ocurrió hacerlas un día nublado, y en una de ellas se coló un perro callejero, tuerto y con cara de «no entres aquí, extranjero, o no saldrás».

3 - El texto del anuncio comercial. En mi defensa, pensé que poner «la presencia ocasional de cocodrilos por las inmediaciones añade autenticidad local» sería exótico. Pues parece que no, no lo es.

Pero lo peor es que yo vine aquí convencido de que esto sería un negocio pasivo, y lo único pasivo ha sido el dinero, que se ha ido evaporando como el sudor en mi frente.

Al principio gastaba sin miedo. Desayunos con pescado, marisco, todo fresco. Almuerzo con marisco, pescado, todo frito. Cenas con pescado,

marisco, todo con curry. En seis meses desarrollé lo que yo llamo «colesterol tropical». Compré tantas camisetas con frases como «Full Moon Party Survivor» o «Same But Different» que podría montar mi propio puesto en el mercado nocturno.

Además, contraté a un guía local, Praveen, que realmente era de India, pero llevaba muchos años viviendo allí. Él estaba siempre esperando en la puerta «listo para recibir a los huéspedes», pero en seis meses el único *tour* que ha hecho ha sido enseñarme cómo se dice en tailandés «la cerveza está caliente» (que, por cierto, no hay situación en la que no suene ofensivo).

Para completar el cuadro, hay una gotera que se ha convertido en un microclima propio. Lo arreglo con cinta adhesiva, siempre fui un manitas, y vuelve a aparecer. Creo que debajo vive una familia de carpas.

Y ahora, amigos, queda poco dinero. Muy poco. Si recorto el marisco a tres veces por semana y me prohíbo comprar más camisetas con chistes malos, igual aguanto… un par de semanas más. Tres si sólo como arroz como los locales.

Y ahí es cuando pasa.

Estoy yo intentando atrapar una Chang fresquita que se había instalado en mi nevera cuando me suena el teléfono. No el tailandés, que es indestructible y suena como un Nokia de 2002, sino mi viejo móvil español. Ese que guardo en el cajón con la sim puesta, por si acaso.

Número desconocido.

Descuelgo.

—¿Diga?

—Hola, Jaime, soy yo… Leti.

Casi me atraganto con la cerveza. No sé si por el calor, por el susto o porque llevo casi un año sin oír esa voz.

Leti.

La mujer que me dijo gracias y me dejó con la caña pendiente.

La mujer que me pidió que no tuviéramos contacto hasta que cerrara el caso.

La mujer que…, bueno…, probablemente me arrestaría si supiera lo de la mochila con cien mil euros.

—Hola… —digo intentando sonar como si no estuviera sudando en un 90% de humedad, rodeado de insectos que parecen drones…

—¿Qué tal todo?, me dijeron que te fuiste a Tailandia —pregunta, con

esa voz que no sé si relajarme o ponerme tenso como cuerda de violín…

—Bien, bien, tranquilo… Aquí, trabajando.

—¿Trabajando?

—Sí, en un… proyecto de *resort* cultural, con charca misteriosa incluida.

—¿Charca misteriosa?

—Es que el mar está algo lejos, pero la charca tiene personalidad.

Ella se ríe. Y yo…, yo me derrito. Aunque no quiero quitarle mérito, pero yo creo que es por el calor que hace…

—Jaime, ya se cerró el caso Monti Montoya. Te debo una caña, ¿te apetecería?

Y aquí es donde viene el silencio. Porque sí, me apetece mucho, pero hay un pequeño detalle. Estoy a diez mil kilómetros.

—Jaime, ¿sigues ahí?

—Sí, claro… En principio vuelvo la semana que viene —improviso, porque hasta hoy no tenía intención de volver nunca a España, pero es Leti.

—Pues cuando vuelvas llámame y nos vemos.

—Sí, sí…, claro…

Cuelga.

Yo me quedo sentado, mirando la mochila. Sí, aún la tengo. Pero ya está casi vacía, con suerte quedarán ahí poco más de dos mil euros. Lo justo para vender esto y volverme a España…

Pero no será difícil dejar esta vida. Lo difícil será volver a ponerme delante de Leti y decirle:

—¿Recuerdas cuando quise hablar en esa habitación y me dijiste «Ahora no, Jaime, no es el momento»? Pues tendrías que haberme dejado hablar.

Porque la gente siempre piensa que soy el gracioso, el despistado, el que no se entera de nada. Pero aquella noche, yo estaba allí.

Yo vi a Monti.

Yo vi lo que pasó.

Yo vi cómo murió.

Y, aunque nunca nadie me haya preguntado, yo lo vi morir delante de mis narices…

EPÍLOGO
PARTE 3

Un año antes

Finca de los Muñoz de la Vega. La fiesta de pedida de Javier y Elena es esa clase de evento que tiene todo para ser inolvidable: invitados elegantes, vino caro y yo intentando que nadie me pregunte cómo he llegado aquí ni qué hago exactamente en la vida.

Podría irme ya. De hecho, voy a irme. Pero antes algo en mi cabeza me pide que vaya a despedirme de Monti Montoya. Ha sido un espectáculo probar su «menú degustación» y es el único que no me mira como si hubiera entrado a robar cubiertos.

Así que dejo atrás el ruido de las conversaciones y brindis, y me adentro por el pasillo que huele a perfume caro con *toppings* de fritura. Abro la puerta de la cocina y ahí está, Monti Montoya, chef que fue en su día estrella Michelin, leyenda viva de los fogones, capaz de contar un chiste machista, homófobo y racista sin despeinarse. Pero hoy se lo voy a perdonar, se ve que no está pasando un buen día.

Tiene los ojos rojos, la chaquetilla desabrochada y un aire de «me ha pasado un camión por encima, pero sin camión».

—Hombre, Jaime… —dice, casi sin fuerzas—, si vienes a por más croquetas, ya he tirado toda la bechamel del «sobrinísimo», no quiero que semejante bochorno lácteo vuelva a sobrevolar mi cocina. Además, tengo que contarte algo, eres de los pocos que me han caído bien esta noche. No pareces sacado de un reportaje de la revista *Hola* de los años ochenta.

—Yo soy más de *El Jueves*… —le respondo.

Monti sonríe.

—Me voy —me dice clavándome sus ojos en los míos.

—¿A tu casa?, la verdad es que yo ya llevaría una hora durmiendo un día normal…

—No, Jaime, me voy a Tailandia.

—¡Ostras!, yo estoy deseando ir, vas a flipar con las playas —le digo, intentando animarlo—. Y con los mosquitos, hay algunos que están dados de alta de autónomos y después de picarte salen de la habitación andando de lo grandes que son.

Pero Monti no sonríe. Me cuenta que tiene problemas. Que está superando su adicción a las apuestas deportivas, pero debe mucho dinero. Que le debe dinero a don Fernando, a Roque Villacampa… y que todo lo iba a arreglar con un dinero que le tenía que devolver Javier, pero que le está dando largas. Al parecer, Javier le ha vendido por cien mil euros una supuesta obra maestra auténtica: *La lechera* de Vermeer.

—¿Y era falsa? —pregunto, aunque mi tono ya deja claro que me huelo la respuesta.

—Al principio no me di cuenta, pero observando al detalle me di cuenta de que, en la muñeca, llevaba un reloj Casio.

Me imagino al Vermeer del siglo XVII, en su estudio de Delft, en Países Bajos, pidiendo a la modelo que levante más el jarro y que se ajuste un poco más el reloj, y de paso le diga qué hora es, que le está entrando hambre…

—En cuanto me devuelva el dinero, Jaime, me voy a Tailandia y voy a montar un *resort* —sigue Monti—. Sólo marisco y pescado de la zona, y Pad Thai. Nada de carne. Ni una triste hamburguesa. Sólo comida del mar y tailandesa.

—¿Qué leches es el Pad Thai? ¿Y yo podré ir? —pregunto medio en broma, medio en serio.

—Tú siempre tendrás una habitación —me responde con solemnidad, y eso me toca un poco el corazón.

En ese momento Monti decide que, antes de irse, quiere enseñarme a hacer una sopa tailandesa. Una especie de despedida culinaria. Enchufa la batidora, el horno y pone a calentar un fuego.

—Pásame ese cuchillo, Jaime.

El cuchillo está al otro lado de la encimera, pero entre él y yo hay una enorme fuente de langostinos que Monti ha dejado ahí como si fueran parte de una muralla defensiva. Pienso que puedo bordear la encimera, pero tardaría más. Así que mi cerebro decide que es mejor tirárselo a ras de la encimera de la cocina… con cuidado.

Agarro el cuchillo por el filo (ante todo prevenido) para que la punta quede hacia el lado de Monti, no hacia mí. Lo agarro y lo desplazo con poca fuerza hacia donde está él.

—¡Toma!

Yo aún sigo con los guantes de payaso, es lo último que me quito siempre, un ritual tonto, como yo. El cuchillo hace un vuelo algo más alto y fuerte de lo que yo presuponía. Un vuelo digno de película de artes marciales, pero mi puntería es la de un cartero con vértigo. El mango roza las manos de Monti, él intenta atraparlo y… ¡oh, oh!

Se le resbala el cuchillo, intenta dar un paso atrás para evitarlo, pero su pie justo pisa una bayeta mojada y, claro, ahí la física nos regala su trabajo eficiente: un resbalón perfecto, de esos que si hubiera un jurado olímpico, sería un diez unánime.

Monti va hacia atrás, sin quitarme la vista, agita los brazos hasta que su espalda choca contra la mesa de acero inoxidable. En menos de cinco segundos está en el suelo, con el cuchillo clavado en el pecho y mirándome, como si yo fuera un mal guion de cine negro.

—¿Monti? —pregunto sin moverme del sitio.

No responde. Ni siquiera parpadea.

—Venga, tío, si es una broma de las tuyas no tiene gracia, cuenta un chiste, aunque sea uno machista de los que te gustan, anda.

Pero no hay chiste que valga. Está quieto, muy quieto. Lo más quieto que se puede estar siendo un cuerpo humano.

Me quedo ahí, de pie, pensando que quizás el *resort* de Tailandia tenga que esperar. No sé si llamar a alguien, esconderme o ponerme a pelar patatas para disimular.

Empiezo a pensar en cómo le explico esto a un juez: «Señoría, yo sólo intentaba ayudar y se resbaló con una bayeta». Yo, que llevo media noche quejándome a viva voz de las croquetas…

—¿Jaime?

Me giro. Leti está en la puerta, con esa mirada sospechosa de ceja levantada. Ve a Monti en el suelo.

—Vale. No es lo que parece… —le digo.

Justo ahí me di cuenta de que la noche iba a ser más larga de la cuenta…

FIN

AGRADECIMIENTOS

CONFIESO: No lo hice sólo, hay más culpables.

A Pili, por creer en mí incluso cuando te dije que escribiría una historia de amor, croquetas y cadáveres, y por enseñarme SIEMPRE cómo se llega a la salida cuando todo parece un laberinto.

A Copi y Layla, por estar, sin preguntas ni condiciones. Ojalá los humanos fuésemos la mitad de buenos que el peor perro…

A Juan y Carmen, por vuestro tiempo, ilusión y amistad.

A Pepe y Carla, por exigirme más, ponerme en mi sitio y enseñarme que «escribir es reescribir».

A mi familia, por el amor y las croquetas.

A Jaime, porque, aunque este Jaime se te parezca poco, esta historia tiene mucho de ti y de lo mucho que reímos juntos. ¡Siempre!

A la policía, por no detenerme cuando pensaba en voz alta el argumento de esta novela.

A la editorial LETRAME, por confiar en mí para poner su sello en esta majadería.

Y especialmente a ti, lector, porque si has llegado hasta aquí, eres CÓMPLICE. Y si tienes algo que decirme, contarme o preguntarme, estoy en angelillomacias2@gmail.com.

Y que no os quepa duda: Jaime volverá.